

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



A LOS CUARENTA AÑOS DE LA ENCÍCLICA «HUMANAE VITAE»

Francisco
Canals Vidal,
«in memoriam»

La actualidad
de la «*Humanae
vitae*»

La dignidad
del matrimonio
y la familia

Naturaleza
humana
y generación

San Juan
Bautista,
el Precursor



Las bodas de Caná, de Giotto

Los esposos cristianos, dóciles a la voz de Cristo, deben recordar que su vocación cristiana, iniciada en el bautismo, se ha especificado y fortalecido ulteriormente con el sacramento del matrimonio. Por lo mismo los cónyuges son fortalecidos y como consagrados para cumplir fielmente los propios deberes, para realizar su vocación hasta la perfección y para dar un testimonio cristiano propio de ellos delante del mundo. A ellos ha confiado el Señor la misión de hacer visible ante los hombres la santidad y la suavidad de la ley que une el amor mutuo de los esposos con su cooperación al amor de Dios, autor de la vida humana.

Año LXVI- Núms. 931
Febrero 2009

PAULO VI: Encíclica *Humanae vitae*

Sumario

In memoriam. Francisco Canals Vidal <i>Josep M. Mundet i Gifre</i>	3
La actualidad de la « <i>Humanae vitae</i> ». Discurso de Benedicto XVI a los participantes en el Congreso internacional sobre la « <i>Humanae vitae</i> »	4
Paulo VI, servidor de la fe y de la vida <i>Dr. Joan Antoni Mateo</i>	6
La « <i>Humanae vitae</i> » y el trasfondo espiritual de una actitud contraceptiva <i>Xavier Prevosti Vives</i>	8
¿Cuál es la autoridad doctrinal de la « <i>Humanae vitae</i> »?	10
La verdad de la « <i>Humanae vitae</i> » <i>Karol Cardinal Wojtyła</i>	11
La dignidad del matrimonio y la familia. De la «Carta a las familias», de Juan Pablo II	20
La verdad y el significado del amor conyugal a la luz de la encíclica « <i>Humanae vitae</i> » <i>Monseñor Charles Chaput</i>	21
Naturaleza humana y generación <i>Francisco Canals Vidal</i>	26
San Juan Bautista, el Precursor <i>Ramón Gelpí</i>	31
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	35
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	36
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	38
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	40
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años	43

RAZÓN DEL NÚMERO

EL 25 de julio de 1968 el papa Paulo VI firmaba el que se convertiría en un texto fundamental para juzgar de la licitud de determinadas «técnicas» para el control de la natalidad, tanto desde la perspectiva de los cónyuges como de las políticas demográficas: la encíclica *Humanae vitae*. En realidad, Paulo VI no hizo más que recordar la doctrina de sus antecesores en la Cátedra, en especial Pío XI y Pío XII sobre la necesidad, para una recta intención en el acto conyugal, de que «quede abierto a la transmisión de la vida». Pero el Papa debió de sentir la necesidad pastoral de reafirmar la verdad por un acto de magisterio «ordinario y universal» ante una opinión en peligro de quedar desorientada por la implacable presión ambiental. En efecto, en aquellos años la «revolución sexual» ya caminaba a pasos agigantados, la famosa «píldora» era magnificada como la panacea de la felicidad y se aplicaban métodos de control de la natalidad en los países del Tercer Mundo. A algunos les parecía lícito, desde la perspectiva de la moral católica, el uso de un método que «sólo retrasaba» la ovulación para evitar la concepción de un nuevo ser. El Papa, como no podía ser de otra manera, reafirmó la reiterada doctrina de la Iglesia, que luego sus sucesores han glosado en espléndidos documentos sobre el amor conyugal. Por desgracia, la encíclica no sólo fue acerbamente criticada en gran parte del mundo protestante anglosajón sino que fue juzgada como «preconciliar» y antiecuménica en determinados círculos católicos. Pero el pueblo fiel se alegra de la manifestación de la verdad. En el editorial con que CRISTIANDAD acogió la publicación de la *Humanae vitae* se decía: «El Vicario de Cristo ha hablado “como quien tiene potestad”, y la *Humanae vitae* ha causado en el pueblo fiel sentimientos de alegría y liberación; porque la dureza de la reacción hostil... no prueba sino el abuso y la insinceridad con que, en nombre de la línea conciliar, desintegran algunos el espíritu y la fe cristiana. Los redactores de esta revista participamos del sentimiento del pueblo fiel y nos adherimos a la enseñanza del Papa».

Al cabo de cuarenta años, la moral sexual imperante en todos los niveles ha alcanzado las más elevadas cotas de degradación y causa pánico en las almas sencillas y en las familias responsables: se promocionan los métodos anticonceptivos por parte de los poderes públicos, el aborto es defendido por ley, la pornografía está generalizada y el hedonismo penetra en todos los ambientes. Con el mismo espíritu con que CRISTIANDAD acogió la *Humanae vitae* la recordamos hoy, conscientes de que no sólo no ha perdido su valor y su actualidad sino que éstos se han incrementado. «La doctrina contenida en la encíclica *Humanae vitae* no es fácil –ha dicho Benedicto XVI–. Sin embargo, es conforme a la estructura fundamental mediante la cual la vida siempre ha sido transmitida desde la creación del mundo, respetando la naturaleza y de acuerdo con sus exigencias. El respeto por la vida humana y la salvaguarda de la dignidad de la persona nos exigen hacer lo posible para que llegue a todos la verdad genuina del amor conyugal responsable en la plena adhesión a la ley inscrita en el corazón de cada persona.»

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

Francisco Canals Vidal

JOSEP M. MUNDET I GIFRE

EL pasado 7 de febrero fallecía en Barcelona Francisco Canals Vidal. Nuestros lectores conocen de sobras qué han representado para Schola Cordis Iesu y para nuestra revista su magisterio y su ejemplo. Nos sentimos incapaces de expresarlo en unas breves líneas y esperamos que en próximos números CRISTIANDAD dará a conocer al doctor Canals en toda su profundidad espiritual, científica y humana. Con este propósito, nos limitamos ahora a trazar un breve esbozo biográfico y a señalar algunos rasgos característicos de su personalidad.

Don Francisco Canals nació en Barcelona el 30 de mayo de 1922. Después de estudiar en el colegio de los padres escolapios de la calle Diputación se licenció en Derecho. En 1944 entró en contacto con el padre Ramon Orlandis, S.I., quien reorientó de una manera radical su vida. Le disuadió de preparar su entrada en el notariado y le impulsó a estudiar la carrera de Filosofía, disciplina en la que se licenció y doctoró, como también se doctoró en Derecho, con una tesis sobre los orígenes románticos del cristianismo de izquierdas. En 1958 ganó por oposición la cátedra de Filosofía del Instituto Jaime Balmes de Barcelona, y la ocupó hasta 1967, cuando ganó, igualmente por oposición, la cátedra de Metafísica de la Universidad de Barcelona. En ella estuvo hasta su jubilación, en 1989. Su formación quedó completada con la licenciatura y el doctorado en Teología.

En junio de 1950 contrajo matrimonio con Isabel Surís Fàbrega, de la que tuvo once hijos.

Su profunda formación filosófica y teológica, y su magisterio, merecieron el reconocimiento internacional: era miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás, doctor honoris causa por las universidades Abat Oliba de Barcelona, Real y Pontificia de Santo Tomás de Aquino de Manila, FASTA de Mar del Plata en Argentina, Santo Tomás de Aquino de Colombia y Santo Tomás de Chile; Caballero Comendador de la Orden de San Gregorio Magno, y magister de la Maioricensis Schola Lullistica.

El magisterio del padre Orlandis dio en el doctor Canals cuantiosos frutos. No es aventurado afirmar que fue él su más fiel discípulo, quien mejor comprendió su intención apostólica, quien más intensamente vivió su mensaje espiritual completo: devo-

ción al Sagrado Corazón y expansión del Reinado de Cristo Rey como bases constitutivas de una teología de la historia radicalmente opuesta a mesianismos inmanentistas o pseudocristianos; sujeción al mensaje de la infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús; estudio profundo de la filosofía y la teología de santo Tomás, no a partir de manuales al uso sino, como recordó el padre Eusebi Colomer, S.I., al comentar su fundamental obra *Sobre la esencia del conocimiento*, contemplando las cosas de hoy con los ojos de santo Tomás; antiliberalismo aplicado al estudio de la historia de España, y en especial de Cataluña.

Si al padre Orlandis debemos el nacimiento y la consolidación de Schola Cordis Iesu, al doctor Canals le debemos su maduración y su proyección, en obras y en discípulos esparcidos por España y América. Canals no sólo recogió, profundizó y proyectó el pensamiento del padre Orlandis sino que se hizo portavoz de sus consignas de comportamiento: «colaborad, colaborad, colaborad», «aquí, aquí, aquí» (refiriéndose a la colaboración de todos en Schola); «lo nuestro es la devoción al Sagrado Corazón»; repetía, a continuación del «com deia el pare Orlandis».

Pero su bagaje cultural humanístico, su originalidad en filosofía, su profundidad teológica, su seriedad científica en todos los campos, no deben ocultarnos una faceta fundamental, la más importante de todas: su sobrenaturalismo, su devoción sencilla, de arraigo popular. Cuando preparaba su doctorado en Teología y se le sugería para la tesis, halagando su preparación, que estudiara algún tema «moderno», él respondía que había estudiado teología para poder difundir la devoción a san José, y a él dedicó su tesis doctoral; cuando reconocía su deuda con el padre Xiberta en lo que se refiere a sus estudios sobre los primeros concilios, o sobre la gracia, primaba el recuerdo de la devoción de Xiberta por el escapulario del Carmen, que él también sentía profundamente; y tenía como timbre de gloria el ser celador del Apostolado de la Oración.

El padre Orlandis dijo que saldría a la puerta del cielo a esperar a sus discípulos de Schola. A Francisco Canals le habrá recibido también san José, de quien fue fidelísimo devoto. Que desde el cielo, todos ellos sigan velando por Schola Cordis Iesu y por esta revista.

La actualidad de «*Humanae vitae*»

*Discurso de Benedicto XVI a los participantes en el Congreso internacional sobre la «*Humanae vitae*»*

(10 de mayo de 2008)

EL concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes*, ya se dirigía a los hombres de ciencia invitándolos a aunar sus esfuerzos para alcanzar la unidad del saber y una certeza consolidada acerca de las condiciones que pueden favorecer «una honesta ordenación de la procreación humana» (n. 52). Mi predecesor, de venerada memoria, el siervo de Dios Pablo VI, el 25 de julio de 1968, publicó la carta encíclica *Humanae vitae*. Ese documento se convirtió muy pronto en signo de contradicción. Elaborado a la luz de una decisión sufrida, constituye un significativo gesto de valentía al reafirmar la continuidad de la doctrina y de la tradición de la Iglesia. Ese texto, a menudo mal entendido y tergiversado, suscitó un gran debate, entre otras razones, porque se situó en los inicios de una profunda contestación que marcó la vida de generaciones enteras. Cuarenta años después de su publicación, esa doctrina no sólo sigue manifestando su verdad; también revela la clarividencia con la que se afrontó el problema.

De hecho, el amor conyugal se describe dentro de un proceso global que no se detiene en la división entre alma y cuerpo ni depende sólo del sentimiento, a menudo fugaz y precario, sino que implica la unidad de la persona y la total participación de los esposos que, en la acogida recíproca, se entregan a sí mismos en una promesa de amor fiel y exclusivo que brota de una genuina opción de libertad.

¿Cómo podría ese amor permanecer cerrado al don de la vida? La vida es siempre un don inestimable; cada vez que surge, percibimos la potencia de la acción creadora de Dios, que se fía del hombre y, de este modo, lo llama a construir el futuro con la fuerza de la esperanza.

El Magisterio de la Iglesia no puede menos de reflexionar siempre profundamente sobre los principios fundamentales que conciernen al matrimonio y a la procreación. Lo que era verdad ayer, sigue siéndolo también hoy. La verdad expresada en la *Humanae vitae* no cambia; más aún, precisamente a

la luz de los nuevos descubrimientos científicos, su doctrina se hace más actual e impulsa a reflexionar sobre el valor intrínseco que posee.

La palabra clave para entrar con coherencia en sus contenidos sigue siendo el amor. Como escribí en mi primera encíclica, *Deus caritas est*: «El hombre es realmente él mismo cuando

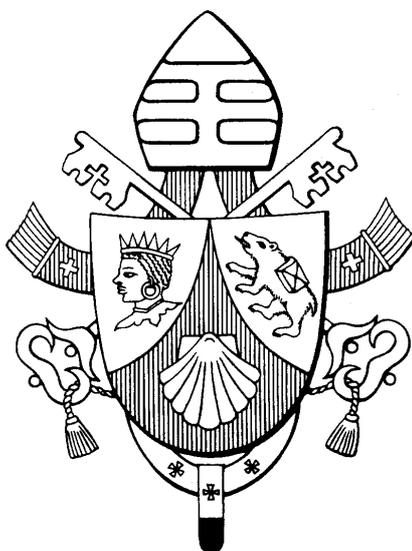
cuero y alma forman una unidad íntima; (...) ni el cuerpo ni el espíritu aman por sí solos: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma» (n. 5). Si se elimina esta unidad, se pierde el valor de la persona y se cae en el grave peligro de considerar el cuerpo como un objeto que se puede comprar o vender (cf. ib.).

En una cultura marcada por el predominio del tener sobre el ser, la vida humana corre el peligro de perder su valor. Si el ejercicio de la sexualidad se transforma en una droga que quiere someter al otro a

los propios deseos e intereses, sin respetar los tiempos de la persona amada, entonces lo que se debe defender ya no es sólo el verdadero concepto del amor, sino en primer lugar la dignidad de la persona misma. Como creyentes, no podríamos permitir nunca que el dominio de la técnica infecte la calidad del amor y el carácter sagrado de la vida.

No por casualidad Jesús, hablando del amor humano, se remite a lo que realizó Dios al inicio de la creación (cf. Mt 19,4-6). Su enseñanza se refiere a un acto gratuito con el cual el Creador no sólo quiso expresar la riqueza de su amor, que se abre entregándose a todos, sino también presentar un modelo según el cual debe actuar la humanidad. Con la fecundidad del amor conyugal el hombre y la mujer participan en el acto creador del Padre y ponen de manifiesto que en el origen de su vida matrimonial hay un «sí» genuino que se pronuncia y se vive realmente en la reciprocidad, permaneciendo siempre abierto a la vida.

Esta palabra del Señor sigue conservando siempre una profunda verdad y no puede ser eliminada por las diversas teorías que a lo largo de los años se han suce-



dido, a veces incluso contradiciéndose entre sí. La ley natural, que está en la base del reconocimiento de la verdadera igualdad entre personas y pueblos, debe reconocerse como la fuente en la que se ha de inspirar también la relación entre los esposos en su responsabilidad al engendrar nuevos hijos. La transmisión de la vida está inscrita en la naturaleza, y sus leyes siguen siendo norma no escrita a la que todos deben remitirse. Cualquier intento de apartar la mirada de este principio queda estéril y no produce fruto.

Es urgente redescubrir una alianza que siempre ha sido fecunda, cuando se la ha respetado. En esa alianza ocupan el primer plano la razón y el amor. Un maestro tan agudo como Guillermo de Saint Thierry escribió palabras que siguen siendo profundamente válidas también para nuestro tiempo: «Si la razón instruye al amor, y el amor ilumina la razón; si la razón se convierte en amor y el amor se mantiene dentro de los confines de la razón, entonces ambos pueden hacer algo grande» (Naturaleza y grandeza del amor, 21, 8).

¿Qué significa ese «algo grande» que se puede conseguir? Es el surgir de la responsabilidad ante la vida, que hace fecundo el don que cada uno hace de sí al otro. Es fruto de un amor que sabe pensar y escoger con plena libertad, sin dejarse condicionar excesivamente por el posible sacrificio que requiere. De aquí brota el milagro de la vida que los padres experimentan en sí mismos, verificando que lo que se realiza en ellos y a través de ellos es algo extraordinario. Ninguna técnica mecánica puede sustituir el acto de amor que dos esposos se intercambian, como signo de un misterio más grande, en el que son protagonistas y partícipes de la creación.

Por desgracia, se asiste cada vez con mayor fre-

cuencia a sucesos tristes que implican a los adolescentes, cuyas reacciones manifiestan un conocimiento incorrecto del misterio de la vida y de las peligrosas implicaciones de sus actos. La urgencia formativa, a la que a menudo me refiero, concierne de manera muy especial al tema de la vida.

Deseo verdaderamente que se preste una atención muy particular sobre todo a los jóvenes, para que aprendan el auténtico sentido del amor y se preparen para él con una adecuada educación en lo que atañe a la sexualidad, sin dejarse engañar por mensajes efímeros que impiden llegar a la esencia de la verdad que está en juego. Proporcionar ilusiones falsas en el ámbito del amor o engañar sobre las genuinas responsabilidades que se deben asumir con el ejercicio de la propia sexualidad no hace honor a una sociedad que declara atenerse a los principios de libertad y democracia. La libertad debe conjugarse con la verdad, y la responsabilidad con la fuerza de la entrega al otro, incluso cuando implica sacrificio; sin estos componentes no crece la comunidad de los hombres y siempre está al acecho el peligro de encerrarse en un círculo de egoísmo asfixiante. La doctrina contenida en la encíclica *Humanae vitae* no es fácil. Sin embargo, es conforme a la estructura fundamental mediante la cual la vida siempre ha sido transmitida desde la creación del mundo, respetando la naturaleza y de acuerdo con sus exigencias. El respeto por la vida humana y la salvaguarda de la dignidad de la persona nos exigen hacer lo posible para que llegue a todos la verdad genuina del amor conyugal responsable en la plena adhesión a la ley inscrita en el corazón de cada persona.

Con estos sentimientos, os imparto a todos la bendición apostólica.

A los esposos cristianos

Afronten, pues, los esposos los necesarios esfuerzos apoyados por la fe y por la esperanza, que «no engaña porque el amor de Dios ha sido difundido en nuestros corazones junto con el Espíritu Santo, que nos ha sido dado»; invoquen con oración perseverante la ayuda divina; acudan, sobre todo, a la fuente de gracia y de caridad en la Eucaristía. Y si aun cayesen en pecado, no se desanimen, sino recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios, que se concede en el sacramento de la penitencia. Podrán realizar así la plenitud de la vida conyugal, descrita por el Apóstol: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia (...). Los maridos deben amar a sus esposas como a su propio cuerpo. Amar a la esposa ¿no es acaso amarse a sí mismo? Nadie ha odiado jamás su propia carne, sino que la nutre y la cuida, como Cristo a su Iglesia.

PAULO VI: Encíclica *Humanae vitae*

Pablo VI, servidor de la fe y de la vida.

*Breves reflexiones a propósito de la «Humanae Vitae»**

DR. JOAN ANTONI MATEO
Delegado diocesano para la Pastoral de la
Familia y la Vida de Urgell

El 25 de julio de 1968, cuando se cumplían tres años de la clausura del Concilio Vaticano II, se hacía pública la encíclica del Papa Pablo VI, *Humanae vitae*. Al cabo de diez años de la publicación de la encíclica, como si de su testamento espiritual se tratara, ya que al cabo de pocas semanas moriría (el 6 de agosto de 1978), el Papa reiteraba, en la homilía pronunciada en el XV aniversario de su coronación, su amor apasionado por la Iglesia, a la cual había querido servir con generosidad a través de la defensa de dos valores fundamentales: la fe cristiana y la vida humana. En 1968, año asaz famoso, el Papa hizo un preciosa defensa de la fe con su famoso *Credo del Pueblo de Dios*, y una valiente defensa de la vida con la encíclica que más contestación suscitó. Dijo Pablo VI: «*Hemos hecho de la defensa de la vida en todas sus formas en las que ésta pueda ser amenazada, herida o incluso suprimida, el programa de nuestro pontificado*».

En la Encíclica *Humanae vitae*, con lucidez, inteligencia, y con visión de futuro, Pablo VI advertía de los graves peligros de abandonar al libre albedrío de los hombres, la misión de engendrar la vida, ya que se podía caer en el peligro de construir una cultura que abriera paso a la muerte. La situación actual corrobora las peores previsiones del Papa Montini. *Humanae Vitae* fue «signo de contradicción» cuando se publicó, y aún hoy manifiesta su significado «profético».

Pablo VI fue crucificado por su valentía y es significativo que no volviera a escribir más encíclicas.

Humanae Vitae, «Sobre la regulación de la natalidad», fue una gran llamada a la responsabilidad basada en la verdad. Con mucha delicadeza y precisión de lenguaje, hablaba «*del camino fácil y amplio que se abriría a la infidelidad conyugal y a la degradación general de la moralidad*» (HV, 17). Si Pablo VI hubiese vislumbrado el panorama actual le habría dado un infarto. Con clarividencia profética afirmó que se podía temer que el hombre acabase

perdiendo el respecto a la mujer y sin preocuparse más de su equilibrio físico y psicológico, llegase a considerarla como un mero instrumento. Nos advertía de lo que después nos ha llegado con el divorcio expreso, el aborto tratado como un derecho independiente de la mujer, la banalización de las relaciones sexuales, y la pérdida del sentido auténtico del amor y de la dignidad de las personas. El análisis que hacía el *Directorio para la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, de la CEE, corrobora ampliamente la decadencia que hemos vivido.

La dinámica interna del amor lleva la cooperación con Dios creador. Cuando se ama la vida, se hace nacer una nueva vida. La Creación es una obra de amor. La definición que la Encíclica hace del amor conyugal, continúa siendo vigente y actual, a partir de unas características esenciales irrenunciables. El Papa habla de que el amor del hombre y la mujer debe ser un amor plenamente humano, total, fiel y exclusivo hasta la muerte, y fecundo. Esta última característica es la que expresa la plena vinculación existente entre el amor conyugal y la «paternidad responsable», otra gran aportación de la Encíclica. Los elementos que califican como verdadera y plenamente responsable la transmisión de una nueva vida, se sitúan en el ámbito del conocimiento y del respeto de los procesos biológicos de la persona humana a través de la inteligencia, del dominio de los instintos y de las pasiones a través de la razón y de la voluntad, de la deliberación ponderada y generosa de las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales en el momento de formar una familia numerosa o de espaciar un nuevo nacimiento, así como también, de una vinculación más profunda con la moral objetiva establecida por Dios y del cual la recta conciencia (que busca la verdad por encima de todo) es su intérprete fiel.

Las cuestiones planteadas en aquella Encíclica sobre el amor y la transmisión de la vida, pertenecen a aquel patrimonio de la sabiduría humana que llamamos *ley natural*, tan necesaria hoy de estudiar y repropone. Esta *ley natural*, impresa por Dios en el corazón del hombre, es accesible a toda criatura racional e indica la norma primera y esencial que regula la vida moral. A la luz de la revelación divi-

* Estas reflexiones siguen de cerca dos magníficos editoriales de monseñor Joan Enric Vives en el Full Dominical de la diócesis de Urgell, publicados en junio de 2008.

na, la íntima unión del hombre y la mujer está llamada a una plenitud de vida y amor, que será signo del amor mismo de Dios por el sacramento del matrimonio.

La persona ha de ser defendida en su unidad plena y total. No puede existir una disociación entre su cuerpo y su libertad, entre el amor y el sexo, como tampoco entre el sexo y la procreación, como nos quiere imponer una predominante «cultura de la separación». La Encíclica expresa claramente la necesidad de esta visión integral. «*El problema de la natalidad como cualquier otro referente a la vida humana, hay que considerarlo a la luz de una visión integral del hombre y de su vocación, no solamente natural y terrena, sino también sobrenatural y eterna*» (HV 7).

Los esposos son invitados a acoger el designio de Dios Creador que se expresa en el mismo ser del hombre y de la mujer y en su amoroso encuentro conyugal, y deben revisar constantemente su generosidad y apertura a la vida. Son servidores y custodios de la vida, no amos absolutos de la misma. Por eso «*la Iglesia, al exigir que los hombres observen las normas de la ley natural, interpretada por su constante doctrina, enseña que cualquiera acto matrimonial ha de permanecer abierto a la transmisión de la vida*» (HV 11). Y da su justificación: la inseparable conexión que Dios ha querido que exis-

tiese, y que el hombre y la mujer no pueden romper por su propia iniciativa, entre los dos aspectos inseparables del acto conyugal: la unión de los esposos y la ordenación a la procreación. Alterar y manipular este acto no significa alterar una «cosa» sino que representa una violación de la «persona» en su dignidad.

Pablo VI, consciente de las dificultades, pedía reflexión, generosidad y buscar la ayuda de Dios: «*La doctrina de la Iglesia en materia de regulación de la natalidad aparecerá fácilmente a los ojos de muchos como difícil e incluso imposible de practicar. Y como todas las grandes y beneficiosas realidades exige muchos esfuerzos de orden familiar, individual y social. Más aún, sin la ayuda de Dios que sostiene y fortalece a la buena voluntad de los hombres sería imposible ponerla en práctica. Pero todo aquel que recapacite seriamente no podrá no reconocer que todos estos esfuerzos ennoblecen el hombre y la mujer, y benefician la comunidad humana*» (HV 20).

Es el camino de la grandeza, de la excelencia, de la nobleza, el camino del sacrificio que conduce a la plena realización humana y cristiana. El camino de la cruz, el único que nos conduce a la resurrección y a la vida eterna. Es el único camino de suscitar una regeneración del ser humano en nuestros días. La iglesia no puede proclamar ningún otro.

A los sacerdotes

Amados hijos sacerdotes, que sois por vocación los consejeros y los directores espirituales de los individuos y de las familias, a vosotros queremos dirigirnos ahora con toda confianza. Vuestra primera incumbencia –en especial la de aquellos que enseñan la teología moral– es exponer sin ambigüedades la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio. Sed los primeros en dar ejemplo de obsequio leal, interna y externamente, al magisterio de la Iglesia, en el ejercicio de vuestro ministerio. Tal obsequio, bien lo sabéis, es obligatorio no sólo por las razones aducidas, sino sobre todo por razón de la luz del Espíritu Santo, de la cual están particularmente asistidos los Pastores de la Iglesia para ilustrar la verdad. Conocéis también la suma importancia que tiene para la paz de las conciencias y para la unidad del pueblo cristiano que en el campo de la moral y del dogma se atengan todos al magisterio de la Iglesia y hablen del mismo modo. Por esto renovamos con todo nuestro ánimo el angustioso llamamiento del apóstol Pablo: «Os ruego, hermanos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis igualmente y no haya entre vosotros cismas, antes seáis concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir».

PAULO VI: Encíclica *Humanae vitae*

La «*Humanae vitae*» y el transfondo espiritual de una actitud contraceptiva

XAVIER PREVOSTI VIVES

RECIENTEMENTE el cardenal de Viena, Christopher Schönborn, ha reconocido que hace cuarenta años en 1968, cuando él era un joven teólogo, vivió la publicación de la encíclica *Humanae vitae* como una «ducha de agua fría» juzgándola como «impracticable». Sin embargo, hace unos pocos meses hablando sobre la inmigración y el descenso demográfico en Austria ha reconocido que la encíclica es ciertamente «profética». Sus declaraciones además parecen entonar un *mea culpa* al reconocer el error y confusión generalizados que se causaron al pueblo cristiano en torno al tema de la contracepción desde ambientes eclesíasticos y algunos medios de comunicación católicos.

El testimonio del cardenal Schönborn es solamente una muestra sorprendente del desconcierto y desautorización que sufrió y sigue padeciendo la *Humanae vitae* hoy. Por tanto, en este contexto actual de confusión y desorientación quisiéramos, fieles a la enseñanza del Magisterio eclesíastico, responder a las siguientes preguntas que podría plantearse el lector: ¿por qué es inmoral la contracepción? ¿Por qué se sigue defendiendo su legitimidad?

¿Por qué es inmoral la contracepción?

LA encíclica de Pablo VI afirma que «queda excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación» (*Humanae vitae* –en adelante HV–, 14). Este principio general lo sostiene con dos líneas argumentativas que resumimos así:

1) El designio constitutivo del matrimonio, en virtud de particulares leyes que Dios Creador ha puesto en él, está intrínsecamente ordenado a originar la vida. Así pues, cualquier acto matrimonial debe en sí mismo quedar abierto a la transmisión de la vida (Cf. HV, 11 y 12).

2) La inseparabilidad, querida por Dios, de la «íntima estructura» (unitiva y procreativa) del acto conyugal es la única que salvaguarda la conservación íntegra del sentido de amor mutuo verdadero (Cf. HV, 12).

Ambos argumentos, desde perspectivas diversas, confluyen en una misma razón: la naturaleza propia

del matrimonio está intrínsecamente ordenada a la fecundidad. Y este punto, la unión entre el amor esponsal y la fecundidad, es el que debemos esclarecer en relación con la contracepción.

«Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre». La naturaleza del amor esponsal ha sido íntimamente unida por Dios a la transmisión de la vida y a la fecundidad. De tal modo que, no por un capricho arbitrario divino, sino conforme al bien y plenitud de madurez de la persona humana Dios ha creado la naturaleza del hombre con una inclinación al sexo opuesto para que asumiéndola el hombre en un amor voluntario y personal se una a la mujer como una sola carne y así, con un solo amor gratuito, amando al hijo lo engendren. De tal manera que el hijo venga a ser “creado” gratuita y amorosamente por sus padres como Dios creó todo libre y amorosamente difundiendo su misma Bondad.

«Por lo cual, el verdadero amor conyugal y todo el ejercicio de la vida familiar que de él deriva, sin desdeñar los otros fines del matrimonio, tienden a que los cónyuges se dispongan con fortaleza a cooperar con el amor del Creador y Salvador, que por medio de ellos dilata y enriquece su familia» (*Gaudium et spes*, 50). Por esta razón los padres, cooperadores del amor de Dios Creador, engendran al hijo como fruto de su mismo amor gratuito. «El niño no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento» (CEC 2366). Los esposos en ese amor recíproco se entregan mutuamente y salen así de su egoísmo para ser padres de una nueva persona humana. De tal modo que los hijos que engendran no son para ellos, sino ellos para los hijos. Porque Dios no da hijos a los padres, sino padres a los hijos.

El matrimonio es un bien muy grande, principio vital de la familia en la cual se engendran, crecen y maduran personas humanas. Por eso no puede desligarse el apetito sexual natural integrado en el amor esponsal verdadero de su ordenación a la fecundidad porque constituye el ámbito de la generación de nuevas personas humanas dignas por sí mismas de ser amadas como tales personas.

Por el contrario la contracepción, a diferencia de los métodos naturales que respetan el orden propio del amor conyugal a la fecundidad aunque por razones verdaderas usen legítimamente del matrimonio

en períodos infecundos, introduce un desorden en el amor conyugal cerrando e impidiendo aquello que es propio y a lo que está intrínsecamente ordenado el acto conyugal. Si en el amor esponsal se recurre al uso de métodos anticonceptivos no se salvaguardará ni la ordenación propia del amor a la fecundidad ni el mismo amor esponsal será amor gratuito de entrega. Sino que cerrándose sobre sí mismo dejará de difundir la bondad que le era propia. De tal modo que «el acto conyugal, privado de su verdad interior, al ser privado artificialmente de su capacidad procreadora, deja también de ser acto de amor» (Audiencia general de Juan Pablo II, 22-VIII-1984). En esta privación o falta de orden de un bien tan grande y digno como es el acto conyugal consiste toda la malicia o inmoralidad de la contracepción.

Sin embargo, sus consecuencias –advertidas ya por la profética encíclica de Pablo VI– son enormes porque, como hemos visto, queda derruido el mismo amor de los esposos que es el fundamento y razón de ser de toda la familia; la cual, a su vez, es la célula básica y fundamental de toda la sociedad humana.

¿Por qué se sigue defendiendo la legitimidad de la contracepción?

En las discusiones previas a la *Humanae vitae*, los autores favorables a la contracepción idearon multitud de conceptos diversos de naturaleza humana, propusieron innumerables casos concretos de difícil solución y multiplicaron las distinciones filosóficas hasta el punto que las diversas posiciones de los moralistas ofrecían un abanico de posibilidades tal que la expectación por la aparición del documento pontificio definitivo era cada día mayor.

Por fin apareció el documento. Bajo la forma de Carta Encíclica el papa Pablo VI publicó el día 25 de Julio de 1968 el conocido texto que hemos tratado. «El Vicario de Cristo ha hablado “como quien tiene potestad”, y la *Humanae Vitae* ha causado en el pueblo fiel sentimientos de alegría y liberación», se escribió desde nuestra revista. Pero también se hizo notar que «ante la respuesta pontificia sobre la regulación de la natalidad y las prácticas anticonceptivas se ha planteado insistentemente la pregunta sobre la autoridad del documento de Paulo VI. Se citan declaraciones de teólogos y personalidades eclesíásticas: por no ser la encíclica una definición solemne “*ex cathedra*”, no estamos ante una enseñanza infalible; de hecho, dicen renombrados teólogos, el Papa se ha equivocado».¹

Esta reacción que se produjo y que todavía pervive hoy es síntoma de un problema de fondo,

1. *Cristiandad*, julio-agosto de 1968, n. 449-450, p. 1.

una actitud espiritual. Podrán ponerse multitud de objeciones a la enseñanza pontificia. Se rechazará el objeto moral, el sentido procreador del acto sexual y del amor esponsal. Se acusará al concepto de ley natural de fisicismo o biologismo, se negará la existencia de una diferencia moral entre la contracepción y la continencia periódica, se discutirá el concepto de naturaleza, las fuentes de la moralidad, y una largo etcétera. Sin embargo, detrás de estas objeciones permanece una cuestión de fondo. Un tema que no pertenece ya al ámbito de la teología moral y ni siquiera a la teología. Por eso no se acepta la enseñanza del Papa. No se quiere reconocer que el Magisterio pueda incidir de modo definitivo en materias de ley natural como verdades conexas con las verdades reveladas.

Porque en el fondo subyace la idea filosófica por la que se enfrenta antitéticamente libertad y naturaleza, el espíritu y la ley, el individuo y la autoridad. Y en el matrimonio se quiere enfrentar el amor de los esposos y su ordenación a la fecundidad. Se acusa entonces a la doctrina tradicional sobre el matrimonio de maniquea y recelosa ante lo sexual y ante el deleite que acompaña al acto conyugal porque insiste en la finalidad procreadora del amor esponsal. Sin embargo, como nota Canals, «estas acusaciones (...) se mueven en una radical desorientación sobre el sentido del maniqueísmo. El sistema maniqueo (...) no recelaba del sexo como actividad humana, sino precisamente de las consecuencias del mismo en el plano de la naturaleza: la generación». De modo que contrariamente a lo que se insinúa habría insistir en el trasfondo maniqueo y dualístico que inspira la mentalidad favorable a la contracepción. «San Agustín es testigo (...) de que quienes se afiliaban al maniqueísmo recibían instrucciones en orden al uso del acto sexual en lo que hoy llamamos períodos agenésicos; entendían impedir así que la mente humana quedase esclavizada a la “carne”, al encontrarse vinculada por el amor a los hijos».² Por eso también san Bernardo en el siglo XII se quejaba ante los herederos del maniqueísmo, los cátharos y albigeneses, que «no encontraban torpeza más que en el matrimonio». Porque «lo maniqueo es la hostilidad a las inclinaciones de la naturaleza, a sus inclinaciones profundas, impresas por la acción creadora de Dios mismo, y la invocación como libertad de las inclinaciones desordenadas, desviadas por el egoísmo y la pecaminosidad. Lo maniqueo es el amor libre y el divorcio. La homosexualidad y el aborto».³ Afirmemos pues la verdad íntegra y completa del amor humano y vivamos con gozo y agradecidos a Dios que nos ha hecho partícipes de su bondadosa acción creadora.

2. F. CANALS VIDAL, «Matrimonio y Amor», *Espíritu*, enero de 1980, n. 181, p. 66.

3. Ídem.

¿Cuál es la autoridad doctrinal de la «*Humanae vitae*»?*

ANTE la respuesta pontificia sobre la regulación de la natalidad y las prácticas anticonceptivas se ha planteado insistentemente la pregunta sobre la autoridad del documento de Paulo VI. Se citan declaraciones de teólogos y personalidades eclesíásticas: por no ser la encíclica una definición solemne *ex cathedra*, no estamos ante una enseñanza infalible; de hecho, dicen renombrados teólogos, el Papa se ha equivocado.

Recogiendo inquietudes y dudas que esta polémica ha suscitado, presentamos la cuestión, con respeto y confianza, a la Jerarquía y al Papa, intérpretes del sentido e intención de los propios actos del Magisterio.

¿Contiene la *Humanae vitae* sólo una directiva u orientación? ¿O trata de propósito la cuestión controvertida con voluntad de dar respuesta a la misma al enunciar principios ya no discutibles? ¿Es aplicable a la *Humanae vitae* el criterio establecido por Pió XII en la *Humani generis*?:

«Si los sumos pontífices en sus actos pronuncian juicio de propósito sobre una materia hasta entonces controvertida, es patente a todos que, según la mente y la voluntad de los mismos pontífices, no puede ya ser considerada como cuestión a discutir libremente entre los teólogos».

En el supuesto de que el documento de Paulo VI haya dirimido la cuestión, de tal manera que no sea ya tema discutible: ¿hay que entender que se trata de un deber de respeto a la autoridad, de actitud de obediencia, es decir de aceptación de un precepto?

¿O, por el contrario, la obligación de asentir a la enseñanza de la encíclica está fundada en que la *Humanae vitae* contiene una interpretación auténtica de la Ley divina?

¿No pertenece esta interpretación al ámbito de aquellas verdades que, por su conexión con las divinamente reveladas, son también objeto de decisiones infalibles del magisterio de la Iglesia?

* Este texto era el editorial de presentación del número 449-450 de *Cristiandad*, correspondiente a los meses julio-agosto de 1968, citado en el artículo anterior de nuestro colaborador Xavier Prevosti. En este número se publicaba, además de la encíclica *Humanae vitae*, el texto del «Credo del Pueblo de Dios», también de Paulo VI, dado a conocer un mes antes de la encíclica. Aunque el editorial se publicó sin firma, nos consta sin ninguna duda que fue escrito por Francisco Canals Vidal.

El Papa ha hablado. La larga espera de su palabra sobre la cuestión de la natalidad había sido llenada de sentido por doctrinas y opiniones que la respuesta de Paulo VI ha revelado como contrarias a la doctrina católica. Una vez más se había querido olvidar que «el Papa no es infalible cuando calla» y que «nadie tiene el derecho a invocar contra la verdad el silencio de los Pastores».¹

El Vicario de Cristo ha hablado «como quien tiene potestad», y la *Humanae vitae* ha causado en el pueblo fiel sentimientos de alegría y liberación; porque la dureza de la reacción hostil, de quienes acusan a Paulo VI de haber regresado a actitudes preconcienciales y antiecuménicas, no prueba sino el abuso y la insinceridad con que, en nombre de la línea conciliar, desintegran algunos el espíritu y la fe cristiana.

Los redactores de esta revista participamos del sentimiento del pueblo fiel y nos adherimos a la enseñanza del Papa. Ya el episcopado inglés había declarado que «la cuestión de la práctica anticonceptiva no puede decirse que permanece cuestión abierta, ya que es contraria a la ley de Dios».² Por esto no podemos pensar ahora que «teníamos razón», sino que el criterio de acierto es la coherencia y firmeza con que el progreso cristiano se realiza en la fidelidad a lo permanente, afirmado inmutablemente por la Iglesia jerárquica.

En nuestra vocación de seglares al servicio del reinado de Cristo en la sociedad el propósito de ser modesto altavoz de la palabra pontificia ha sido siempre central en nuestra tarea. *CRISTIANDAD*, que ha publicado íntegramente la *Quas primas*, *Miserentissimus Redemptor*, *Humani generis*, *Mater et Magistra*, *Pacem in terris* y *Populorum progressio*, tiene el gozo ahora de publicar el texto de dos documentos de alcance doctrinal decisivo. La encíclica sobre la vida humana, y la profesión de fe por la que el Vicario de Cristo reafirma ante el mundo la verdad del misterio cristiano, en los puntos en que las desviaciones pseudoconciliares lo desfiguraban y pervertían.

1. Sobre el sentido de estas afirmaciones, cf. *CRISTIANDAD*. núm. 436-437, junio-julio, 1967, pág. 121-123.

2. Declaración del episcopado de Inglaterra y Gales en torno a la III sesión del Concilio. Véase en *CRISTIANDAD*, núm. 399, mayo 1964, págs. 122 y 123.



La verdad de la «*Humanae vitae*»

KAROL CARDENAL WOJTYLA*

Gandhi y el significado de la sexualidad

PARECERÁ extraño que comencemos nuestras reflexiones sobre la encíclica *Humanae vitae* tomando como punto de partida la autobiografía de M. Gandhi. «A mi parecer –escribe este gran hombre indio–, afirmar que el acto sexual es una acción espontánea, análoga al sueño o a la nutrición, es signo de crasa ignorancia. La existencia del mundo depende del acto del multiplicarse –de la procreación, diríamos nosotros– y puesto que el mundo es dominio de Dios y reflejo de su poder, el acto de multiplicarse –de la procreación, diríamos nosotros– debe quedar sometido a la norma establecida con miras a salvaguardar el desarrollo de la vida sobre la tierra. El hombre que tiene presente todo esto, aspirará a toda costa a lograr el dominio de sus sentidos y se pertrechará de aquella ciencia necesaria para promover el crecimiento físico y espiritual de su prole. Él comunicará después los frutos de esta ciencia a las generaciones sucesivas, además de usarlos siempre en beneficio de las mismas».

En otro pasaje de su autobiografía, Gandhi declara que ha padecido dos veces en su vida el influjo de la propaganda que recomendaba los medios artificiales para excluir la concepción en la convivencia conyugal. Sin embargo, él llegó a la convicción «de que se debe más bien actuar a través de la fuerza interior, en el señorío de sí mismo, es decir, mediante el autocontrol».

La ley escrita en el corazón de todo hombre

POR lo que respecta a la encíclica *Humanae vitae*, estos pasajes de la autobiografía de Gandhi adquieren el significado de un testimonio particular. Nos recuerdan las palabras de san Pablo en la carta a los Romanos, relativas a la sustancia de la Ley esculpida en el corazón del hombre y de la cual da testimonio el dictamen de la recta conciencia (Rm 2, 15). También en tiempos de san Pablo esa voz de la recta conciencia constituía un reproche para aquellos que, a pesar de ser los «poseedores de la Ley», no la observaban.

Quizá nos conviene también a nosotros tener ante

*El futuro papa Juan Pablo II publicó este artículo en *L'Osservatore Romano* el 5 de enero de 1969, seis meses después de la aparición de la *Humanae vitae*.

los ojos el testimonio de este hombre no cristiano. Es oportuno tener presente «la sustancia de la Ley» escrita en el corazón del hombre y de la cual da testimonio la conciencia, para conseguir penetrar en la profunda verdad de la doctrina de la Iglesia contenida en la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI. Por esta razón, al inicio de nuestras reflexiones que intentan aclarar la verdad ética y el fundamento objetivo de la enseñanza de la *Humanae vitae* hemos recurrido a semejante testimonio.

El hecho de que sea históricamente antecedente a la encíclica, por lo menos en varias décadas, no disminuye en nada su significado: «la esencia del problema en efecto sigue siendo la misma en ambos casos, más aún, las circunstancias son muy parecidas».

El amor conyugal es inescindible de la paternidad responsable

CON objeto de responder a las preguntas formuladas al principio de la encíclica (HV 3), Pablo VI realiza un análisis de dos grandes y fundamentales «realidades de la vida matrimonial»: el amor conyugal y la paternidad responsable (n. 7) en su mutua relación. El análisis de la paternidad responsable constituye el tema principal de la encíclica, puesto que las preguntas con que se inicia plantean precisamente este problema: «¿no se podría admitir que la intención de una fecundidad menos exuberante, pero más racional, transformase la intervención materialmente esterilizadora en un control lícito y prudente de los nacimientos? Es decir, ¿no se podría admitir que la finalidad procreadora pertenezca al conjunto de la vida conyugal más bien que a cada uno de los actos? Se pregunta también si, dado el creciente sentido de responsabilidad del hombre moderno, no haya llegado el momento de someter a su razón y a su voluntad, más que a los ritmos biológicos de su organismo, la tarea de regular la natalidad» (n. 3). Para dar una respuesta a estas preguntas, el Papa no recurre a la tradicional jerarquía de los fines del matrimonio, entre los cuales destaca en primer lugar la procreación, sino que, como ya se ha dicho, realiza el análisis de la mutua relación entre el amor conyugal y la paternidad responsable. Se trata del mismo planteamiento del problema que realizó la constitución pastoral *Gaudium et spes*.

El matrimonio como amor total que compromete a todo el hombre

UN análisis correcto y penetrante del amor conyugal presupone una idea exacta del matrimonio mismo. Éste no es «producido por la evolución de fuerzas naturales inconscientes», sino «comunidad de personas» (n. 8) basada en su recíproca donación. Y por eso un juicio recto acerca de la concepción de la paternidad responsable presupone «una visión integral del hombre y de su vocación» (n. 7). Para conseguir formular semejante juicio no son suficientes «las perspectivas parciales, provenientes de los órdenes biológico o psicológico, demográfico o sociológico» (n. 7). Ninguna de estas perspectivas puede servir de base para una adecuada y justa respuesta a las preguntas arriba formuladas.

Toda respuesta que se dé desde perspectivas parciales deberá ser también por fuerza parcial. Para encontrar una respuesta adecuada es necesario tener presente una correcta visión del hombre como persona, puesto que el matrimonio establece una comunión de personas, que nace y se realiza a través de su mutua donación. El amor conyugal se caracteriza con las notas que resultan de tal comunión de personas y que corresponden a la personal dignidad del hombre y de la mujer, del marido y de la esposa. Se trata del amor total, es decir, del amor que compromete a todo el hombre, su sensibilidad y su afectividad así como también su espiritualidad y que además debe ser fiel y exclusivo. Este amor «no se agota en la comunión entre los cónyuges, sino que está destinado a perpetuarse suscitando nuevas vidas» (n. 9); y por eso es amor fecundo. Una tal comunión amorosa de los cónyuges, en virtud de la cual ellos constituyen «un solo cuerpo», según las palabras de Gn 2, 24, es como la condición de la fecundidad, la condición de la procreación. Esta comunión, en cuanto es una particular actuación de la comunión conyugal entre personas, dado su carácter corporal y sexual, en sentido estricto, debe realizarse en el nivel de la persona y respetando la dignidad de la misma.

La paternidad, propia del amor de personas, es paternidad responsable

CON este fundamento se debe formular un juicio exacto de la paternidad responsable. Este juicio respecta antes que nada a la esencia misma de la paternidad y, bajo este aspecto, es un juicio positivo: «el amor conyugal exige que los esposos conozcan convenientemente su misión de “paternidad responsable”» (n. 10). La encíclica, va-

lorada en conjunto formula este juicio y lo propone como respuesta fundamental a las preguntas previamente planteadas: el amor conyugal debe ser amor fecundo, es decir, «orientado a la paternidad». La paternidad propia del amor de personas es paternidad responsable. Se puede decir que en la encíclica *Humanae vitae* la paternidad responsable se convierte en el nombre propio de la procreación humana.

Este juicio, fundamentalmente positivo sobre la paternidad responsable exige sin embargo establecer algunas matizaciones. Sólo gracias a ellas encontramos una respuesta universal a las preguntas con que comienza la encíclica. Pablo VI nos las ofrece. Según la encíclica, la paternidad responsable significa «tanto (...) la deliberación ponderada y generosa de hacer crecer una familia numerosa, como (...) la de evitar temporalmente o también a tiempo indeterminado un nuevo nacimiento» (n. 10). Si el amor conyugal es amor fecundo, es decir, orientado a la paternidad, es difícil pensar que el significado de la paternidad responsable, deducido de sus propiedades esenciales, pueda identificarse solamente con la limitación de los nacimientos. La paternidad responsable puede decirse realizada tanto por parte de los cónyuges que, después de una ponderada y generosa deliberación, deciden procrear una prole numerosa, como también de quienes llegan a la determinación de limitarla, «por graves motivos y en el respeto de la ley moral» (n. 10).

Procesos biológicos y respeto de la dignidad de la persona

SEGÚN la doctrina de la Iglesia, la paternidad responsable no es ni puede ser sólo el efecto de una cierta «técnica» de la colaboración conyugal, sino que tiene antes que nada y «per se» un valor ético.

Existe un verdadero y fundamental peligro –al cual la encíclica quiere servir de remedio providencial– que consiste en la tentación de considerar este problema fuera de la órbita de la ética, de esforzarse por arrebatarle al hombre la responsabilidad de las propias acciones que están profundamente enraizadas en toda su estructura personal. La paternidad responsable –escribe el Pontífice– «significa el necesario dominio que la razón y la voluntad deben ejercitar sobre las tendencias del instinto y de las pasiones», (n. 10).

Este dominio presupone por eso «conocimiento y respeto de los procesos biológicos» (n. 10), y por eso coloca dichos procesos no sólo en su dinamismo biológico sino también en la integración personal, es decir, en el nivel de la persona, puesto que

«la inteligencia descubre en el poder de dar la vida, leyes biológicas que afectan a la persona humana» (n. 10).

La inseparabilidad de los significados del acto conyugal

EL amor es comunión de personas. Si a ella corresponde la paternidad –y paternidad responsable– el modo de actuar que lleva a una tal paternidad no puede resultar moralmente indiferente. Más aún, es ese modo de actuar el que determina si la actuación sexual de la comunión de personas es o no un amor auténtico, «salvaguardando ambos aspectos esenciales, el unitivo y el procreativo, el acto conyugal conserva íntegramente el sentido del mutuo y verdadero amor» (n. 12). El hombre «no puede romper por propia iniciativa la conexión inescindible entre ambos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador» (n. 12). Es precisamente por esta razón que la encíclica continúa sosteniendo la posición del precedente magisterio y mantiene la diferencia entre la llamada regulación natural de la natalidad, que comporta una continencia periódica, y la anticoncepción, que se obtiene mediante el recurso a medios artificiales. Decimos «mantiene», porque ambos supuestos difieren completamente entre sí (n. 16). Existe una gran diferencia entre ambos por lo que respecta a su calificación ética.

Una norma inscrita en el corazón humano

LA encíclica de Pablo VI presenta, en cuanto documento del Magisterio supremo de la Iglesia, una enseñanza de la moral humana y a la vez cristiana en uno de sus puntos clave. La verdad de la *Humanae vitae* constituye por tanto una verdad normativa. Nos recuerda los principios de la moral, que constituyen la norma objetiva. Esta norma está también inscrita en el corazón del hombre, como vimos en testimonio dado por Gandhi. Sin embargo, este principio objetivo de la moral sufre con facilidad tanto deformaciones subjetivas como también un oscurecimiento colectivo. Por otra parte, ésta es la suerte de muchos otros principios morales como, por ejemplo los que han sido recordados en la encíclica *Populorum progressio*. En la encíclica *Humanae vitae*, el Santo Padre expresa antes que nada su plena comprensión de todas estas circunstancias que parecen contradecir el principio de la moral conyugal, enseñada por la Iglesia.

El Papa se percata tanto de las dificultades como de las debilidades a las cuales está sujeto el hombre

contemporáneo. Con todo, el camino para la solución de las dificultades y problemas sólo puede pasar por la verdad del Evangelio: «No menoscabar en nada la saludable doctrina de Cristo es una forma de caridad eminente hacia las almas» (n. 29). El motivo de la caridad hacia las almas, y ningún otro motivo, mueve a la Iglesia, que «no deja (...) de proclamar con humilde firmeza toda la ley moral, tanto natural como evangélica» (n. 29).

El valor de la vida humana

LA verdad normativa de la encíclica *Humanae vitae* está vinculada directamente con los valores expresados en el orden moral objetivo según su propia jerarquía. Éstos son los auténticos valores humanos vinculados con la vida conyugal y familiar. La Iglesia se siente guardiana y garante de estos valores, como leemos en la encíclica.

Ante la amenaza de un peligro para los mismos, la Iglesia se siente obligada a defenderlos. Los valores auténticamente humanos constituyen la base y al mismo tiempo la motivación de los principios de la moral conyugal recordados en la encíclica. Conviene destacarlos, si bien esto ya se ha hecho en las argumentaciones precedentes, y la cosa está bien clara por cuanto el verdadero significado de la paternidad responsable ya se ha expresado en la encíclica en relación con el amor conyugal.

El valor que se encuentra en la base de esta demostración es el valor de la vida humana, es decir, de la vida ya concebida y también al surgir ésta en la convivencia de los cónyuges. De este valor habla la responsabilidad misma de la paternidad, a la cual está dedicada principalmente la totalidad de la encíclica.

La concepción de la persona a través de las personas

EL hecho de que este valor de la vida ya concebida o al surgir no se examine en la encíclica sobre el fondo de la procreación misma como fin del matrimonio, sino en la perspectiva del amor y la responsabilidad de los cónyuges, sitúa el valor mismo de la vida humana en una nueva luz. En su convivencia matrimonial, que es convivencia de personas, el hombre y la mujer deben dar origen a una nueva persona humana. La concepción de la persona a través de las personas es precisamente la justa medida de los valores que debe aplicarse aquí, y es al mismo tiempo la justa medida de la responsabilidad que debe guiar la paternidad humana.

La encíclica reconoce este valor. Si bien no pare-



Los desposorios de la Virgen, de Rafael (fragmento)

ce hablar mucho del mismo, no deja de destacarlo indirectamente aún más al ponerlo claramente en el contexto de otros valores. Éstos son valores fundamentales para la vida humana y además los valores específicos para el matrimonio y la familia. Son específicos ya que únicamente el matrimonio y la familia -y ningún otro ambiente humano-constituyen el campo específico donde se manifiestan estos valores, prácticamente un suelo fértil en el cual crecen. Uno de éstos es el valor del amor conyugal y familiar; el otro es el valor de la persona, es decir, su dignidad, que se manifiesta en los contactos humanos más íntimos. Estos dos valores se penetran tan profundamente entre sí que en cierto modo constituyen un solo bien.

El logro de la plena madurez espiritual

ÉSTE es precisamente el bien espiritual del matrimonio, la mayor riqueza de las nuevas generaciones humanas: «los cónyuges desarrollan integralmente su personalidad, enriqueciéndose de valores espirituales: ella (la disciplina) aporta a la vida familiar frutos de serenidad y de paz (...); favorece la atención hacia el otro cónyuge, ayuda a los esposos a superar el egoísmo, enemigo del verdadero amor, y enraíza más su sentido de responsabilidad en el cumplimiento de sus obligaciones. Los padres adquieren así la capacidad de un influjo más

profundo y eficaz para educar a los hijos; los niños y los jóvenes crecen en la justa apreciación de los valores humanos y en el desarrollo sereno y armonioso de sus facultades espirituales y sensibles» (n. 21).

He aquí el contexto pleno y al mismo tiempo la perspectiva universal de los valores en los cuales se basa la doctrina de la paternidad responsable. La actitud de responsabilidad se extiende en toda la vida conyugal y en todo el proceso de educación. Únicamente los hombres que han alcanzado la plena madurez de la persona mediante una educación completa logran educar a los nuevos seres humanos. La paternidad responsable y la castidad de las relaciones mutuas entre los cónyuges propia de aquélla son prueba de su madurez espiritual. Por consiguiente, ellos proyectan su luz en todo el proceso de educación que se lleva a cabo en la familia.

El amor conyugal: auténtica donación de una persona a otra

ADEMÁS de contener normas claras y explícitas sobre la vida matrimonial, la paternidad consciente y el justo control de la natalidad, la encíclica *Humanae vitae* señala los valores a través de dichas normas, confirma su recto sentido y nos pone en guardia contra el falso sentido, expresando asimismo el profundo interés por proteger al

hombre del peligro de alterar los valores más fundamentales.

Uno de los valores más fundamentales es el del amor humano. El amor encuentra su fuente en Dios, que «es Amor». Pablo VI plantea esta verdad revelada al comienzo de su penetrante análisis del amor conyugal ya que éste expresa el valor más grande que debe reconocerse en el amor humano. El amor humano es rico en experiencias que lo constituyen, pero su riqueza esencial consiste en ser una comunión de personas, es decir, de un hombre y una mujer en su mutua donación. El amor conyugal se enriquece con la auténtica donación de una persona a otra persona. Precisamente esta mutua donación de la persona misma no debe alterarse. Si en el matrimonio debe realizarse el amor auténtico de las personas a través de la donación de los cuerpos, es decir, a través de «la unión en el cuerpo» del hombre y la mujer, precisamente por consideración al valor mismo del amor no se puede alterar esta mutua donación en aspecto alguno del acto conyugal interpersonal.

La castidad matrimonial es salvaguarda del amor

EL valor mismo del amor humano y su autenticidad exigen la castidad del acto conyugal en la forma en que lo pide la Iglesia y se alude en la encíclica misma. En diversos campos, el hombre domina la naturaleza y la subordina a sí mismo mediante medios artificiales.

El conjunto de estos medios equivale en cierto modo al progreso y la civilización. Sin embargo, en este campo en el cual es preciso actuar a través del acto conyugal, el amor entre persona y persona, y donde la persona debe darse auténtica mente a sí misma (y «dar» quiere decir también «recibir» recíprocamente), el uso de los medios artificiales equivale a una alteración del acto de amor. El autor de la encíclica *Humanae vitae* tiene presente el valor auténtico del amor humano que tiene a Dios como fuente y viene confirmado por la recta conciencia y el sano «sentido moral». Y precisamente en nombre de este valor el Papa enseña los principios de la responsabilidad ética. Ésta es también la responsabilidad que protege la calidad del amor humano en el matrimonio. Este amor se expresa también en la continencia –incluso cuando es periódica– por cuanto el amor es capaz de renunciar al acto conyugal, pero no puede renunciar al auténtico don de la persona. La renuncia al acto conyugal puede ser en ciertas circunstancias un auténtico don personal. Pablo VI escribe al respecto: «Esta disciplina, propia de la pureza de los esposos, lejos de perjudicar el amor

conyugal, le confiere un valor humano más sublime» (n. 21).

La donación presupone autodominio

EXPRESANDO el interés urgente por el auténtico valor del amor humano, la encíclica *Humanae vitae* se dirige al hombre y alude al sentido de la dignidad de la persona. De hecho, de acuerdo con su auténtico valor, el amor debe ser realizado por el hombre y la mujer en el matrimonio. La capacidad para semejante amor y la capacidad para el auténtico don de la persona exigen de ambos el sentido de la dignidad personal. La experiencia del valor sexual debe estar impregnada de una conciencia viva del valor de la persona. Este valor explica precisamente la necesidad del dominio de sí mismo que es propia de la persona: la personalidad de hecho se expresa en el auto control y el autodominio, sin los cuales el hombre no sería capaz ni de darse a sí mismo ni de recibir.

La encíclica *Humanae vitae* formula esta jerarquía de valores, que resulta ser esencial y decisiva para todo el problema de la paternidad responsable. No es posible invertir esta jerarquía ni alterar el justo orden de los valores. Correríamos el riesgo de semejante inversión y mutación de los valores si para resolver el problema partiésemos de aspectos parciales en vez de hacerla «a partir de la visión integral del hombre y su vocación».

Otros aspectos del problema

CADA uno de estos aspectos parciales es sumamente importante en sí mismo, y Pablo VI ciertamente no reduce la importancia tanto del aspecto demográfico-sociológico como biopsicológico. Por el contrario, el Pontífice los considera atentamente. Él sólo quiere impedir que cualquiera de los aspectos parciales en particular, independientemente de su grado de importancia, pueda destruir la recta jerarquía de los valores y despojar de su verdadero significado al amor como comunión de personas y al hombre mismo como persona capaz de una auténtica donación en la cual no puede ser sustituido por la «técnica». En todo esto, sin embargo, el Papa no omite aspecto parcial alguno del problema, enfrentando en cambio cada uno de ellos y estableciendo su contenido fundamental, y en conexión con lo mismo la recta jerarquía de valores. Y precisamente en este camino existe la posibilidad de un control de los nacimientos y por consiguiente también la posibilidad de resolver las dificultades sociodemográficas. Y es por eso que Pablo

VI pudo escribir con plena seguridad que «los poderes públicos pueden y deben contribuir a la solución del problema demográfico» (n. 23). Cuando se trata del aspecto biológico y también del aspecto psicológico -como de hecho enseña la encíclica-, el camino de la realización de los respectivos valores pasa por la valorización del amor mismo y de la persona. He aquí las palabras del eminente biólogo, el profesor P. P. Grasset de la Academia de Ciencias: «La encíclica está de acuerdo con los datos de la biología, recuerda a los médicos sus obligaciones y marca al hombre el camino en el cual su dignidad, tanto física como moral, no estará sometida a ofensa alguna» (*Le Figaro*, 8 de octubre de 1968). Se puede decir que la encíclica penetra en el núcleo de esta problemática universal adoptada por el Concilio Vaticano II. El problema del desarrollo «del mundo», tanto en sus instancias modernas como en sus perspectivas más lejanas, suscita una serie de interrogantes que el hombre se plantea sobre sí mismo. Algunas de éstas se expresan en la constitución pastoral *Gaudium et spes*. No es posible una justa respuesta a estas interrogantes sin percatarse del significado de los valores que deciden sobre el hombre y la vida verdaderamente humana. En la encíclica *Humanae vitae* Pablo VI se ocupa de examinar estos valores en su punto neurálgico.

El testimonio cristiano

EL examen de los valores y a través de éste la norma misma de la paternidad responsable formulada en la encíclica *Humanae vitae* son portadores de manera especial de la huella del Evangelio. Es conveniente destacarlo nuevamente al final de estas consideraciones, si bien desde el comienzo ninguna otra idea ha sido su hilo conductor.

Las cuestiones que agitan a los hombres contemporáneos «exigían del magisterio de la Iglesia una nueva y profunda reflexión acerca de los principios de la doctrina moral del matrimonio, doctrina fundada sobre la ley natural, iluminada y enriquecida por la Revelación divina» (n. 4). La Revelación como expresión del eterno pensamiento de Dios nos permite y al mismo tiempo nos ordena considerar el matrimonio como la institución para transmitir la vida humana en la cual los cónyuges son «colaboradores libres y responsables de Dios Creador» (n. 1).

Cristo mismo confirmó esta dignidad perenne de ellos e incluyó el conjunto de la vida matrimonial en la obra de la Redención, insertándola en el orden sacramental. Con el sacramento del matrimonio, «los cónyuges son corroborados y como consagrados para cumplir fielmente los propios deberes, para realizar

su vocación hasta la perfección y para dar un testimonio propio de ellos delante del mundo» (n. 25). Habiéndose expuesto en la encíclica la doctrina de la moral cristiana, la doctrina de la paternidad responsable, entendida como recta expresión del amor conyugal y la dignidad de la persona humana, constituye un componente importante del testimonio cristiano.

Y nos parece propio de este testimonio el hecho de que el hombre haga cierto sacrificio en aras de los valores auténticos. El Evangelio confirma constantemente la necesidad de semejante sacrificio, así como la obra misma de la Redención, que se expresa totalmente en el Misterio pascual. La cruz de Cristo se ha convertido en el precio de la redención humana- Todo hombre que transita por el camino de los verdaderos valores debe asumir algo de esta cruz como precio que él mismo debe pagar por los valores auténticos. Este precio consiste en un esfuerzo especial. Escribe el Papa: «La ley divina exige un serio compromiso y muchos esfuerzos». y enseguida agrega que «tales esfuerzos ennoblecen al hombre y benefician la comunidad humana» (n. 20).

El esfuerzo necesario para obtener el valor del amor

LA última parte de la encíclica es un llamado a este compromiso serio y estos esfuerzos, dirigido tanto a las comunidades, para que «creen un clima favorable para la educación de la castidad» (n. 22), como a los poderes públicos y a los hombres de ciencia, con el fin de que logren «dar una base suficientemente segura para una regulación de los nacimientos fundada en la observancia de los ritmos naturales de fecundidad» (n. 24). La encíclica por último se dirige a los cónyuges mismos, al apostolado de las familias por la familia, a los médicos, a los sacerdotes y a los obispos como pastores de almas.

A los hombres contemporáneos, inquietos e impacientes, y amenazados al mismo tiempo en el ámbito de los valores y principios más fundamentales, el Vicario de Cristo recuerda las leyes que rigen a este sector. Y como éstos no tienen paciencia y buscan simplificaciones y aparentes facilitaciones, él les recuerda el precio de los verdaderos valores y en qué medida se requiere paciencia y esfuerzo para obtener estos valores. Al parecer, a través de todas las argumentaciones y llamados de la encíclica, llenos por lo demás de dramática tensión, nos llegan las palabras del Maestro: «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas» (Lucas 21, 19). Porque en definitiva se trata precisamente de esto.

La dignidad del matrimonio y la familia

De la Carta a las familias, de Juan Pablo II

(2 de febrero de 1994)

Paternidad y maternidad responsables

HA llegado el momento de aludir, en el entramado de la presente *Carta a las familias*, a dos cuestiones relacionadas entre sí. Una, la más genérica, se refiere a *la civilización del amor*; la otra, más específica, se refiere a *la paternidad y maternidad responsables*.

Hemos dicho ya que el matrimonio entraña una singular responsabilidad para el bien común: primero el de los esposos, después el de la familia. Este bien común está constituido por el hombre, por el valor de la persona y por todo lo que representa *la medida de su dignidad*. El hombre lleva consigo esta dimensión en cada sistema social, económico y político. Sin embargo, en el ámbito del matrimonio y de la familia esa responsabilidad se hace, por muchas razones, más «exigente» aún. No sin motivo la constitución pastoral *Gaudium et spes* habla de «promover la dignidad del matrimonio y de la familia». El Concilio ve en esta «promoción» una tarea tanto de la Iglesia como del Estado; sin embargo, en toda cultura, es ante todo un deber de las personas que, unidas en matrimonio, forman una determinada familia. La «paternidad y maternidad responsables» expresan un compromiso concreto para cumplir este deber, que en el mundo actual presenta nuevas características.

En particular, la paternidad y maternidad se refieren directamente al momento en que el hombre y la mujer, uniéndose «en una sola carne», pueden convertirse en padres. Este momento tiene un valor muy significativo, tanto por su relación interpersonal como por su servicio a la vida. Ambos pueden convertirse en procreadores —padre y madre— comunicando la vida a un nuevo ser humano. *Las dos dimensiones de la unión conyugal*, la unitiva y la procreativa, *no pueden separarse artificialmente* sin alterar la verdad íntima del mismo acto conyugal.

Esta es la enseñanza constante de la Iglesia, y los «signos de los tiempos», de los que hoy somos testigos, ofrecen nuevos motivos para confirmarlo con particular énfasis. San Pablo, tan atento a las necesidades pastorales de su tiempo, exigía con claridad y firmeza «insistir a tiempo y a destiempo» (cf. 2Tim 4,2), sin temor alguno por el hecho de que «no se soportara la sana doctrina» (cf. 2Tim 4,3). Sus palabras son bien conocidas a quienes, comprendiendo

profundamente las vicisitudes de nuestro tiempo, esperan que la Iglesia no sólo no abandone «la sana doctrina», sino que la anuncie con renovado vigor, buscando en los actuales «signos de los tiempos» las razones para su ulterior y providencial profundización.

Muchas de estas razones se encuentran ya en las mismas ciencias que, del antiguo tronco de la antropología, se han desarrollado en *varias especializaciones*, como la biología, psicología, sociología y sus ramificaciones ulteriores. *Todas giran, en cierto modo, en torno a la medicina*, que es, a la vez, ciencia y arte (*ars medica*), al servicio de la vida y de la salud de la persona. Pero las razones insinuadas aquí emergen sobre todo de la experiencia humana que es múltiple y que, en cierto sentido, precede y sigue a la ciencia misma.

Los esposos aprenden por propia experiencia lo que significan la paternidad y maternidad responsables; lo aprenden también gracias a la experiencia de otras parejas que viven en condiciones análogas y se han hecho así más abiertas a los datos de las ciencias. Podría decirse que los «estudiosos» aprenden casi de los «esposos», para poder luego, a su vez, instruirlos de manera más competente sobre el significado de la procreación responsable y sobre los modos de practicarla.

Este tema ha sido tratado ampliamente en los documentos conciliares, en la encíclica *Humanae vitae*, en las «Proposiciones» del Sínodo de los obispos de 1980, en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, y en intervenciones análogas, hasta la instrucción *Donum vitae* de la Congregación para la Doctrina de la Fe. La Iglesia enseña la verdad moral sobre la paternidad y maternidad responsables, *defendiéndola de las visiones y tendencias erróneas difundidas actualmente*. ¿Por qué hace esto la Iglesia? ¿Acaso porque no se da cuenta de las problemáticas evocadas por quienes en este ámbito sugieren concesiones y tratan de convencerla también con presiones indebidas, si no es incluso con amenazas? En efecto, se reprocha frecuentemente al magisterio de la Iglesia que está ya superado y cerrado a las instancias del espíritu de los tiempos modernos; que su acción es nociva para la humanidad, más aún, para la Iglesia misma. Por mantenerse obstinadamente en sus propias posiciones —se dice—, la Iglesia acabará por perder popularidad y los creyentes se alejarán cada vez más de ella.

Pero, ¿cómo se puede sostener que *la Iglesia*, y de

modo especial el episcopado en comunión con el Papa, *es insensible a problemas tan graves y actuales?* Pablo VI veía precisamente en éstos cuestiones tan vitales que lo impulsaron a publicar la encíclica *Humanae vitae*. El fundamento en que se basa la doctrina de la Iglesia sobre la paternidad y maternidad responsables es mucho más amplio y sólido. *El Concilio lo indica ante todo en sus enseñanzas sobre el hombre* cuando afirma que «es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma» y que «no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino es en la entrega sincera de sí mismo». Y esto porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y redimido por el Hijo unigénito del Padre, hecho hombre por nosotros y por nuestra salvación.

El Concilio Vaticano II, particularmente atento al problema del hombre y de su vocación, afirma que la unión conyugal –significada en la expresión bíblica «*una sola carne*»– sólo puede ser comprendida y explicada plenamente *recurriendo a los valores de la «persona» y de la «entrega»*. Cada hombre y cada mujer se realizan en plenitud mediante la entrega sincera de sí mismo; y, para los esposos, el momento de la unión conyugal constituye una experiencia particularísima de ello. Es entonces cuando el hombre y la mujer, en la «verdad» de su masculinidad y femineidad, se convierten en entrega recíproca. Toda la vida del matrimonio es entrega, pero esto se hace singularmente evidente cuando los esposos, ofreciéndose recíprocamente en el amor, realizan aquel encuentro que hace de los dos «una sola carne» (Gn 2, 24).

Viven entonces un *momento de especial responsabilidad*, incluso por la potencialidad procreativa vinculada con el acto conyugal. En aquel momento, los esposos pueden convertirse en padre y madre, iniciando el proceso de una nueva existencia humana que después se desarrollará en el seno de la mujer. Aunque es la mujer la primera que se da cuenta de que es madre, el hombre con el cual se ha unido en «*una sola carne*» toma a su vez conciencia, mediante el testimonio de ella, de haberse convertido en padre. Ambos son responsables de la potencial, y después efectiva, paternidad y maternidad. El hombre debe reconocer y aceptar el resultado de una decisión que también ha sido suya. No puede ampararse en expresiones como: «no sé», «no quería», «lo has querido tú». La unión conyugal conlleva en cualquier caso *la responsabilidad del hombre y de la mujer*, responsabilidad potencial que llega a ser efectiva cuando las circunstancias lo imponen. Esto vale sobre todo para el hombre que, aun siendo también artífice del inicio del proceso generativo, queda distanciado biológicamente del mismo, ya que de hecho se desarrolla en la mujer. ¿Cómo podría el hombre no hacerse cargo de ello? Es necesario que ambos, el hombre y la mujer, asuman juntos, ante sí

mismos y ante los demás, la responsabilidad de la nueva vida suscitada por ellos.

Esta es una conclusión compartida por las ciencias humanas mismas. Sin embargo, conviene profundizarla, analizando el significado del acto conyugal a la luz de los mencionados valores de la «persona» y de la «entrega». Esto lo hace la Iglesia con su enseñanza constante, particularmente con la del Concilio Vaticano II.

En el momento del acto conyugal, el hombre y la mujer están llamados a ratificar de manera responsable *la recíproca entrega* que han hecho de sí mismos con la alianza matrimonial. Ahora bien, la lógica de la *entrega total del uno al otro* implica la potencial apertura a la procreación: el matrimonio está llamado así a realizarse todavía más plenamente como familia. Ciertamente, la entrega recíproca del hombre y de la mujer no tiene como fin solamente el nacimiento de los hijos, sino que es, en sí misma, mutua comunión de amor y de vida. Pero siempre debe *garantizarse la íntima verdad de tal entrega*. «Íntima» no es sinónimo de «subjética». Significa más bien que es esencialmente coherente con la verdad objetiva de los que se entregan. La persona jamás ha de ser considerada un medio para alcanzar un fin; jamás, sobre todo, un medio de «placer». La persona es y debe ser sólo el fin de todo acto. Solamente entonces la acción corresponde a la verdadera dignidad de la persona.

Al concluir nuestras reflexiones sobre este tema tan importante y delicado, deseo alentaros particularmente a vosotros, queridos esposos, y a todos aquellos que os ayudan a comprender y a poner en práctica la enseñanza de la Iglesia sobre el matrimonio, sobre la maternidad y paternidad responsables. Pienso concretamente en los Pastores, en tantos estudiosos, teólogos, filósofos, escritores y periodistas, que no se plegan al conformismo cultural dominante, dispuestos valientemente a ir contra corriente. Mi aliento se dirige, además, a un grupo cada vez más numeroso de expertos, médicos y educadores –verdaderos apóstoles laicos–, para quienes promover la dignidad del matrimonio y la familia resulta un cometido importante de su vida. En nombre de la Iglesia expreso a todos mi gratitud. ¿Qué podrían hacer sin ellos los sacerdotes, los obispos e incluso el mismo Sucesor de Pedro? De esto me he ido convenciendo cada vez más desde mis primeros años de sacerdocio, cuando sentado en el *confesionario* empecé a compartir las preocupaciones, los temores y las esperanzas de tantos esposos. He encontrado casos difíciles de rebelión y rechazo, pero al mismo tiempo muchas personas muy responsables y generosas. Mientras escribo esta *Carta* tengo presentes a todos estos esposos y les abrazo con mi afecto y mi oración.

Dos civilizaciones

AMADÍSIMAS familias, la cuestión de la paternidad y de la maternidad responsables se inscribe en toda la temática de la «civilización del amor», de la que deseo hablaros ahora. De lo expuesto hasta aquí se deduce claramente que *la familia constituye la base de lo que Pablo VI calificó como «civilización del amor»*, expresión asumida después por la enseñanza de la Iglesia y considerada ya normal. Hoy es difícil pensar en una intervención de la Iglesia, o bien sobre la Iglesia, que no se refiera a la civilización del amor. La expresión *se relaciona con la tradición de la «iglesia doméstica» en los orígenes del cristianismo*, pero tiene una preciosa referencia incluso para la época actual. Etimológicamente, el término «civilización» deriva efectivamente de «civis», «ciudadano», y subraya la dimensión política de la existencia de cada individuo. Sin embargo, el significado más profundo de la expresión «civilización» no es solamente político sino más bien «humanístico». La civilización pertenece a la historia del hombre, porque corresponde a sus exigencias espirituales y morales: éste, creado a imagen y semejanza de Dios, ha recibido el mundo de manos del Creador con el compromiso de plasmarlo a su propia imagen y semejanza. Precisamente del cumplimiento de este cometido deriva la civilización, que, en definitiva, no es otra cosa que la «humanización del mundo».

Civilización tiene, pues, en cierto modo, el mismo significado que «cultura». Por esto se podría decir también: «*cultura del amor*», aunque es preferible mantener la expresión que se ha hecho ya familiar. La civilización del amor, con el significado actual del término, se inspira en las palabras de la constitución conciliar *Gaudium et spes*: «*Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación*». Por esto se puede afirmar que la civilización del amor se basa en la revelación de Dios, que «es amor», como dice Juan (1 Jn 4, 8. 16), y que está expresada de modo admirable por Pablo con el himno a la caridad, en la primera *carta a los Corintios* (cf. 13, 1-13). Esta civilización está íntimamente relacionada con el amor que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5), y que crece gracias *al cuidado constante* del que habla, de manera tan sugestiva, la alegoría evangélica de la vid y los sarmientos: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto» (Jn 15, 1-2).

A la luz de estos y de otros textos del Nuevo Testamento es posible comprender lo que se entiende por «civilización del amor», y por qué *la familia está unida orgánicamente a esta civilización*. Si el pri-

mer «camino de la Iglesia» es la familia, conviene añadir que lo es también la civilización del amor, pues la Iglesia camina por el mundo y llama a seguir este camino a las familias y a las otras instituciones sociales, nacionales e internacionales, precisamente en función de las familias y por medio de ellas. En efecto, la familia depende por muchos motivos de *la civilización del amor*, en la cual encuentra las razones de su ser como tal. Y al mismo tiempo, *la familia es el centro y el corazón de la civilización del amor*.

Sin embargo, no hay verdadero amor sin la conciencia de que Dios «es Amor», y de que el hombre es la única criatura en la tierra que Dios ha llamado «por sí misma» a la existencia. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, sólo puede «encontrar su plenitud» mediante la entrega sincera de sí mismo. Sin este concepto del hombre, de la persona y de la «comunidad de personas» en la familia, no puede haber civilización del amor; recíprocamente, sin ella es imposible *este concepto de persona y de comunidad de personas*. La familia constituye la «célula» fundamental de la sociedad. Pero hay necesidad de Cristo –«vid» de la que reciben savia los «sarmientos»– para que esta célula no esté expuesta a la amenaza de una especie de *desarraigo cultural*, que puede venir tanto de dentro como de fuera. En efecto, si por un lado existe la «civilización del amor», por otro está *la posibilidad de una «anticivilización»* destructora, como demuestran hoy tantas tendencias y situaciones de hecho.

¿Quién puede negar que la nuestra es una época de gran crisis, que se manifiesta ante todo como profunda «*crisis de la verdad*»? Crisis de la verdad significa, en primer lugar, crisis de conceptos. Los términos «amor», «libertad», «entrega sincera» e incluso «persona», «derechos de la persona», ¿significan realmente lo que por su naturaleza contienen? He aquí por qué resulta tan significativa e importante para la Iglesia y para el mundo –ante todo en Occidente– la encíclica sobre el «esplendor de la verdad» (*Veritatis splendor*). Solamente si la verdad sobre la libertad y la comunión de las personas en el matrimonio y en la familia recupera su esplendor, empezará verdaderamente la edificación de la civilización del amor y será entonces posible hablar con eficacia –como hace el Concilio– de «promover la dignidad del matrimonio y de la familia».

¿Por qué es tan importante el «esplendor de la verdad»? Ante todo, lo es por contraste: el desarrollo de la civilización contemporánea está vinculado a un progreso científico-tecnológico que se verifica de manera muchas veces unilateral, presentando como consecuencia características puramente positivistas. Como se sabe, el positivismo produce como frutos el agnosticismo a nivel teórico y el uti-

litarismo a nivel práctico y ético. En nuestros tiempos la historia, en cierto sentido, se repite. El *utilitarismo* es una civilización basada en producir y disfrutar; una civilización de las «cosas» y no de las «personas»; una civilización en la que las personas se usan como si fueran cosas. En el contexto de la civilización del placer, la mujer puede llegar a ser un objeto para el hombre, los hijos un obstáculo para los padres, la familia una institución que dificulta la libertad de sus miembros. Para convencerse de ello, basta examinar *ciertos programas de educación sexual*, introducidos en las escuelas, a menudo contra el parecer y las protestas de muchos padres; o bien las corrientes abortistas, que en vano tratan de esconderse detrás del llamado «derecho de elección» («*pro choice*») por parte de ambos esposos, y particularmente por parte de la mujer. Éstos son sólo dos ejemplos de los muchos que podrían recordarse.

Es evidente que en semejante situación cultural, la familia no puede dejar de sentirse amenazada, porque está acechada en sus mismos fundamentos. Lo que es *contrario a la civilización del amor* es contrario a toda la verdad sobre el hombre y es una amenaza para él: no le permite encontrarse a sí mismo ni sentirse seguro como esposo, como padre, como hijo. El llamado «sexo seguro», propagado por la «civilización técnica», es en realidad, bajo el aspecto de las exigencias globales de la persona, radicalmente no-seguro, e incluso gravemente peligroso. En efecto, la persona se encuentra ahí en peligro, y, a su vez, está en peligro la familia. ¿Cuál es el peligro? Es *la pérdida de la verdad sobre la familia*, a la que se añade el riesgo de la pérdida de la *libertad* y, por consiguiente, la pérdida del *amor*

mismo. «Conoceréis la verdad —dice Jesús— y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). La verdad, sólo la verdad, os preparará para un amor del que se puede decir que es «hermoso».

La familia contemporánea, como la de siempre, *va buscando el «amor hermoso»*. Un amor no «hermoso», o sea, reducido sólo a satisfacción de la concupiscencia (cf. 1 Jn 2, 16) o a un recíproco «uso» del hombre y de la mujer, hace a las personas *esclavas de sus debilidades*. ¿No favorecen esta esclavitud ciertos «programas culturales» modernos? Son programas que «juegan» con las debilidades del hombre, haciéndolo así más débil e indefenso.

La civilización del amor evoca la alegría: alegría, entre otras cosas, porque un hombre viene al mundo (cf. Jn 16, 21) y, consiguientemente, porque los esposos llegan a ser padres. Civilización del amor significa «alegrarse con la verdad» (cf. 1 Co 13, 6); pero una civilización inspirada en una mentalidad consumista y antinatalista no es ni puede ser nunca una civilización del amor. Si la familia es tan importante para la civilización del amor, lo es por la particular *cercanía e intensidad de los vínculos* que se instauran en ella entre las personas y las generaciones. Sin embargo, *es vulnerable* y puede sufrir fácilmente los peligros que debilitan o incluso destruyen su unidad y estabilidad. Debido a tales peligros, las familias dejan de dar testimonio de la civilización del amor e incluso pueden ser su negación, una especie de *antitestimonio*. Una familia disgregada puede, a su vez, generar una forma concreta de «anticivilización», destruyendo el amor en los diversos ámbitos en los que se expresa, con inevitables repercusiones en el conjunto de la vida social.

Crear un ambiente favorable a la castidad

Nos queremos en esta ocasión llamar la atención de los educadores y de todos aquellos que tienen incumbencia de responsabilidad en orden al bien común de la convivencia humana, sobre la necesidad de crear un clima favorable a la educación de la castidad, es decir, al triunfo de la sana libertad sobre el libertinaje, mediante el respeto del orden moral. Todo lo que en los medios modernos de comunicación social conduce a la excitación de los sentidos, al desenfreno de las costumbres, como cualquier forma de pornografía y de espectáculos licenciosos, debe suscitar la franca y unánime reacción de todas las personas, solícitas del progreso de la civilización y de la defensa de los supremos bienes del espíritu humano. En vano se trataría de buscar justificación a estas depravaciones con el pretexto de exigencias artísticas o científicas, o aduciendo como argumento la libertad concedida en este campo por las autoridades públicas.

PAULO VI: Encíclica *Humanae vitae*

La verdad y el significado del amor conyugal a la luz de la encíclica «*Humanae vitae*»

Carta pastoral de monseñor Charles Chaput, arzobispo de Denver
(22 de julio de 1998)

Queridos hermanos y hermanas en el Señor,

1. Hace treinta años, el papa Pablo VI entregó su encíclica *Humanae vitae* (*Sobre la vida humana*), que reafirmó la enseñanza constante de la Iglesia acerca del control de la natalidad. Ciertamente es la intervención papal peor entendida de este siglo. Fue la chispa que encabezó tres décadas de dudas y desacuerdos entre muchos católicos, especialmente en los países desarrollados. Sin embargo, con el pasar del tiempo, se ha comprobado profética. Enseña la verdad. Por eso, mi intención con esta carta apostólica es sencilla. Creo que el mensaje de la *Humanae vitae* no es una carga sino una alegría. Creo que esta encíclica ofrece una clave que lleva a matrimonios más profundos y ricos. Y lo que busco desde la familia de nuestra Iglesia local no es simplemente un asentimiento respetuoso a un documento que la crítica desecha como irrelevante, sino *un esfuerzo activo y sostenido por estudiar la Humanae vitae*; por enseñarla fielmente en nuestras parroquias; y por alentar a nuestras parejas casadas a que la vivan.

I. El mundo desde 1968

2. Tarde o temprano, todo pastor aconseja a alguien que está luchando contra una adicción. Normalmente el problema es alcohol o drogas. Y normalmente el escenario es el mismo. El adicto reconocerá el problema pero manifestará ser impotente ante él. O, alternativamente, el adicto negará tener un problema, aunque la adicción esté destruyendo su salud y arruinando su trabajo y su familia. No importa cuánto sentido tenga el pastor; no importa qué tan verídicos y persuasivos sean sus argumentos; y no importa qué tan en riesgo esté su vida, el adicto simplemente no puede entender —o actuar según— el consejo. La adicción, como una gruesa capa de vidrio, separa al adicto de cualquier cosa o persona que lo pueda ayudar.

3. Una manera de entender la historia de la *Humanae vitae* es aproximarse a las últimas tres décadas mediante la metáfora de la adicción. Creo que al mundo desarrollado le es muy difícil aceptar esta encíclica no porque hubiese algún defecto en el raciocinio de Pablo VI, sino debido a las adicciones y

contradicciones que se ha infligido a sí mismo, exactamente como lo advirtiera el Santo Padre.

4. Al presentar su encíclica, Pablo VI llamó la atención sobre cuatro problemas principales que surgirían si se ignorasen las enseñanzas de la Iglesia sobre el control de la natalidad (*HV* 17). Primero, advirtió que el amplio uso de anticonceptivos llevaría a «la infidelidad conyugal y a la degradación general de la moralidad». Exactamente esto es lo que ha ocurrido. Pocos negarán que los índices de abortos, divorcios, colapsos familiares, abuso de esposas e hijos, enfermedades venéreas e hijos extramatrimoniales han aumentado desde mediados de 1960. Obviamente, la píldora del control natal no ha sido el único factor en este incremento. Pero ha tenido un papel principal. De hecho, la revolución cultural desde 1968, caracterizada por lo menos en parte por un cambio de actitud hacia el sexo, no hubiera sido posible o sostenible sin un fácil acceso a una anticoncepción eficaz. En esto, Pablo VI tenía razón.

5. Segundo: advirtió también que el hombre perdería su respeto por la mujer y «ya [no se preocuparía] de su equilibrio físico y psicológico», al punto tal que la consideraría «como simple instrumento de goce egoísta y no como su respetada y amada compañera». En otras palabras, según el Papa, la anticoncepción puede ser presentada como liberadora para la mujer, pero los auténticos «beneficiarios» de la píldoras y dispositivos de control de la natalidad son los hombres. Tres décadas más tarde, exactamente como Pablo VI sugirió, la anticoncepción ha liberado al hombre —a un nivel históricamente sin precedentes— de la responsabilidad por sus agresiones sexuales. En el proceso, una de las más extrañas ironías del debate sobre la anticoncepción en la última generación ha sido la siguiente: muchas feministas han atacado a la Iglesia católica por su alegada desatención hacia la mujer, pero la Iglesia en la *Humanae vitae* identificó y rechazó la explotación sexual de la mujer *años antes que aquel mensaje entrara en vigencia en la cultura*. Una vez más, Pablo VI tenía razón.

6. Tercero: el Santo Padre advirtió también que el uso generalizado de la anticoncepción podría poner «un arma peligrosa... en las manos de aquellas autoridades públicas que no prestan clara atención a

las exigencias morales». Como hemos descubierto luego, la eugenesia no desapareció con las teorías raciales de los nazis en 1945. Las políticas del control de población son ahora parte aceptada de casi toda discusión sobre ayuda extranjera. La exportación masiva de anticonceptivos, aborto y esterilización por parte del mundo desarrollado hacia los países en desarrollo –frecuentemente como requisito previo para la ayuda y muchas veces en contradicción con las tradiciones morales locales– es una forma levemente disfrazada de la ‘guerra de población’ y la re-ingeniería cultural. Nuevamente, Pablo VI tenía razón.

7. Cuarto: El papa Pablo VI advirtió que la anticoncepción conduciría a los seres humanos a pensar erradamente que tienen un dominio ilimitado sobre sus propios cuerpos, convirtiendo inexorablemente a la persona humana en el objeto de su poder invasivo. Aquí se halla otra ironía: al huir hacia la falsa libertad provista por la anticoncepción y el aborto, un exagerado feminismo ha conspirado activamente hacia la deshumanización de la mujer. Un hombre y una mujer participan de manera única en la gloria de Dios por su capacidad de cocrear una nueva vida con Él. En la base de la anticoncepción, sin embargo, está el asumir que la fertilidad es una infección que debe ser atacada y controlada, exactamente como los antibióticos atacan las bacterias. En esta actitud puede verse también el intrínseco enlace entre la anticoncepción y el aborto. Si la fertilidad puede ser falsamente representada como una infección que se debe atacar, *también lo puede ser una nueva vida*. En ambos casos, un elemento definitivo de la identidad de la mujer –su potencial para engendrar una nueva vida– es redefinido como una debilidad que inspira desconfianza y requiere un atento «tratamiento». La mujer se convierte en el objeto de los dispositivos en los que confía para asegurarse su propia liberación y defensa, mientras que el hombre no comparte nada de esta carga. *Una vez más, Pablo VI tenía razón*.

8. Luego del punto final del Santo Padre, ha aparecido mucho más: la fertilización in vitro, la clonación, la manipulación genética y la experimentación con embriones descienden todas de la tecnología anticonceptiva. De hecho, hemos subestimado drásticamente e ingenuamente los efectos de la tecnología, no sólo externamente en la sociedad, sino en nuestra propia identidad humana. Como ha observado el autor Neil Postman, el cambio tecnológico no es aditivo sino ecológico. Una nueva tecnología significativa no ‘añade’ algo a una sociedad, *lo cambia todo*, tal como una gota de tinte rojo no pasa desapercibida en un vaso de agua, sino que colorea y cambia cada molécula del líquido. La tecnología anticonceptiva, precisamente por su impacto en la

intimidad sexual, ha trastornado nuestro entendimiento sobre el sentido de la sexualidad, de la fertilidad, y del matrimonio mismo. Los ha separado de la identidad natural e intrínseca de la persona humana y ha trastornado la ecología de las relaciones humanas. Ha introducido el caos en nuestro vocabulario de amor, tal como el orgullo introdujo el caos en el vocabulario de Babel.

9. Ahora nos enfrentamos día a día con las consecuencias. Estoy escribiendo estos pensamientos en una semana de julio en la que, con pocos días de intervalo, los noticieros han informado que casi el 14 por ciento de los habitantes de Colorado están o han estado involucrados en la dependencia de alcohol o drogas; una comisión del gobernador ha alabado el matrimonio mientras que simultáneamente recomienda pasos que lo trastornarán al otorgar derechos y responsabilidades paralelas a personas en ‘relaciones comprometidas’, incluyendo relaciones entre personas de un mismo sexo; y una pareja joven de la costa este ha sido sentenciada por asesinar brutalmente a su hijo recién nacido. De acuerdo a los reportajes, uno o los dos jóvenes padres, no casados, «aplastó el cráneo (del bebé) mientras estaba vivo, y dejó luego el cuerpo mutilado en un contenedor de basura para que muera». Estos son los titulares de una cultura en serios problemas. La sociedad estadounidense está arruinada con la identidad sexual y trastornos conductuales, colapso familiar y una general y creciente aspereza en la actitud hacia la sacralidad de la vida humana. Es obvio para cualquiera excepto para un adicto: *tenemos un problema*. Nos está matando como personas. Así que, ¿qué vamos a hacer al respecto? Lo que quiero sugerir es que si Pablo VI tenía razón acerca de muchas de las consecuencias que se derivan de la anticoncepción, *es porque tenía razón en cuanto a la anticoncepción misma*. Buscando nuevamente ser plenos como personas y como gente de fe, necesitamos empezar volviendo a leer la *Humanae vitae* con corazones abiertos. Jesús dijo que la verdad nos hará libres. La *Humanae vitae* está repleta de verdad. Por eso es una clave para nuestra libertad.

II. Lo que realmente dice la «*Humanae vitae*»

10. Tal vez una de las fallas al comunicar el mensaje de la *Humanae vitae* a lo largo de los últimos treinta años ha sido el lenguaje usado al enseñarla. Las tareas y responsabilidades de la vida conyugal son numerosas. Son también serias. Ante todo deben ser consideradas cuidadosamente y en espíritu de oración. Pero pocas parejas entienden su amor en términos de la teología académica. Simplemente, se enamoran (*fall in love*). Ese es el vocabulario que

usan. Es así de simple y revelador. Se rinden uno al otro. Se dan ellos mismos uno al otro. Se rinden (*fall*) uno al otro para poseer, y ser poseídos, plenamente uno al otro. Y con justicia. En el amor conyugal, Dios quiere que los esposos hallen alegría y gozo, esperanza y vida abundante, en y a través de cada uno, todo ordenado de manera que lleve al esposo y esposa, a sus hijos, y a todos los que lo conocen, más profundamente al abrazo de Dios.

11. En consecuencia, al presentar la naturaleza del matrimonio cristiano a una nueva generación, debemos formular sus *satisfacciones plenificantes* por lo menos tan bien como sus deberes. La actitud católica hacia la sexualidad es *todo menos* puritana, represiva o anticarnal. Dios creó el mundo y modeló a la persona humana a su misma imagen. Por lo tanto, el cuerpo es bueno. De hecho, para mí ha sido muchas veces una fuente de gran humor escuchar de incógnito cómo personas se quejaban sobre la supuesta «sexualidad enbotellada» de la doctrina moral católica, y el tamaño de muchas buenas familias católicas (de dónde, uno se pregunta, piensan ellos que vienen los bebés). El matrimonio católico —exactamente como Jesús mismo— no es una cuestión de escasez sino de abundancia. No es una cuestión de esterilidad, sino más bien de la fecundidad que fluye del amor unitivo y procreativo. El amor conyugal católico implica siempre la posibilidad de una nueva vida, y porque lo hace, aleja la soledad y afirma el futuro. Y porque afirma el futuro, se convierte en una hoguera de esperanza en un mundo inclinado a la locura. En efecto, el matrimonio católico es atractivo porque es sincero. Está diseñado para las criaturas que somos: personas hechas para la comunión. Los esposos se completan uno al otro. Cuando Dios une a una mujer y un hombre en matrimonio, ellos crean con Él un nuevo todo, una «pertenencia» que es tan real, tan concreta, que una nueva vida, un niño, es su expresión natural y su sello. Eso es lo que la Iglesia quiere decir cuando enseña que el amor matrimonial católico es por su naturaleza tanto unitivo como procreativo, y no lo uno o lo otro.

12. ¿Pero por qué las parejas casadas no pueden simplemente escoger el aspecto unitivo del matrimonio y temporalmente bloquear o incluso permanentemente evitar su naturaleza procreativa? La respuesta es tan simple y radical como el Evangelio mismo. Cuando los esposos se dan a sí mismos honesta y enteramente, como lo implica o incluso exige la naturaleza del amor conyugal, ello *debe incluir todo su ser*, y la más íntima y poderosa parte de cada persona es su fertilidad. La anticoncepción no sólo niega la fertilidad y ataca la procreación, sino que al hacerlo, necesariamente daña también la unidad. Es el equivalente a que los esposos se digan: «Te doy todo lo que soy, *excepto* mi fertilidad.

Yo acepto todo lo que eres, *excepto* tu fertilidad». Este retener algo de uno mismo inevitablemente trabaja para aislar y dividir a los esposos, deshaciendo la amistad sagrada entre ellos... tal vez no inmediatamente y visiblemente, sino profundamente, y a la larga muchas veces de manera fatal para el matrimonio.

13. Por esto la Iglesia no está en contra de la anticoncepción «artificial». Está en contra de todo tipo de anticoncepción. *La noción de «artificial» no tiene nada que ver*. De hecho, se tiende a confundir la discusión implicando que el debate es en torno a una intrusión mecánica en el sistema orgánico del cuerpo. No es así. La Iglesia no tiene ningún problema con la ciencia que apropiadamente interviene para sanar o mejorar la salud corporal. En vez, la Iglesia enseña que *toda anticoncepción está moralmente errada*, y no solamente errada, sino seriamente errada. La alianza que realizan el marido y la mujer en el matrimonio requiere que toda relación permanezca abierta a la transmisión de una nueva vida. Esto es lo que implica ser «una carne»: una autodonación completa, sin reserva o excepción, así como Cristo no retuvo nada de sí mismo de su esposa, la Iglesia, muriendo por ella en la cruz. *Cualquier* interferencia intencional con la naturaleza procreativa de la relación implica necesariamente que los esposos están reteniendo uno del otro y de Dios, quien es su pareja en el amor sacramental. En efecto, se roban algo infinitamente precioso —ellos mismos— de cada uno y de su Creador.

14. Y por esto la planificación familiar natural difiere no sólo en el estilo sino en la substancia moral de la anticoncepción como un medio para regular el tamaño de las familias. *La planificación familiar natural no es anticoncepción. Es, más bien, un método de conciencia y aprecio de la fertilidad*. Es una aproximación completamente diferente a la regulación de la natalidad. La planificación familiar natural no ataca en nada a la fertilidad, no retiene el don de uno mismo a su pareja, ni tampoco bloquea la naturaleza procreativa de la relación. La alianza del matrimonio requiere que cada acto de relación sea plenamente un acto de autodonación, y por lo tanto abierto a la posibilidad de una nueva vida. Pero cuando, por buenas razones, esposo y esposa limitan sus relaciones de acuerdo a los periodos naturales de infertilidad en la esposa durante el mes, están simplemente observando un ciclo que Dios mismo ha creado en la mujer. No lo están trastornando. Y por lo tanto están viviendo de acuerdo a la ley del Amor de Dios.

15. Hay, por cierto, muchos beneficios maravillosos en la práctica de la planificación familiar natural. La esposa se preserva a sí misma de químicos o instrumentos y se mantiene fiel a su ciclo natural. El esposo comparte la planificación y la responsabi-

lidad en la planificación familiar natural. Ambos aprenden un mayor grado de auto señorío y un respeto profundo por el otro. Es verdad que la planificación familiar natural requiere de sacrificios y abstinencias periódicas de relaciones. Puede a veces ser un camino difícil. Pero así puede ser toda vida cristiana seria, sea uno sacerdote, consagrado, soltero o casado. Mas aún, la experiencia de decenas de miles de parejas ha enseñado que, viviendo en oración y sin egoísmos, la planificación familiar natural profundiza y enriquece el matrimonio y termina en una mayor intimidad, y *mayor alegría*. En el Antiguo Testamento, Dios pidió a nuestros primeros padres ser fecundos y multiplicarse (Gn 1,28). Nos pidió que *escojamos la vida* (Dt 30,19). Envío a su Hijo, Jesús, para traernos la vida en abundancia (Jn 10,10) y para recordarnos que su yugo es ligero (Mt 11,30). Sospecho, por lo tanto, que lo que está en el corazón de la ambivalencia católica hacia la *Humanae vitae* no es una crisis de la sexualidad, de la autoridad de la Iglesia o de relevancia moral, sino una cuestión de fe: *¿Creemos de verdad en la bondad de Dios?* La Iglesia habla por su Novio, Jesucristo, y los creyentes oyen natural y ardientemente. Ella enseña a las parejas casadas el camino al amor permanente y a una cultura de vida. Treinta años de historia han registrado las consecuencias de la opción contraria.

III. Qué tenemos que hacer

16. Quiero expresar mi gratitud a las muchas parejas que ya viven el mensaje de la *Humanae vitae* en sus vidas de casados. Su fidelidad a la verdad santifica a sus mismas familias y a nuestra entera comunidad de fe. Agradezco de manera especial a aquellas parejas que enseñan la planificación familiar natural y aconsejan a otras parejas en la paternidad responsable inspirada por la enseñanza de la Iglesia. Su trabajo muy a menudo pasa desapercibido o no es apreciado, pero ellos son poderosos abogados de la vida en una época de confusión. Quiero ofrecer mis oraciones y aliento a aquellas parejas que cargan la cruz de la infertilidad. En una sociedad que a menudo favorece el evitar niños, ellos soportan la carga de anhelar el tener hijos sin poder engendrar ninguno. Ninguna oración queda sin responder, y todo sufrimiento ofrecido al Señor fructifica de alguna forma en una nueva vida. Les aliento a considerar la adopción, y apelo a ellos para que recuerden que un buen fin no puede nunca justificar medios errados. Sea para prevenir la gestación o lograrla, cualquier técnica que separe la dimensión unitiva y procreativa del matrimonio está siempre equivocada. Técnicas para procrear que vuelven a

los embriones en objetos y mecánicamente sustituyen el abrazo amoroso de esposo y esposa *violan la dignidad humana y tratan la vida como un producto*. No importa cuán positivas sean sus intenciones, estas técnicas promueven la peligrosa tendencia de reducir la vida humana a material que puede ser manipulado.

17. Nunca es tarde para volver nuestros corazones nuevamente hacia Dios. No somos impotentes. Podemos hacer una diferencia siendo testigos de la verdad sobre el amor matrimonial y la fidelidad a la cultura que nos rodea. En diciembre del año pasado, en una carta pastoral llamada *Buenas nuevas de gran alegría*, hablé de la importante vocación que todo católico tiene como un evangelizador. Somos todos misioneros. Norteamérica en los noventa, con su cultura de una sexualidad desordenada, matrimonios rotos y familias fragmentadas, necesita urgentemente el Evangelio. Como el papa Juan Pablo II escribe en su exhortación apostólica *Sobre la familia (Familiaris consortio)*, las parejas casadas tienen un rol fundamental testimoniando a Jesucristo entre ellos y a la cultura que los rodea (49, 50).

18. Con esa luz, pido a las parejas casadas de la arquidiócesis que lean, discutan y recen en torno a la *Humanae vitae*, la *Familiaris consortio*, y otros documentos de la Iglesia que delinean la enseñanza católica sobre el matrimonio y la sexualidad. Muchas parejas casadas, inconscientes de la sabiduría encontrada en este material, se han privado a sí mismas de una hermosa fuente de sustento para su mutuo amor. Aliento de manera especial a las parejas a examinar su propia conciencia en relación a la anticoncepción, y les pido que recuerden que «conciencia» es mucho más que sólo una cuestión de preferencia personal. Requiere que busquemos y entendamos la enseñanza de la Iglesia, y honestamente luchar para conformar nuestros corazones a ella. Les exhorto a buscar la reconciliación sacramental por las veces en que han caído en la anticoncepción. La sexualidad desordenada es la adicción dominante de la sociedad norteamericana en estos años finales del siglo. Directa o indirectamente nos afecta a todos. Como resultado, para muchos esta enseñanza puede ser un mensaje difícil de aceptar. *Pero no pierdan los ánimos*. Cada uno de nosotros es un pecador. Cada uno de nosotros es amado por Dios. No importa qué tanto caigamos, Dios nos perdonará si nos arrepentimos y pedimos la gracia para cumplir su voluntad.

19. Pido a mis hermanos sacerdotes que examinen sus propias prácticas pastorales, para asegurarse de estar presentando *fiel y sugerentemente* la enseñanza de la Iglesia sobre estos asuntos en todos sus trabajos pastorales. Nuestra gente merece la verdad sobre la sexualidad humana y la dignidad del

matrimonio. Para realizar esto, pido a los pastores leer y poner en práctica el *Vademécum para confesores sobre algunos aspectos de moral conyugal*, así como estudiar la enseñanza de la Iglesia sobre el matrimonio y la planificación familiar. Les exhorto a que nombren coordinadores parroquiales para facilitar la presentación de la enseñanza católica sobre el matrimonio y la planificación familiar, especialmente la planificación familiar natural. La anticoncepción es un asunto grave. Las parejas casadas necesitan el buen consejo de la Iglesia para realizar las decisiones correctas. La mayoría de los católicos casados acogen la guía de los sacerdotes, y los sacerdotes nunca se deberían sentir intimidados por su compromiso personal al celibato, o avergonzados por la enseñanza de la Iglesia. Avergonzarse de la enseñanza de la Iglesia es avergonzarse de la enseñanza de Cristo. La experiencia pastoral y el consejo de un sacerdote son valiosos en asuntos como la anticoncepción precisamente porque presenta una nueva perspectiva para una pareja y habla por toda la Iglesia. Más aún, la manifestación de la fidelidad de un sacerdote a su propia vocación fortalece a las parejas casadas para que ellas vivan su vocación con mayor fidelidad.

20. Como arzobispo, me comprometo yo mismo junto con los departamentos de la arquidiócesis a apoyar a mis hermanos sacerdotes, diáconos, así como a sus colaboradores laicos, presentando la integridad de la enseñanza de la Iglesia sobre el amor conyugal y la planificación familiar. Debo tanto al clero de nuestra Iglesia local y su equipo —especialmente a los muchos catequistas parroquiales— muchas gracias por el buen trabajo que han realizado en esta área. Es mi intención asegurar que cursos sobre el amor conyugal y la planificación familiar sean asequibles de manera regular a más y más personas de la arquidiócesis, y que nuestros sacerdotes y diáconos reciban una más extensa educación en los aspectos teológicos y pastorales de estas materias. Pido de manera particular a nuestros departamentos de Evangelización y Catequesis; Matrimonio y Vida Familiar; Escuelas Católicas; Ministerios con Jóvenes, Adultos Jóvenes y Universitarios; y Rito de Iniciación Cristiana para Adultos, desarrollar maneras concretas para presentar mejor a nuestra gente la enseñanza de la Iglesia sobre el amor matrimonial, así como requerir mayor instrucción sobre la planificación familiar natural como parte de todo programa de preparación matrimonial en la archidiócesis.

21. Dos aspectos finales. Primero: *el tema de la anticoncepción no es periférico, sino central y serio en el caminar de un católico con Dios*. Si se realiza con conciencia y libertad, la anticoncepción es un pecado grave, porque distorsiona la esencia del

matrimonio: el amor de auto-donación (self-giving) que, por su misma naturaleza, es dador de vida (life-giving). Quiebra lo que Dios ha creado para ser uno: el sentido personal unitivo del sexo (amor) y el sentido de donación de vida del sexo (procreación). Muy aparte del costo a cada pareja, la anticoncepción ha infligido también un daño masivo a la sociedad: al forzar inicialmente una cuña entre el amor y la procreación de hijos, y luego entre sexo (esto es, sexo en sentido de diversión, sin un compromiso permanente) y amor. Sin embargo —y este es mi segundo punto— *la enseñanza de la verdad debe ser siempre hecha con paciencia y compasión*, lo mismo que con firmeza. La sociedad americana parece oscilar particularmente entre el puritanismo y el libertinaje. Las dos generaciones —la mía y la de mis profesores— que en su momento encabezaron en este país la oposición a la encíclica de Pablo VI, son generaciones aún reaccionando contra el rigorismo del catolicismo norteamericano de los cincuenta. Ese rigorismo, en buena parte producto de una cultura y no de una doctrina, ha sido demolido hace ya mucho tiempo. Pero el hábito del escepticismo permanece. Al llegar a estas personas, es nuestra tarea devolver su desconfianza a donde pertenece: hacia las mentiras que el mundo dice sobre el sentido de la sexualidad humana, y las patologías que esas mentiras esconden.

22. Finalizando, enfrentamos una oportunidad que sólo viene una vez en muchas décadas. Esta semana hace treinta años, Pablo VI dijo la verdad sobre el amor conyugal. Al hacerlo, se inició una pugna al interior de la Iglesia que continúa marcando hasta hoy la vida católica norteamericana. La oposición selectiva a la *Humanae vitae* pronto desencadenó una gran oposición a la autoridad de la Iglesia y ataques a la credibilidad de la Iglesia misma. La ironía es que la gente que dejó la enseñanza de la Iglesia descubrió pronto que había transtornado su propia habilidad para transmitir algo a sus hijos. El resultado es que la Iglesia debe ahora evangelizar un mundo de los hijos *de sus hijos*, adolescentes y jóvenes adultos criados en una confusión moral, muchas veces inconscientes de su propia herencia moral, hambrientos de sentido, comunidad y amor verdadero. Por todos sus retos, este es un tremendo nuevo momento de posibilidades para la Iglesia, y la buena nueva es que la Iglesia hoy, como en toda época, tiene las respuestas para colmar el vacío que hay en sus corazones por hambre de Dios. Por eso, mi plegaria es sencilla: Que el Señor nos conceda la *sabiduría* para reconocer el gran tesoro que reside en nuestra enseñanza sobre el amor matrimonial y la sexualidad humana, *la fe, la alegría y la perseverancia* para vivir todo ello en nuestras propias familias, y *la valentía* que tuvo Pablo VI para predicarlo nuevamente.

Naturaleza humana y generación

«*Homo est de homine sicut Deus de Deo*»

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)*

«En el estado de inocencia, hubiese existido la generación para la multiplicación del género humano; en otro caso, el pecado del hombre hubiera sido muy necesario, del cual se ha seguido un bien tan grande».¹ Santo Tomás inicia, con este argumento, la respuesta a la cuestión acerca de si «en el estado de inocencia, se hubiese dado la generación para la multiplicación del linaje humano», o si, por el contrario, ésta sobrevino como consecuencia de la caída original.

En la sutil ironía de su argumentación *ad absurdum* toma como principio la grandeza del bien que constituye para los hombres el que entre ellos se dé la generación. Santo Tomás tiene plena conciencia de la singularidad de la generación humana, en la que se da, con una analogía proporcional con la operación de los animales superiores, pero, salvando, en esta proporcionalidad, una diversidad fundamental por razón del carácter personal de los individuos humanos, en contraste con cualquiera de los vivientes diversos y heterogéneos respecto del viviente racional:

«Hay que considerar que el hombre, según su naturaleza, está constituido como un término medio entre las criaturas corruptibles y las incorruptibles; pues su alma es naturalmente incorruptible, mientras que el cuerpo es naturalmente corruptible. Ahora bien, la intención de la naturaleza está orientada de modo diverso a las criaturas corruptibles y a las incorruptibles. Pues la intención de la naturaleza se dirige al que es perpetuo y destinado a existir siempre; pero lo que sólo tiene una duración temporal no

parece que sea de la principal intención de la naturaleza, sino ordenado a otra realidad; pues, en otro caso, al corromperse aquello, quedaría frustrada la intención de la naturaleza. Y, puesto que en las cosas corruptibles no hay nada perpetuo, a no ser las especies, en ellas el bien de la especie es lo principalmente intentado por la naturaleza, y a la conservación de la especie se ordena la generación natural.

«Pero las sustancias incorruptibles permanecen para siempre, no sólo según su naturaleza específica, sino también en cuanto individuos; de aquí que los mismos individuos sean lo principalmente intentado por la naturaleza. Así pues, al hombre, en cuanto corpóreo y naturalmente corruptible, le compete la generación; pero, por parte del alma, incorruptible, le compete que la intención de la naturaleza tienda, por sí, a la multiplicación de los individuos, o por mejor decir, que esto sea principalmente intentado por el Autor de la naturaleza, único Creador de las almas humanas; por esto, para la multiplicación del género humano, estableció Dios la generación en el estado de inocencia».²

Por esto, Santo Tomás puede afirmar que, aunque la imagen de Dios en el hombre y en el ángel se da, principalmente, por razón de la espiritualidad, no obstante, pueden reconocerse en el hombre algunas dimensiones de su modo de ser en las que es más a imagen y semejanza de Dios que el propio ángel, y entre éstas afirma, precisamente, aquella por la que el hombre nace del hombre como Dios nace de Dios -*homo est de homine sicut Deus de Deo*.³

Habiéndose apoyado en este principio, Santo Tomás puede abordar el diálogo con quienes habían negado que, en el estado de inocencia, pudiese darse la generación de los hombres por medio del coito, contemplándola desde su actitud característica y fundamental de la síntesis armónica entre la gracia, que nos hace partícipes de la divina naturaleza, y la misma naturaleza humana, que es su sujeto receptivo y su destinatario, que no es destruido por la gracia, sino por ella perfeccionado y elevado.

Por esto, frente a san Gregorio de Nisa y a los otros Doctores antiguos que, atendiendo a la feal-

* En su origen, este texto de Francisco Canals Vidal fue una comunicación enviada al X Congreso Internacional de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás, celebrado en Roma del 21 al 25 de setiembre de 2003. Después se incorporó a la síntesis que sobre la doctrina del Aquinate elaboró el profesor Canals por encargo de monseñor Foley, presidente del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, para RIIAL (Red Informática de la Iglesia en América Latina), que puede consultarse a través de internet. Finalmente, la citada síntesis se publicó en forma de libro: *Tomás de Aquino. Un pensamiento siempre actual y renovador*, Barcelona, Scire, 2004.

Al publicar este texto queremos ofrecer a los lectores un magnífico complemento, de profundo contenido teológico, a este número dedicado a la encíclica *Humanae vitae*.

1. *S.Th.I* Qu. 98, artº 1, in c.

2. *Íbid.*

3. *S.Th.I* Qu. 93, artº 3, in c.

dad de la concupiscencia que hallamos en el coito en este estado presente, habían negado este modo de la generación humana, e incluso afirmado que la creación, por Dios, del hombre como macho y hembra sólo miraba al modo de generación que sobrevendría después del pecado, del que Dios tenía presencia, puede santo Tomás replicar así:

«Esto no está dicho razonablemente. Pues las cosas que son naturales al hombre ni se sustraen ni se dan al hombre por el pecado...» (Texto para ser meditado: la inclinación a la soberbia por la que la ciencia nos hincha no pertenece a la natural inclinación del hombre al conocimiento de la verdad. El ejercicio del libre albedrío, –exigido no sólo para el mérito, efecto de la gracia cooperante, sino para la justificación, efecto de la gracia operante– no se confunde con su flexibilidad al mal. Al hombre, según su naturaleza, le compete el estar dotado de libre albedrío). «...es manifiesto que al hombre, según su vida animal, que también tenía antes del pecado, le es natural la generación por el coito, como a los demás animales perfectos; y muestra en eso los miembros naturales destinados a este uso. Por esto, no hay que decir que el uso de tales miembros naturales no se daría antes del pecado como el de los demás miembros». ⁴

Santo Tomás va a proseguir su reflexión orientado, como siempre, por la convicción de la trascendentalidad del bien y el carácter privativo del mal. Atenderá, por tanto, a partir de los principios enunciados, a advertir sobre la privación del orden por la que la vida sexual humana está sujeta a deformación y puede darse en sus actos carencia de perfección moral:

«En el coito, en el presente estado, hemos de considerar dos cosas: una, que es de la naturaleza, a saber, la unión del varón y de la mujer para engendrar, pues en toda generación se requiere una fuerza activa y una receptividad pasiva. Luego, como en todos los vivientes en que hay distinción de sexos, la fuerza activa está en lo masculino y la receptividad pasiva en lo femenino, el orden de la naturaleza exige que, para engendrar, se unan, por el coito, el varón y la mujer.

Otra cosa que puede ser considerada es cierta deformidad de la concupiscencia inmoderada, la que no se daría en el estado de inocencia, cuando las facultades inferiores estaban totalmente sometidas a la razón. Por lo que dice Agustín, en *De civitate Dei* 14, cap. 16, que «lejos de nosotros sospechar que no hubiese podido encontrarse la prole sin la enfermedad de la libido, pues aquellos miembros se moverían al mandato de la voluntad, al modo de los

demás, y sin ardor y estímulo engañoso, con tranquilidad en el alma y en el cuerpo». ⁵

Santo Tomás va a proseguir su argumentación en este punto tan capital de un modo en que brilla el sentido humanístico y teológico de su aristotelismo. Se planteará esta objeción: «En la unión carnal, el hombre se hace máximamente semejante a las bestias, por causa de la vehemencia del deleite. Por lo que también es alabada la continencia, por la cual los hombres se abstienen de tales deleites. Pero el hombre es comparado a las bestias por el pecado, como leemos en el salmo 48, 21: el hombre, constituido en honor, no le entendió; se comparó a los jumentos, carentes de entendimiento, y se hizo semejante a ellos. Luego, antes del pecado, no se hubiera dado la unión del varón y de la mujer». ⁶

Merece la máxima atención la respuesta de santo Tomás a la objeción planteada:

«Las bestias carecen de razón, por lo cual, el hombre se hace bestial en la unión sexual, porque el deleite del coito y el hervor de la concupiscencia no pueden ser moderados por la razón. Pero, en el estado de inocencia, no se daría nada así, que no pudiese ser moderado por la razón; *no porque fuese menor el deleite sensible, como dicen algunos* (pues sería tanto mayor el deleite sensible cuanto más pura la naturaleza y el cuerpo más sensible), *sino porque la facultad concupiscible no se extendería desordenadamente sobre tal deleite regulado por la razón*; a la cual no pertenece que sea menor el deleite en los sentidos, sino que no se entregue la facultad concupiscible inmoderadamente al deleite. Digo inmoderadamente refiriéndome a la medida de la razón: así como el sobrio, en el alimento tomado con moderación, no tiene menor deleite que el goloso; sino que menos descansa sobre tal deleite sensible. Y lo mismo suenan las palabras de Agustín, que no excluyen, en el estado de inocencia, la magnitud del deleite, sino el ardor de la libido y la inquietud del ánimo». ⁷

El mismo lenguaje de santo Tomás aquí y el contexto general de su doctrina sobre las virtudes morales en su relación con las pasiones del apetito sensible sugieren que, así como el sobrio no goza menos que el goloso, el orden del amor conyugal, fiel y obediente a los bienes del matrimonio, tendría que ser un título para reconocer que los casados cristianos se acercarán, en la medida de su mutuo amor conyugal, a aquella mayor intensidad gozosa que hubiera sido característica del estado de inocencia.

Ahora veremos a santo Tomás completar su pen-

5. *Íbid.*

6. *Íbid.* objeción 3.

7. *Íbid.* ad tertium.

4. *S.Th.I* Qu. 98, artº 2, in c.

samiento al deducir, de las tesis expuestas, una valoración de importancia capital acerca de la fecundidad, el desorden de la libido y la continencia, elogiada en cuanto orientada a renunciar a este desorden pero no por la privación de la fecundidad:

«Por esto, la continencia, en el estado de inocencia, no sería laudable, la que es alabada en nuestra situación actual, no por defecto de fecundidad, sino por remoción de la libido desordenada. Pero, entonces, se hubiera dado la fecundidad sin este desorden».⁸

Lejos, pues, de ceder a la tendencia que, atendiendo al desorden de las pasiones humanas en la naturaleza herida por el pecado, llevaba a entender como consecuencia de esta herida la unión de los sexos y la generación, santo Tomás se centra de tal modo en lo que es natural a la vida humana en cuanto tal que atribuye la mayor excelencia que damos, en el presente estado, a la continencia sobre la fecundidad a la conveniencia de evitar la desmesura y desorden que, en la naturaleza humana, se dan en este orden de cosas como privaciones resultantes de la caída original. Mientras que, situándose en la consideración esencial de lo que al hombre compete por su naturaleza, podría reconocerse una superior dignidad y excelencia en la fecundidad.

Ante lo sorprendente y, tal vez, en cierto sentido, «escandaloso» de estas perspectivas, se hace necesario situarlas en su contexto total, filosófico y teológico. Me parece que esto nos llevará a profundizar en la comprensión de la visión que tiene santo Tomás del lugar y misión del hombre en la obra divina de la creación y de la salvación sobrenatural.

Que el Hijo unigénito y eterno de Dios, de la misma naturaleza que Dios Padre, venido al mundo para nuestra salvación, se diese a sí mismo, con la máxima frecuencia, el título de «Hijo del Hombre» y se revelase como «el Prometido», hijo de Abraham, hijo de David, no es anecdótico, sino que está en el centro de la revelación de la economía salvadora. En la *Carta a los Hebreos* leemos que Dios «no son los ángeles a quienes alarga Su mano, sino al linaje de Abraham» (Heb 2, 16).

Por esto, también, en la formulación ortodoxa y católica del misterio de la Encarnación redentora, el que nuestro Salvador es «Dios con nosotros» se expresó diciendo de una mujer, su Madre María, que verdaderamente es «Madre de Dios».

El hombre tiene una naturaleza por la que pertenece al mundo material y sensible. Es una substancia corporal, compuesta de materia y de forma, de tal manera que el alma humana es, para santo Tomás, como para Aristóteles, la «primera forma de un cuerpo físico orgánico capaz de vida».

8. *Ibid.*

Esta vida humana es, en el cosmos, un nivel de ser por el que el hombre, viviente racional, no sólo está en el culmen del cosmos material, sino en el confín entre el mundo de lo corpóreo y del espíritu.

Por pertenecer verdaderamente al mundo material, al viviente humano le compete la operación suprema de la vida vegetativa: la generación. Mientras el mismo crecimiento se ordena al individuo viviente, en su conservación y en su desarrollo, la generación es una operación comunicativa del propio grado de ser que es el vivir; es por ella por la que florecen y fructifican las plantas y por la que se multiplican fecundamente los animales. Estas especies corruptibles permanecen y superan los límites temporales de los individuos perecederos, para mantenerse presentes a través del tiempo sobre la faz de esta tierra.

Al hombre, animal superior en un sentido ya eminente entre los animales, le conviene, como a éstos, que esta operación comunicativa de la vida, que asegura la permanencia de las especies, se ejerza con movimientos orgánicos que, a diferencia de los que ocurren en los vegetales, se realizan, con conciencia sensible, movimientos impulsados por apeticiones y que, en el ejercicio de sus actos, se manifiestan en deleites que son, como notaba Aristóteles, perfección de las mismas operaciones, comparables a ellas como la hermosura lo es a la juventud.

Pero el hombre está constituido por una forma substancial, unida ciertamente a la materia e informando un cuerpo orgánico, pero no totalmente inmersa en ella, y tiene su ser, que «es el acto de todas las cosas, aun de las mismas formas», por efecto inmediato del acto creador divino.

Objeto de solicitud providente de Dios en las operaciones de su vida, no sólo en cuanto a su esencia específica, sino en cuanto sus operaciones son actos personales –en los que decimos que consiste la vida humana personal de cada hombre– la generación no se ordena sólo a la conservación de la especie, sino a la multiplicación de los mismos individuos personales. Por esto, «el hombre nacido del hombre» es hijo de su generador, que es padre en un sentido analógico proporcional propio con respecto de la paternidad eterna del Padre celestial respecto de su Hijo unigénito.

Ni en los ángeles, ni en el hombre por la fecundidad intelectual ejercida en el lenguaje, es ésta capaz de producir en el ser entes subsistentes personales. Por la finitud de los espíritus creados, en los que no se identifican su vivir intelectual y su acto de ser, no pueden las criaturas engendrar, por vía intelectual, seres personales que fuesen hijos suyos.

Y esto a pesar de que, por la misma fecundidad del lenguaje del espíritu, pueda decir el Apóstol que

Fra Angélico: La Virgen María con santo Tomás
(fragmento)

«engendra por el Evangelio» a sus fieles, como hijos de Dios y el lenguaje de los padres constituya una comunicación de vida que funda la sucesión de los linajes y de las familias.

Pero una propia paternidad y filiación entre los hombres, si implica la dignidad de personas en el generante y el generado, implica también su corporeidad orgánica y, por lo mismo, la existencia en ellos de una facultad generativa ejercida al modo de los vivientes animales superiores.

Por esto, puede descubrir santo Tomás, en la paternidad humana, la manifestación de la perfección de la vida humana, en la que el hombre es más a imagen de Dios que los mismos ángeles, a los que no hubiera podido alargar su mano al modo como lo ha hecho con los hombres al hacerse el Verbo «Hijo del Hombre, hijo de Abraham, hijo de David, hijo de María».

No conviene dejar de atender aquí a las afirmaciones de santo Tomás referentes a lo que es propio, en la generación humana, de la paternidad y de la maternidad. Su lectura sencilla y no cavilosa desahará todas las objeciones que se formulan, a veces, y que tienden o a acusar el lenguaje bíblico de «masculinismo» o a corregir, con significados «hermafroditas», aquel lenguaje tradicional. Se trata de contaminaciones de herencia de dualismos gnósticos, que tendían a absolutizar en lo divino las dualidades de las estructuras acto-potenciales propias de la finitud y la corporeidad. No procede ahora entrar en discusión con tales objeciones, sino leer atenta y sencillamente a santo Tomás:

«Hay que atender que la generación carnal de los animales se realiza por facultades activas y pasivas. Por la facultad activa es llamado el viviente «padre»; por la receptividad pasiva es llamada «madre». Por lo que, en lo requerido para la generación de la prole, hay cosas que convienen al padre y otras a la madre: pues el dar la naturaleza y la especie a la prole compete al padre, mientras que el concebir y el parir competen a la madre, como la que recibe pasivamente aquel principio».

«Puesto que la procesión del Verbo se dice ser por cuanto Dios se entiende a Sí mismo, y en el mis-



mo entender divino no hay ninguna facultad pasiva sino como activa, pues el entendimiento divino no es en potencia, sino sólo en acto, en la generación del Verbo de Dios no es conveniente el concepto de madre, sino sólo el de padre. Por lo cual, lo que en la generación carnal conviene distintamente al padre y a la madre, todo ello es atribuido, en la Sagrada Escritura, al Padre en la generación del Verbo: pues se dice que el Padre da su vida al Hijo y también que lo concibe y pare».

«El Verbo de Dios es eternamente concebido, parido y presente en el Generante. Por esto, porque no se da una distinción del Verbo respecto del Dicente que impida al Verbo ser en el Dicente, así como para sugerir la distinción del Verbo respecto del Padre se dice que es parido o engendrado del «útero», así para manifestar que tal distinción no excluye que el Verbo sea en el Dicente, se dice del Verbo (Ioh. 1, 18) que «está en el seno del Padre».⁹

Santo Tomás puede interpretar de modo coherente la generación humana ejercida por el hombre y la mujer hechos «una sola carne» como semejanza participada de la divina generación eterna. A los vivientes corpóreos les compete, proporcionalmente,

9. *IV C.G.* cap. 11.

que la fecundidad generativa exija la polaridad complementaria de los sexos. En las antípodas de todo dualismo maniqueo, santo Tomás no puede relacionar con el pecado, ni como causa ni como efecto, el modo de generación propia del linaje humano.

Conexas armónicamente con aquellos principios tan claramente establecidos, están una serie de tesis sobre la virginidad y la continencia, sobre la pertenencia de éstas al estado de perfección y sobre la misma naturaleza de la perfección cristiana, cuyo recuerdo es de la máxima congruencia y oportunidad para la época de la Iglesia católica posterior al Concilio Vaticano II.

«La virginidad es lícita y virtuosa porque no se abstiene de los deleites propios de las operaciones generativas por erróneo juicio, sino por la búsqueda de un bien mayor en orden a la unión con Dios. Es más excelente que el matrimonio y es una doctrina herética la preferencia de éste sobre la continencia y la virginidad».

«Pero no es la más excelente de las virtudes, pues ella misma se ordena a ejercitar más libremente las virtudes teologales y la virtud de religión. La Iglesia da un más excelente culto a los mártires que a las vírgenes».¹⁰

«Legítimamente pueden los fieles comprometerse con voto a la continencia y a la virginidad en el estado de perfección. Pero la perfección misma, por sí y esencialmente, consiste en la caridad hacia Dios y hacia el prójimo a la que estamos todos obligados por precepto».

«Sólo secundaria e instrumentalmente, consiste la práctica de los consejos, que, como los mismos preceptos, se ordenan a la caridad».

«Por esto, no puede afirmarse que todo aquel que vive perfectamente su vida cristiana viva en estado de perfección: nada impide que algunos sean perfectos no estando en estado de perfección, y que algunos estén en estado de perfección y no sean, sin embargo, perfectos.»¹¹

Para santo Tomás, inequívocamente, la perfección cristiana no es de consejo, sino de precepto. La vocación universal a la santidad, que es mensaje central en la enseñanza del Concilio Vaticano II, está, pues, afirmada y fundamentada en la obra del Doctor Angélico.

Ayudará a comprender cómo entendía santo Tomás, en su esencia, la perfección cristiana y la santidad, la consideración de un principio orientado a

la comparación de la gracia santificante, que se nos infunde por el Bautismo, y a cuya conservación y crecimiento estamos llamados todos los cristianos, con los dones extraordinarios, que llamamos «gracias *gratis datae*», es decir, aquellos carismas que se distribuyen entre los miembros de la Iglesia para bien de la comunidad. Frente a la tendencia a considerar que lo más excelente, y que parece propio de los mejores, sea más digno que lo que es común a todos, santo Tomás sostiene explícitamente, en lo que se refiere a la vida sobrenatural, la ordenación de lo menos común y extraordinario a lo más ordinario y común. Atendamos a sus palabras.

Santo Tomás se plantea la siguiente objeción:

«Aquello que es propio de los mejores es más digno que lo que es común a todos: así como el discurrir, que es propio del hombre, es más digno que el conocer sensible, que es común a todos los animales. Pero la gracia santificante es común a todos los miembros de la Iglesia; mientras la gracia *gratis data* es don propio de sus más dignos miembros. Luego, la gracia *gratis data* –el carisma– es más digna que la gracia *gratum faciens* –la gracia santificante».

A ello responde así:

«El conocimiento sensible se ordena al racional como a su fin; por esto, el razonar es más noble. Pero aquí es a la inversa, porque lo que es propio se ordena a lo que es común como a su fin. Por lo que no hay semejanza».¹² En el cuerpo de este artículo, santo Tomás ha podido afirmar que la gracia que nos hace gratos a Dios es *mucho más excelente* que las gracias *gratis datae*.

Es coherente con la tesis que formuló tan claramente santo Tomás de la mayor excelencia de lo común, y de la ordenación de lo más propio a lo común y ordinario, el que, en el Concilio Vaticano II, se afirme que el apostolado individual, al que están llamados y obligados todos los laicos, «es el principio y fundamento de todo el apostolado de los mismos laicos e incluso el apostolado social, que no puede ser sustituido por éste».¹³ También que, en el Catecismo de la Iglesia católica, se afirme del sacerdocio ministerial o jerárquico de los obispos y los presbíteros que «está al servicio del sacerdocio común, en orden al desarrollo de la gracia bautismal de todos los cristianos. Es uno de los medios por los cuales Cristo no deja de conducir a su Iglesia».¹⁴

10. Cf. *S.Th. II-II* Qu. 152.

11. Cf. *S.Th. II-II* Qu. 184, artº 3-4.

12. *S.Th. I-II* Qu. 111, artº 5, ad tertium.

13. Decreto *Apostolicam actuositatem* nº 16.

14. Cat. nº 1547.

San Juan Bautista, el Precursor

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... Hubo un hombre enviado por Dios, su nombre era Juan. Este vino como testigo para declarar en favor de la luz, a fin de que por medio suyo todos creyesen. No era él la luz, sino testigo para declarar en favor de la luz ...» (Jn 1, 6 - 8); «... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y nosotros hemos admirado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan declara en su favor, y exclama: Este es aquel de quien dije: El que detrás de mí va a venir tiene preferencia sobre mí, porque existía antes que yo ...» (Jn 1, 14 - 15)

Así menciona san Juan Evangelista la vocación del Bautista en el inicio de su evangelio, el denominado «prólogo», en el que resume todo el proceso de la venida de Dios Hijo (el Verbo) y su vida pública.

La figura de este Precursor tiene una gran trascendencia para la obra de Cristo. Es un personaje que, aunque suficientemente citado en los evangelios, su actividad apostólica pasa un poco desapercibida, máxime si tenemos en cuenta que debió comenzar su bautismo penitencial, antes de que Jesús comenzara su vida pública. Y es que, ciertamente, esta predicación en las zonas desérticas de la orilla oriental del Jordán (parte de la actual Jordania) constituyó la forma de que se valió la Providencia, para «preparar los caminos del Señor».

En efecto, muchas veces se ha considerado la brevedad de la vida pública de Jesús que, por otra parte, permaneció oculto en Nazaret hasta la edad de treinta años, edad que la Ley tenía prevista para ejercer como Doctor. Pero no es esta la única razón. En efecto, Jesús supedita su acción Redentora a la voluntad del Padre, y sabe que Dios ha dispuesto la figura del Precursor. Así pues, mientras la Sagrada Familia reside en Nazaret, siguiendo los planes del Padre, Juan ha comenzado a bautizar en la Perea al otro lado del Jordán. No sabemos cuándo inició el bautismo penitencial el Precursor, pero es coherente pensar que cuando Jesús fue para ser bautizado, cumplidos ya los treinta años, el Bautista llevara ya mucho tiempo, como decimos, predicando y bautizando en el desierto.

«... En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes, Tetrarca de Galilea, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisaniás,

tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fué dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia en remisión de los pecados, según está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: «Voz que pregona en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle sea rellenado, y todo monte y collado allanado, y los caminos tortuosos rectificadas, y lo escarpado sea nivelado. Y toda carne verá la salvación de Dios ...» (Lc 3, 1 - 6)

«... Acudían a él de toda la región de Judea, todos los moradores de Jerusalén, y se hacían bautizar por él en el río Jordán, confesando sus pecados ...» (Mc 1, 5)

Si observamos las referencias temporales, todas ellas permiten este margen en la misión del Bautista, antes de la llegada de Cristo.* Pero hasta que llegó este momento, Jesús mantenía su vida oculta, obediente a san José y a su Madre, y sin duda comenzó a ayudar en los trabajos del taller, en los que con el vigor propio de su juventud, pudo empezar a suplir la natural fatiga de su padre, que también avanzaría en edad. Y así, tras la muerte de san José, cuya cronología desconocemos, es comunmente aceptado que Jesús ejerció, algún tiempo, el oficio de su padre. Así se deduce del texto de san Marcos (Mc 6, 3)

María esperaba el momento de la partida definitiva de su Santísimo Hijo, nuestro Redentor. Y ese día llegó. Jesús tendría algo más de treinta años, y según la Antigua Ley, podía ejercer como Doctor. Dios tenía previsto desde la eternidad cuándo sería este momento, y quiso que también los requisitos legales fueran cumplidos. Ese día, Jesús se despide amorosa-

* Tiberio año 14, P. Pilato, año 26: salvo en el caso de Poncio Pilato, las referencias temporales dan todas mucho margen para nuestra afirmación de que el Bautista estaba ejerciendo bastante antes de la vida pública de Jesús. En efecto, Jesús debió de comenzar en el año 27 y los hijos de Herodes estaban en Galilea y Traconítide desde la muerte de su padre, a los dos años del nacimiento de Cristo. No obstante, la excepción es el caso de Poncio Pilato en el que no hay margen prácticamente. Ello se debe a que san Lucas, en realidad, está presentando el momento en el que Jesús inicia su misión, y se dirige a ser bautizado por san Juan.

mente de María, a la que volverá a ver en Caná, y en gran parte de la vida pública, pero que con su partida queda sola en Nazaret, sin duda encomendando a Dios Padre la obra que su Hijo iba a comenzar.

Observemos que, si Jesús no ha cumplido los treinta años, tampoco los debe tener Juan Bautista. Hay comentaristas que creen que Juan comenzó su predicación también a los treinta años, pero probablemente, para ejercer de Precursor, el Bautista no tuvo que esperar tanto. En efecto, si leemos lo que los evangelistas describen de su predicación, se ve claramente que no ejerce propiamente de Doctor de la Ley, sino que predica la penitencia y la conversión, a la espera del Mesías. Jesús sí ejercerá de Doctor, y enseñará «su» doctrina, la del Padre Celestial que le ha enviado.

Jesús se encaminó hacia el valle del Jordán, y cruzando por el vado de Salim y Enon (Ver mapa), se dirigió a la Perea, donde Juan bautizaba, al otro lado de Jericó.

El Bautismo de Jesús

«... [Lc 3] Después que todo el pueblo se hubo bautizado (Mc 1) vino Jesús de Nazaret de Galilea y fué bautizado por Juan en el Jordán] Juan intentaba disuadirlo diciendo: soy yo quien tiene necesidad de ser bautizado por tí y ¿vienes tú a mí? Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, porque conviene que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan le dejó hacer. Una vez bautizado Jesús salió del agua [(Lc 3) Estando en oración] Súbitamente los cielos se abrieron; y vió al Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre El. Y una voz, que venía del cielo, dijo: «Este es mi Hijo muy amado en quién me complazco» [(Lc 3) Tenía Jesús al comenzar, unos treinta años] ...» (Mt 3, 14-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-33)

Cuando Jesús fue a bautizarse, san Juan Bautista posiblemente hacía mucho tiempo que no veía a Jesús. Existe incluso la posibilidad de que no se hubiesen visto más que ocasionalmente en la infancia, y probablemente con ocasión de la celebración de la Pascua en el Templo de Jerusalén. Sí sabemos que el Bautista se retiró al desierto relativamente pronto, aunque no iniciara enseguida su misión precursora. (Lc 1, 80)

Así pues el Bautista pudo conocer a Jesús por inspiración del Espíritu Santo, lo que no sería sino uno más de los acontecimientos extraordinarios que los evangelios describen con ocasión del Bautismo de Jesús.

Jesús coincidió con el Bautista durante poco tiempo; san Lucas menciona su apresamiento muy al principio de su evangelio, poco después de la narración del Bautismo de Jesús, pero si nos fiamos de la cro-

nología de san Juan, mucho más precisa, este apresamiento, siendo también prematuro, se situaría después de la Pascua del primer año de vida pública de nuestro Señor.

En este viaje de Jesús a Judea, no volvió directamente a Galilea como hizo en las otras ocasiones, sino que estuvo predicando por la región, al norte de Jerusalén, durante un período de tiempo indeterminado en el que, según san Juan evangelista, sus discípulos bautizaban también. Veamos la cita:

«... Pero cuando conoció Jesús que los fariseos habían sabido que El reunía más discípulos, y bautizaba más que Juan, aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos, dejó la Judea y partió nuevamente hacia Galilea ...» (Jn 4, 1-3)

Así, Jesús vuelve nuevamente a Galilea, donde permanecerá hasta bien entrado el tercer año de su vida pública, y lo hace para no competir con el Bautista. Jesús quiso que fuera Juan, al menos hasta que fue encarcelado y posteriormente decapitado, el que se ocupara de Judea, mientras Él evangelizaba Galilea; y con ella la gentilidad del norte, por el camino de Damasco y, por la costa, hasta Tiro y Sidón. Es decir, la predicación de Jesús no era alternativa, sino complementaria de la misión de Juan. Por esto Él llegó en el momento preciso, dejando para el final, desaparecido ya el Bautista, la región de Judea en la que iba a dar su vida por todos los hombres, judíos y gentiles.

Muerte del Bautista

Juan Bautista debió estar en la cárcel alrededor de un año. Desde allí, sabemos que siguió en contacto con sus discípulos, y por tanto, su labor apostólica pudo continuar; así lo revela el evangelio de san Mateo: *«... Juan, enterado en la cárcel de las obras de Cristo, envió a sus discípulos para que le preguntasen: ¿Eres Tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? ...»* Mt (11, 2-3). Jesús les responderá: *«... Id y anunciad a Juan lo que estáis oyendo y viendo: Los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados ...»* Mt (11, 4-5). Luego es evidente que la prisión de Juan no le impidió hablar con los suyos. Este carácter atenuado de la prisión de Juan, se puede intuir también en el relato de la muerte del Precursor.

«... Herodes había hecho prender a Juan y le había encadenado en la prisión, por causa de Herodías, la esposa de Filipo, su hermano, con la cual se había casado. Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener a la mujer de tu hermano. Por lo cual Herodías le guardaba rencor y deseaba matarlo, aunque no podía, pues Herodes

sentía respeto hacia Juan, ya que lo consideraba hombre santo y justo, [(Mt 14) él hubiera querido matarle, pero tuvo miedo del pueblo que le tenía por profeta], y procuraba protegerlo. Y cuando le oía, se llenaba de perplejidad, aunque lo escuchaba de buen grado»

Vemos que tanto san Mateo como san Marcos dicen de Herodes que respetaba al Bautista, aunque san Mateo lo atribuye a la opinión del pueblo. En ambos casos se entiende que gozara de un trato relativamente respetuoso, dentro de la dureza de las prisiones de la época.

«... *Habiendo llegado un día propicio, cuando Herodes, con ocasión de su cumpleaños, dio un convite a sus magnates, a los tribunos y a los principales de Galilea, entró la hija de la tal Herodías y con su danza agradó a Herodes y a sus comensales. Y dijo entonces el rey a la joven: Pídeme lo que quieras y yo te lo daré. Y le juró: Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino. Ella, saliendo de allí, le dijo a su madre: ¿Que pediré? Esta le contestó: La cabeza de Juan el Bautista. Y volviendo con toda prisa hasta el rey, le expresó su petición: Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista. Se entristeció el rey, pero no quiso negarle lo que pedía, a causa del juramento y de la presencia de los invitados ...» (Mc 6, 17-29; Mt 14, 3-12)*

Como acabamos de ver, de la muerte de san Juan Bautista el Evangelio da una narración muy viva. Pero es que es éste un hecho muy notable, porque también lo describe el historiador Flavio Josefo, que además, aporta detalles de lugar y tiempo muy interesantes. Aunque sólo fuera por este pasaje, la confirmación histórica de Flavio Josefo debiera bastar a los reticentes, respecto a la autenticidad de los hechos narrados por los evangelistas. Sería innecesario el discutido «testimonium flavianum» en el que se nombra específicamente a Jesucristo.

El hecho descrito sucedió en la fortaleza de Maqueronte, en la orilla oriental del mar Muerto, y en territorio de la Perea, dentro de los dominios de Herodes Antipas. Esta fortaleza servía de palacio a Herodes, cuando se encontraba en la zona, alejada de Galilea. Su construcción se debió, como tantas otras fortalezas, a su padre Herodes el Grande.

San Juan reprochaba a Herodes su adulterio con la mujer de su hermano. Es curioso observar, no obstante, que la animadversión la recibía el Precursor, principalmente de Herodías, la mujer. Como hemos visto, Herodes, a pesar de haber apresado a san Juan, no quería su muerte.

Flavio Josefo añade algunos detalles a la narración, entre ellos el nombre de la hija de Herodías: «en un viaje a Roma había conocido Herodes a la mujer de su hermano, Herodías, y tanto le gustó que le ofreció su mano. Herodías la aceptó, aportando al matrimonio una

hija suya llamada Salomé». El Evangelio habla solamente de la hija de Herodías, pero no da su nombre. Lo que queda claro, según Josefo, es que la llamada Salomé, no era hija de Herodes Antipas.

Los discípulos de Juan recogieron el cadáver y lo enterraron. Esta tumba se venera en Sebaste (la antigua Samaria) pero la cabeza cambió de lugar varias veces. En la actualidad, un trozo del cráneo del Bautista se conserva en la catedral francesa de Amiens, traída desde Constantinopla por los cruzados.

Antecedentes

Es por san Lucas, en su primer capítulo, dedicado a la infancia de Jesús, que conocemos el origen y los antecedentes del Precursor. Sabemos que es el hijo del sacerdote Zacarías y su esposa Isabel, que era tenida por estéril. La concepción se produjo por una gracia extraordinaria, anunciada por el Arcángel Gabriel a su padre. La lectura completa de este primer capítulo de san Lucas da una composición muy completa de las circunstancias de lugar y tiempo que sitúan a Juan Bautista en relación con Jesús, debido al parentesco de la Virgen María con santa Isabel.

Este parentesco no se define con absoluta claridad, aunque se las suele considerar primas de primer grado (lo que decimos *primas hermanas*) por una tradición que señala a una hermana de santa Ana, a la que se denomina Hismeria, como la madre de santa Isabel. Pero esta tradición no está suficientemente documentada y el parentesco no puede definirse con precisión. San Lucas que, aunque sin duda conocedor del arameo, era griego de lengua materna, no define a santa Isabel como *hermana* de la Virgen (recordemos que los evangelistas de origen judío denominan hermanos a los primos) sino que en la traducción latina, la Vulgata la denomina *cognata*, definiéndola directamente como pariente, pero sin especificar.

La Virgen María, advertida por el ángel del embarazo de Isabel, corre a Ain Karem a unos diez kilómetros de Jerusalén, con el fin de asistirle. Este hecho nos sugiere que, efectivamente el parentesco debía de ser próximo, aunque este dato tampoco es terminante. Lo cierto es que, cercanos o no, Jesús y san Juan Bautista eran parientes y esto, como ya hemos explicado en otra ocasión, no es una circunstancia banal o extraña en la obra de la Providencia. Recordemos que Jesús escoge algunos de sus Apóstoles, parientes entre sí, e incluso primos suyos de primer grado.

Siguiendo el evangelio de san Lucas, tras el nacimiento de Jesús en Belén, y pasado un tiempo de aproximadamente uno o dos años, la visita de los Magos enardece el furor del tirano Herodes, que

quiere matarlo. Sabemos que Jesús se salvó de la matanza de Inocentes, porque san José, advertido por un ángel huyó de noche en dirección a Egipto, con María y el Niño ¿Qué ocurrió entonces con el pequeño Juan, hijo de Zacarías e Isabel, habida cuenta de que la distancia entre Ain Karem y Jerusalén es similar a la de Belén, y entraba dentro de la zona expurgada por Herodes? Naturalmente es imposible saberlo, pero existen tradiciones sobre ello.

La tradición más arraigada dice que santa Isabel, advertida por un ángel como la Sagrada Familia, se escondió. Incluso hay una especie de leyenda sobre una escondite que se abre milagrosamente en una roca al acercarse los soldados. Admitiendo que Dios pudo hacer un milagro para salvar a su Precursor, lo más probable es que se pudieran ocultar de una forma menos extraordinaria. Recordemos que el lugar en el que estuvo Isabel durante su embarazo debió de ser desconocido por los vecinos: «... *concebido su mujer Isabel, y estuvo retirada durante cinco meses ...*» (Lc , 24). Recordemos que en Tierra Santa, el lugar de la Visitación que se venera está alejada de la iglesia edificada donde se supone nació san Juan.

Finalmente san Lucas nos dirá: «... *Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu, y moraba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel ...*» (Lc 1, 80). Y así, durante un tiempo indeterminado, pero sin duda largo, san Juan Bautista vivió como un eremita y se preparó para su misión. Cabe suponerle una gracia extraordinaria, recibida de Dios, que debió iluminarle sobre la proximidad de la llegada del Mesías.

Se ha dicho por algunos comentaristas que san Juan Bautista estuvo vinculado a la comunidad de los esenios de Qumrán. Como es sabido, era esta una comunidad hebrea que practicaba un ascetismo estricto y sus miembros vivían apartados del resto de la comunidad judía. Respecto a esto hay que aducir algunas objeciones, especialmente cuando esta vinculación esenia, algunos pretenden extenderla incluso al propio Jesús que, en este caso sería algo así como un «condiscípulo» del Precursor. Veamos estas objeciones.

Aunque san Juan estuvo bautizando en el vado cercano a Jericó, a poca distancia de Qumrán, está muy claro que su actividad nada tiene que ver con la de los esenios, que vivían en comunidad una especie de monacato, y se dedicaban al estudio de las Sagradas Escrituras. No es imposible que, antes de iniciar su predicación penitencial, pudiera haber pertenecido a esta comunidad, pero es realmente poco probable. Sí puede admitirse que durante el tiempo que estuvo cerca de Jericó tuviese algún tipo de contacto, dado su carácter ascético, pero no una pertenencia digamos «reglada». Fijémonos que los evan-

gelios dan a entender claramente su calidad de anacoreta solitario, que moraba en el desierto: «... *Llevaba Juan un vestido de pelos de camello, y un cinturón de cuero ceñía sus lomos, y se alimentaba de langostas y miel silvestre ...*» (Mc 1, 6)

Respecto a la posibilidad de la vinculación esenia de Jesús, ésta es absolutamente rechazable. En primer lugar porque sabemos de su vida en Nazaret, donde era conocido como el «carpintero» (san Marcos) o el «hijo del carpintero» (san Mateo), lo que descarta por completo la posibilidad siquiera material. Pero sobre todo, porque Jesús, aun adoptando costumbres propias de los judíos más fieles, no quiso pertenecer a ningún grupo ni secta de las existentes en su tiempo: fariseos, saduceos o, como estamos comentando, esenios.

En el caso del Bautista, sí es posible en cambio, que tuviera un voto de nazareato como consagrado al Señor. Este voto, que es mencionado frecuentemente en la Biblia, es descrito con ocasión del nacimiento de Sansón (Jud XIII, 5) del que se dice fue consagrado en el seno de su madre. Algunos exegetas asimilan esto con la plenitud de gracia que recibió san Juan en el acto de la Visitación de la Virgen María: «... *al oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos de gozo en su seno, y quedó Isabel llena del Espíritu Santo ...*» (Lc 1, 41), por esta razón se dice que desde su nacimiento fue nazareo o nazireo y como tal se preparó para su misión durante años de vida contemplativa y austera en el desierto.

Pero la misión del Precursor debía terminar antes de la plenitud de la vida pública de Jesús. Juan era consciente de que él preparaba, por la penitencia, la llegada del Redentor, y por esto, antes de ser apresado, dijo a sus discípulos: «... *no soy el Cristo, sino su heraldo. Quien posee a la esposa es el esposo; el amigo que está allí para escuchar la voz del esposo, se alegra intensamente al oír su voz. Esta es mi alegría; ahora es completa ya. Conviene que Él crezca y que yo me achique ...*» (Jn 3, 27 - 30)

Pero, como no podía ser de otro modo, es el propio Jesús quien define a Juan Bautista y le elogia ante los que le conocieron y son discípulos de Cristo. San Juan está ya en la cárcel y, como hemos visto anteriormente él mismo orienta a sus discípulos desde allí. Muchos vienen a aumentar los que siguen a Jesús. A todos ellos dice el Maestro: «... *En verdad os digo: Entre los nacidos de mujer no ha aparecido ninguno mayor que Juan Bautista; pero el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él. Desde los días de Juan Bautista, el Reino de los Cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan. Todos los profetas y la Ley, hasta Juan, han profetizado ...*» (Mt 11, 11 - 13).



Pequeñas lecciones de historia

La palabra de la Iglesia: espada de doble filo que penetra hasta el alma

GERARDO MANRESA

LA Iglesia, durante sus veinte siglos de vida, ha sido siempre maestra y en todo momento ha mantenido, con sus enseñanzas, la fe de los fieles. Para ello ha publicado documentos y encíclicas, siempre que ha sido necesario. En la gran mayoría de casos su publicación ha sido acogida fielmente por la mayoría de los creyentes, pero siempre ha habido quien se ha enfrentado contra la doctrina enseñada.

A medida que el racionalismo y, años más tarde, el liberalismo y el naturalismo han ido entrando en algunos sectores de la Iglesia, la contestación a sus documentos ha sido mayor. En los últimos siglos podríamos destacar tres encíclicas contra las que se ha levantado más contestación. La primera sería la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*, publicadas en 1864 por el papa beato Pío IX, contra ellas se levantó en pleno todo el liberalismo. El segundo documento fue la encíclica *Pascendi*, del papa san Pío X, publicada en el año 1907, en la que condenaba el modernismo. En ambos casos se acusó a la Iglesia de ir en contra del progreso y contra las corrientes del mundo moderno.

El tercer documento a que me referiré es, sin duda, el documento que ha suscitado más oposición a la Iglesia, tanto por parte de algunos de sus colectivos, como por todos o la gran mayoría de asociaciones laicas o de otras religiones. Es la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI, publicada en 1968. El tema de esta encíclica, el amor y la paternidad responsable, tuvo (y tiene aún) en aquellos momentos un gran impacto social, no sólo en la Iglesia, sino en toda la sociedad occidental, pues esta sociedad empezaba a vivir una época de riqueza y bienestar, y, con el egoísmo y la comodidad, empezaba el drama de las roturas matrimoniales, el divorcio, y, lógicamente su consecuencia: evitar por todos los medios a los hijos.

Para estudiar a fondo el tema de la anticoncepción, el papa Pablo VI nombró una comisión de obispos, teólogos, médicos y expertos en el tema, para que determinaran la postura de la Iglesia. Ésta siempre había enseñado que el acto de la unión conyugal debía estar siempre abierto a la vida, siguiendo la ley natural, y no podía intervenir en ello con medios extraños. Pero los avances de la técnica, las tendencias de la sociedad occidental y, sobre todo, los herederos de aquellos modernistas, presionaron para que el Papa nombrara la comisión. La comisión papal llegó a una conclusión con una determinación favorable al uso de medios anticonceptivos en el matrimonio. Todo parecía ya solventado y, he aquí, que pocos meses después Pablo VI publica una maravillosa encíclica, la *Humanae vitae*, en la que confirma la doctrina tradicional de la Iglesia en relación con el amor matrimonial y la concepción

de los hijos y condena el uso de los medios anticonceptivos, en contra de lo que la comisión había dicho. El Papa tomó esta decisión, según dijo, «como obligado» por la inspiración del Espíritu Santo. Decía años más tarde Pablo VI: *Se trató de un sufrido documento de nuestro pontificado, no sólo por el grave y delicado argumento tratado, sino también, y tal vez más, por un cierto clima de expectativa según la cual, entre los católicos y en el círculo más amplio de la opinión pública, se había generado la idea de presuntas concesiones, o facilidades o liberalizaciones de la doctrina moral y matrimonial de la Iglesia.*

Después de dicha encíclica, Pablo VI sufrió un duro aislamiento de muchas personas, y la Iglesia ha quedado significada en el mundo por ser la gran o la única defensora de la vida. Desde entonces, tiene claramente enfrentados a la gran mayoría de estados, religiones y otros grupos sociales.

Esto no hace más que confirmar aquella sentencia paulina: *La palabra de Dios es viva y eficaz y tajante más que una espada de doble filo, y penetra hasta la división del alma* (Heb 4,2). Cristo, la Palabra, *de su boca sale una espada de doble filo*, siempre. Los que siguen su doctrina y los que se apartan de ella. Siempre la palabra de la Iglesia es signo de contradicción, y así ha sido siempre, pero especialmente en este documento.

Desde que apareció la encíclica *Humanae vitae*, dice Benedicto XVI, «se situó en sus inicios de una profunda contestación que marcó la vida de generaciones enteras», pero a medida que van pasando los años se va viendo la gran verdad que expresa y «la gran clarividencia con que se afrontó el problema».

«Es oportuno tener presente “la sustancia de la Ley”, como decía el cardenal Karol Wojtyła, más tarde papa Juan Pablo II, escrita en el corazón del hombre y de la cual da testimonio la conciencia, para conseguir penetrar en la profunda verdad de la doctrina de la Iglesia contenida en la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI.». Con ello quería indicar que no es sólo una doctrina de la Iglesia católica, sino que es una verdad ética inscrita en el corazón de todos los hombres.

Toda la situación de la sociedad occidental actual está influida por la postura tomada por la Iglesia en los documentos señalados y, especialmente en este último, y, por lo que parece, ella ha sido la causa del furibundo acoso público a que se ve sometida y del que va a ser muy difícil salir, pues la *espada de doble filo* llega hasta *la división del alma*, y cada día son mayores las diferencias entre la *cultura de la muerte* y la *cultura de la vida*, la cultura del egoísmo y la cultura de la donación mutua.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Levantamiento de la excomunión a los cuatro obispos seguidores de monseñor Lefebvre

EL pasado 24 de enero la Congregación para los Obispos levantaba la excomunión a los cuatro prelados de la Fraternidad San Pío X consagrados ilegítimamente por el arzobispo francés Marcel Lefebvre en 1988. Con este acto el Santo Padre ha salido benignamente al encuentro de las reiteradas peticiones por parte del Superior General de la Fraternidad San Pío X, que había solicitado a Su Santidad el levantamiento de la excomunión atestiguando explícitamente su voluntad de estar en la Iglesia católica romana y de creer firmemente en el primado de Pedro.

En este sentido, Su Santidad quiso quitar un impedimento que perjudicaba la apertura de una puerta al diálogo, esperando que la misma disponibilidad sea expresada por los cuatro obispos en total adhesión a la doctrina y a la disciplina de la Iglesia. El levantamiento de la excomunión ha liberado a los cuatro obispos de una pena canónica gravísima, pero no ha cambiado la situación jurídica de la Fraternidad San Pío X, que por el momento no goza de reconocimiento alguno en la Iglesia católica, dejando pendiente dos cuestiones fundamentales: la integración de la estructura jurídica de la Fraternidad de San Pío X en la Iglesia y un acuerdo en cuestiones dogmáticas y eclesiológicas.

«Para un futuro reconocimiento de la Fraternidad San Pío X es condición indispensable el reconocimiento pleno del Concilio Vaticano II y del magisterio de los papas Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II y del propio Benedicto XVI y la Santa Sede no dejará, en los modos que juzgue oportunos, de profundizar con los interesados en las cuestiones aún abiertas, de modo que se pueda llegar a una plena y satisfactoria solución de los problemas que han dado origen a esta dolorosa fractura».

El ayuno cristiano

DURANTE la presentación del mensaje del Papa Benedicto XVI para esta cuaresma de 2009, el cardenal Paul Josef Cordes, presidente del Pontificio Consejo «Cor Unum», puso de relieve una de las características fundamentales del ayu-

no cristiano y que lo distingue de los ayunos practicados en otras religiones: el ayuno cristiano tiene por objetivo descubrir a Dios y no descubrirse a sí mismo, ya que cuando los cristianos ayunan «no se encierran en sí mismos» sino que «se unen a su Señor que ayuna por cuarenta días y cuarenta noches en el desierto».

El cardenal dejó clara la diferencia entre el rechazo del mundo por parte del budismo o las leyes del Ramadán islámico y la Cuaresma cristiana, que «ofrece al cristiano un camino espiritual y práctico para ejercitar sin recortes ni reservas nuestra entrega a Dios». Señaló que, en su mensaje cuaresmal, el Papa no muestra el ayuno con un tinte negativo: «¿cómo podremos nosotros despreciar nuestra carne, si el Hijo de Dios la ha asumido, convirtiéndose verdaderamente en nuestro hermano!». Cuando los hombres ayunan con una actitud interior de deseo de conversión, «en Cristo buscan la comunión con el Tú divino. En Él buscan nuevamente el don del amor que renueva el ser cristiano», y se comprometen «en la lucha contra la miseria, convirtiéndose en mensajeros del amor de Dios».

El valor y el sentido del ayuno como «un arma espiritual» es la propuesta que presenta Benedicto XVI en su mensaje para esta Cuaresma. ¿Qué valor y qué sentido tiene para nosotros, los cristianos privarnos de algo que en sí mismo sería bueno y útil para nuestro sustento? El verdadero ayuno, recalcó el Papa, «tiene como finalidad comer el alimento verdadero que es hacer la voluntad del Padre, (...) deseando someterse humildemente a Dios confiando en su bondad y misericordia. (...) Privarse del alimento material que nutre el cuerpo facilita una disposición interior a escuchar a Cristo y a nutrirse de su Palabra de salvación» y asegura que con esta práctica, junto con la de la oración, «le permitimos que venga a saciar el hambre más profunda que experimentamos en lo íntimo de nuestro corazón».

150 aniversario de la fundación de los salesianos

Los miembros de la «Sociedad de San Francisco de Sales» o «Sociedad Salesiana de San Juan Bosco» se preparan para dar comienzo a las celebraciones del 150 aniversario de su fundación.

Este aniversario recuerda la reunión que tuvo lugar el 18 de diciembre de 1859 en las habitaciones de Don Bosco en el Oratorio de San Francisco de Sales de Valdocco, en Turín, donde 18 jóvenes, según se señala en la histórica acta, decidieron «erigirse como Sociedad o Congregación que, teniendo como objetivo el ayudarse mutuamente para la propia santificación, se propusiera promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, especialmente de las más necesitadas de instrucción y de educación».

El rector mayor de los salesianos, don Pascual Chávez Villanueva, en la carta de convocatoria del 150 aniversario, dirigida a todos los salesianos del mundo, definió el año 2009 como «un año de gracia» que debe ayudar a los hijos de Don Bosco a recordar sus propios orígenes y las finalidades a las que están llamados. Un acontecimiento relevante entre los organizados para este aniversario será la peregrinación de una urna que contiene una reliquia insigne de Don Bosco que recorrerá las distintas naciones en que están presentes los salesianos. El largo itinerario comenzará en julio de este año en Chile y concluirá en 2015, año en que se celebrará el bicentenario del nacimiento de Don Bosco.

La teoría de la evolución a la luz de la fe

CON ocasión del 200 aniversario del nacimiento de Charles Darwin y los 150 años de la publicación de su obra «El origen de las especies», la Santa Sede está preparando un congreso para el próximo 3-7 de marzo bajo el título «Evolución biológica, hechos y teorías».

El congreso, que se desarrollará en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma con el apoyo de esta institución, de la universidad de Notre Dame en Indiana (Estados Unidos) y del Consejo Pontificio para la Cultura, no pretende ser, «ni mucho menos, una celebración en honor al científico inglés», sino reflexionar sobre la relación entre ciencia, teología y filosofía, plantenado la reconciliación entre los términos de «Creación junto con evolución sin convertir la primera en una teoría científica ni reducir la segunda a un dogma».

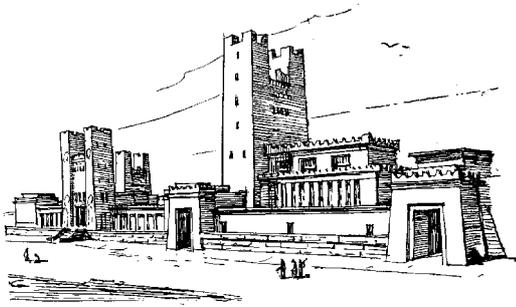
El congreso se estructurará en nueve sesiones. En la primera sesión se expondrán los hechos esenciales sobre los que se presenta la teoría de la evolución, unidos a la paleontología, a la sistemática y a la biología molecular. Buscarán también analizar varios aspectos de la teoría de la evolución, a la luz de su desarrollo, del debate ideológico y de las cuestiones relacionadas con la teología bioevolutiva. Las

dos sesiones siguientes estarán dedicadas al estudio científico de los mecanismos de la evolución, esenciales para cada teoría interpretativa, y que quieren dar razón de los hechos observados. La cuarta sesión por su parte, estudiará las teorías científicas sobre el origen del hombre. El punto central del Congreso estará en la quinta sesión que busca dar una mirada interdisciplinaria a las diferentes ramas del saber sobre la evolución y sus cuestiones antropológicas. Posteriormente, dos sesiones filosóficas buscarán analizar las implicaciones racionales de la teoría, tanto en el campo epistemológico como en el metafísico o en el de la filosofía de la naturaleza. Las últimas dos sesiones están relacionadas con el aspecto teológico de la evolución desde el punto de vista de la fe cristiana, partiendo de una exégesis de los textos de la Biblia que tratan de la creación así como de la relación de la teoría de parte de la Iglesia.

Visita «ad limina apostolorum» de los obispos turcos

EL Papa aprovechó su encuentro con los obispos de la Conferencia Episcopal turca, que han visitado Roma con motivo de su quinquenal visita «ad limina apostolorum», para repasar la situación de la pequeña comunidad católica que vive en ese país de mayoría musulmana (98%).

Recordando que la Iglesia está viviendo el año del bimilenario del nacimiento de san Pablo, que tuvo lugar en la actual Turquía, el Pontífice comenzó pidiendo a las autoridades que faciliten el acceso de los peregrinos «a esos lugares tan significativos para la fe cristiana, así como a las celebraciones de culto». Repasando después los desafíos que afronta la comunidad cristiana en la Turquía moderna, el Papa constató que «vive en una nación regida por una Constitución que afirma la laicidad del Estado, pero en la que la mayoría de los habitantes es musulmana». En este sentido y en nombre de esa laicidad del Estado, Su Santidad exigió al gobierno turco que garantice con eficacia a todos los ciudadanos y a todas las comunidades religiosas la libertad de culto y la libertad religiosa, siendo inaceptable toda violencia contra los creyentes, cualquiera que sea su religión. «Soy consciente –aseguró el Papa– de vuestro deseo y vuestra disponibilidad para entablar un diálogo sincero con las autoridades y encontrar una solución a los diversos problemas planteados a vuestras comunidades, como el del reconocimiento de la personalidad jurídica de la Iglesia católica y de sus bienes».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Elecciones en Israel: avance nacionalista

EN efecto, el panorama político israelí ha dado un importante giro en unas elecciones marcadas por la campaña militar «Plomo Pesado» en Gaza, finalizada pocas semanas antes de los comicios. En este ambiente bélico, el partido de centroizquierda en el gobierno, Kadima, ha conseguido recuperarse sorprendentemente y se mantiene como la fuerza más votada, perdiendo sólo un escaño de los 29 que poseía la pasada legislatura. Su socio de gobierno, el partido laborista, es quien sufre el mayor varapalo, al perder 6 de los escaños que tenía hasta quedar con sólo 13 y retroceder así hasta una inédita y deshonrosa cuarta posición. Los días gloriosos del histórico laborismo israelí parecen cada vez más lejanos, mientras que la izquierda comunista, el Meretz, queda reducida a una posición testimonial, pasando de 5 a 2 escaños.

Por el contrario, el campo nacionalista (que no religioso), se ha reforzado considerablemente: el Likud, liderado por el ex primer ministro Netanyahu, pasa de 12 a 27 escaños, quedándose sólo uno por debajo de Kadima; y la gran sorpresa ha sido el crecimiento del ultranacionalista Israel Beitenu de Avigdor Liberman, que gana cuatro escaños y se queda en 15 (por cierto, el monstruo come palestinos que nos quieren presentar en la persona de Liberman fue ya ministro de Asuntos estratégicos en un gobierno encabezado por Kadima, y entonces nadie dijo nada). El bloque religioso ultraortodoxo se mantiene en buena medida estable, perdiendo sólo dos escaños.

Así las cosas, es muy probable que a muchos les resulte atractiva la idea de un gobierno de unidad nacional que cuente con las dos principales fuerzas políticas, pero ese escenario es altamente improbable, y no sólo por las fuertes personalidades de sus respectivos líderes. Lo más probable, pues, es un gobierno liderado por el Likud y que contaría con el apoyo de nacionalistas y ultraortodoxos (estos últimos dispuestos a casi cualquier apoyo a cambio de beneficios para las comunidades que representan). Un escenario, por cierto, que gran parte de la prensa occidental ve con recelo.

Ese miedo es debido a la mayor determinación

por parte de los probables componentes del nuevo gobierno en no permitir el desarrollo de amenazas para Israel, tanto si se llaman Hamas como si se llaman bomba nuclear iraní (afirmaba hace poco un analista israelí que «muchos en el mundo temen que bombardeemos Irán; muchos en la región temen que no lo hagamos»). Lo que sí parece evidente, excepto para esa prensa occidental de la que antes hablábamos, es que el proceso de paz iniciado en Oslo y revitalizado en Annapolis está agotado. Un nuevo esfuerzo frustrado, y van..., que muestra nuevamente cómo los medios humanos son a todas luces insuficientes para alcanzar la paz en Tierra Santa.

¿Por qué los hindúes atacan cada vez más a los cristianos?

LA mayoría de los occidentales piensa que el hinduismo es la religión de Gandhi, una doctrina de pacifismo y no-violencia, y se sorprenden al enterarse de las cada vez más frecuentes noticias que informan de los ataques violentos de grupos hindúes contra cristianos. Sin entrar en las fuentes del pensamiento del occidentalizado Gandhi, podemos afirmar que el hinduismo es muchas cosas menos tolerante y tiene una larga tradición de violencia.

De hecho, la animosidad y la violencia contra los cristianos viene de lejos, remontándose al movimiento reformista hindú Arya Samaj y a su fundador, Dayananda Sarasvati (1824-1883), quienes introdujeron el rito Sudhi para las reconversiones, con el objetivo de contrarrestar las conversiones al cristianismo entre la comunidad de parias de Chura.

En 1923, un extremista del estado de Maharashtra, V.D. Savarkar, tras 12 años de prisión por terrorismo, publicó un libro, *Hindutva: ¿Quién es Hindú?* En él argumentaba que sólo aquellos que están vinculados a la cultura hindú y consideran a la India como su *pitrubhumi* (patria) y *punyabhumi* (tierra santa), deberían disfrutar de plenos derechos. Los musulmanes y los cristianos, cuyas «tierras santas» se encuentran en Arabia e Israel, no serían hijos de la tierra india. Su lema, que se hizo muy popular,

fue «Hinduiza toda la política, militariza el hinduismo».

El Rashtriya Swayam Sevak Sangh, grupo paramilitar hindú conocido como RSS, fue fundado por K.B. Hedgewar en Naipur en 1925 para promover el nacionalismo hindú predicado por Savarkar. Entre sus miembros estuvieron Nathuram Godse y sus compañeros, quienes asesinaron a Gandhi el 30 de enero de 1948 en Nueva Delhi.

El RSS no quiso participar directamente en política, pero en 1951, S.P. Mookherjee, un antiguo ministro de Nehru descontento por la falta de belicoidad frente a Pakistán, fundó un nuevo partido nacionalista hindú, el Jana Sangh, que resultó ganador de las elecciones en las áreas de fuerte población hindú del norte de la India. Algunas de las medidas que impulsó a partir de 1956 en estados bajo su control, como Orissa y Madhya Pradesh fueron las leyes anti-conversión y de protección de las vacas, animal sagrado para los hindúes.

En 1977 Jana Sangh se unió a una coalición de gobierno dominada por el partido Janata, y que luego daría lugar a la creación de Bharatiya Janata Party, o BJP, en 1980, bajo el liderazgo de A.B. Vajpayee, quien sería primer ministro en diferentes gobiernos de coalición desde 1998 hasta 2004.

Otro factor importante en la creciente hostilidad y violencia hindú fue la creación del Vishwa Hindu Parishad (VHP), una filial del RSS creada para preservar la cultura hindú de las «ideologías extranjeras» como el islam o el cristianismo. Formado justo antes de que el papa Pablo VI anunciara su intención de asistir al Congreso Eucarístico Internacional de Bombay en 1964, aboga por la reconversión de los cristianos al hinduismo y ataca las actividades misioneras cristianas.

Bajrang Dal, la rama juvenil del VHP, fue fundada en 1984 y constituye la vanguardia del vandalismo anticristiano. Praveen Togadia, su fundador, llegó a afirmar que *«la fuerza es la única ley que entiendo. El resto no importa. Estamos en estado de guerra, como en la lucha entre Ram y Ravana»*. El lema del VHP es *Pehele Kasai, Phir Isai* (acabemos primero con los musulmanes, luego con los cristianos).

Quizás el estado que está sufriendo más la violencia hindú sea Orissa, una región especialmente pobre del noreste en la que varios cristianos, incluyendo a sacerdotes, han sido asesinados y miles están sin casa. Con un 52% de su población pertene-

ciente a tribus y un 25% de parias, el distrito de Kandhamal es el más pobre de Orissa, el segundo estado más pobre de la India. Aunque los misioneros cristianos llegaron allí antes de la independencia, el grueso de las conversiones al cristianismo se ha realizado durante las pasadas cuatro décadas. De un 2% en 1961, el porcentaje de cristianos pasó a un 10% en 2001. Esta tendencia es contraria a la general del país, en el que los cristianos han pasado de constituir el 2,7% en 1971 al 2,3% en 2001.

Pero junto a este florecer cristiano, también el radicalismo hindú ha crecido rápidamente en Orissa durante los últimos años. En 1985 el BJP consiguió un solo escaño en el parlamento de Orissa, mientras que en la actualidad ocupa 37 escaños y 8 ministerios en el gobierno de coalición. No obstante, la hostilidad contra los cristianos en Orissa data ya de 1969, el año en que Swami Laxmananda Saraswati, un dirigente del VHP, se instaló en Kandhamal. Desde entonces ha liderado el trabajo de reconversión al hinduismo de la población tribal y agresivas campañas en contra de los misioneros cristianos. Durante la última década, la violencia se ha hecho endémica en la región, siendo los ataques sobre personas y casas de cristianos algo habitual y que, en ocasiones, acaba causando muertes. Las navidades de 2007 fueron el inicio de una nueva ola de violencia contra los cristianos: en un mes murieron seis de ellos y cientos de casas e iglesias fueron destruidas, dejando sin hogar a miles de personas.

En agosto de ese año, el gurú Laxmananda y cuatro de sus seguidores fueron asesinados por un comando de la guerrilla Ejército Maoísta de Liberación, pero a pesar de que los maoístas reivindicaron la acción, el VHP culpó inmediatamente a los cristianos locales. El día siguiente, 35 iglesias fueron atacadas simultáneamente y varias personas murieron, entre ellas varios sacerdotes y una chica hindú de 19 años, a quien confundieron con una monja, y que fue quemada viva. Miles de cristianos, aterrorizados, se escondieron en los bosques; a día de hoy más de quince mil cristianos aún viven en campos de refugiados. Mientras, el gobierno de la India mantenía un sonoro silencio, atezado por la amenaza del BJP de retirar su apoyo al frágil gobierno de coalición en caso de que se persiguiera a los hinduistas. La fe en Asia sigue extendiéndose y dando cada vez frutos más numerosos, aunque uno de los signos de esa extensión sea también, como siempre lo ha sido, la creciente violencia contra Cristo y su Iglesia.



ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

LEÓN BLOY

Cartas a mi novia

Granada, Editorial Nuevo Inicio, 2008

Jeanne Molbech conoció a León Bloy en casa de Barbey d'Aureville, y le impresionó el aspecto de aquel hombre extraño. Después le preguntó a una amiga quién era y le dijo: «¡Un mendigo!». Juana volvió a ver a León Bloy unos días después. Estaba apartado tomando trozos de pan que mojaba en vino y saboreaba después con lentitud. León la vio y le dijo: «Señorita, usted me está viendo cenar». Ambos quedaron impresionados por aquel encuentro y Jeanne Molbech, danesa y protestante, pronto sería su novia y después su esposa.

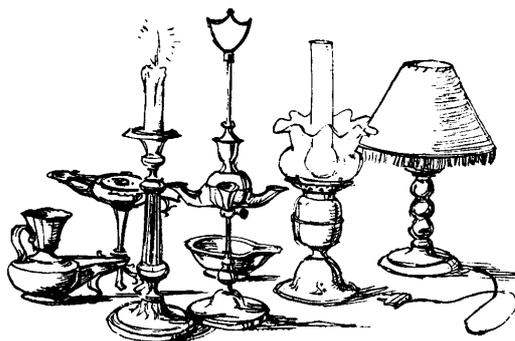
León Bloy es un escritor vehemente, de prosa punzante y acerada, pero bien templada en el fuego del misticismo. Sus palabras queman y por eso sus contemporáneos lo relegaron al ostracismo. No fue despreciado sino abandonado por su excepcionalidad que quemaba como sus palabras. Pero también fue su persona y sus escritos los que conmovieron profundamente a otros hasta el punto de moverlos a tomar decisiones definitivas. Es lo que sucedió con el matrimonio Maritain y con otros. Influencia semejante se percibe en estas cartas que Bloy escribe a la que con el tiempo será su esposa.

En ellas no hay romanticismo, pero sí amor apasionado. Bloy lo miraba todo desde el Absoluto, desde donde se entendía a sí mismo. Por eso cuando conoce a Jeanne Molbech descubre que su encuentro con ella lleva el sello de lo definitivo. Están hechos el uno para el otro. Nada es casual y es Dios mismo quien ha propiciado que se conozcan. A los pocos días le escribe: «Estamos, pues, forzados a creer que el encuentro querido por Dios de nuestros

dos corazones, absolutamente llenos de Él, es un acontecimiento muy considerable cuyas consecuencias pueden ser infinitas.». No es la frase de un amante adolescente, como se puede descubrir en la secuencia de cartas. Para Bloy la vida es conducida por la Providencia y la grandeza del hombre está en cumplir esa voluntad, que a veces es dura, y otras nos ofrece consuelos inmerecidos en los que no deja de operar alguna lógica del sufrimiento (de otros por nosotros). Por eso dice de sí mismo: «Soy sobre todo –no lo olvides jamás– un adorador y cuando he pretendido actuar de un modo distinto que por amor las operaciones del amor, me he visto siempre por debajo de las bestias».

Lo Absoluto lo impregna todo en su vida, y se muestra también en estas cartas de enamorado. En cada una de ellas va creciendo la certeza de que Dios ha dispuesto su encuentro para que se unan en el matrimonio. Pero Bloy también va descubriendo a Jeanne –mientras ésta camina hacia el catolicismo– rasgos de sí mismo y a entender la vida de ambos desde el plan divino.

El lenguaje de Bloy es volcánico y su misma novia le hace notar su vehemencia, a veces excesiva. Pero quizás es necesario ese tipo de palabras que hieren para mostrar la verdad del amor humano y del divino y hacernos caer en la cuenta de la tediosa mediocridad en la que estamos inmersos. También Bloy tiene profundas imágenes sobre lo femenino, la sexualidad, el sufrimiento... Son estos temas en los que una extremada delicadeza suele ocultar más que poner de manifiesto. Bloy arroja bocanadas de verdad que pueden dejarnos transpuestos, pero que también son la oportunidad de penetrar en el misterio que sólo se abre desde lo Absoluto.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Ocho respuestas a la mentalidad abortista

Es muy probable que todos nos hayamos planteado cómo es posible que haya personas que estén a favor del aborto, de la muerte de un inocente. Es éste un misterio que desafía toda lógica pero cuya existencia, e incluso extensión, son patentes. Inside Catholic publica el testimonio de Jennifer Fulwiler, una pro abortista que comprendió que el aborto era matar a un niño a partir de su conversión religiosa, y que nos puede ayudar a comprender el misterio al que antes aludíamos:

Una vez dije que moriría por mantener el aborto legal y accesible fácilmente, y estaba convencida de ello. Era vehementemente pro-aborto, como la mayoría de las mujeres de mi ambiente social. Creíamos que el aborto era un derecho vital de las mujeres y no podíamos comprender cómo podían existir personas pro-vida. Éramos productos de una cultura en la que la sexualidad humana había sido desgajada de su inherente conexión con la creación de vida humana. A nuestra generación se le había enseñado en las clases de educación sexual en la escuela no que el sexo creaba niños, sino que el sexo desprotegido creaba niños. Nos aseguraron que la creación de nueva vida humana era algo tangencial a la actividad sexual, algo que no sólo era opcional, sino completamente controlable. De hecho, los niños eran considerados directamente antitéticos al sexo.

En mi vida adulta he conocido a muchas mujeres que realizaron abortos, y en todos los casos su actitud hacia su embarazo fue al final la misma: «Nunca quise un embarazo». La sociedad les ha asegurado que el sexo no tiene por qué tener consecuencias que te alteren la vida y sus embarazos imprevistos llegaron como desagradables sorpresas. En este estado mental de pánico, ellas (y quienes les apoyamos) eran receptivas al mensaje abortista de que

sus bebés no eran más que un tejido de células, que el aborto no es más que la interrupción de un embarazo y no el fin de una vida humana.

Después de una conversión religiosa que me llevó a la Iglesia católica, empecé a repensar mi posición pro aborto. En concreto, la enseñanza de la Iglesia sobre la sexualidad humana transformó mi concepción de un modo tan radical que, por primera vez, fui capaz de ver con honestidad lo que es realmente el aborto. La enseñanza de la Iglesia de que el sexo contiene la posibilidad de crear nueva vida humana me liberó de la presión que la mentalidad abortiva me había inculcado para ver a los bebés como enemigos. Una vez vi el aborto cómo lo que realmente era, apenas podía creer que yo lo hubiera apoyado en el pasado. Creo que doy testimonio del poder de la mentalidad contraceptiva al afirmar que durante tantos años conseguí ignorar la realidad de lo que defendía.

A continuación presento ocho puntos en los que creía cuando estaba a favor del aborto junto con algunas sugerencias sobre cómo se podría responder a aquellos que sostienen argumentos de ese estilo. Y recuerden: la mayor parte de la gente que está a favor del aborto necesita repensar la sexualidad humana antes de que puedan estar preparados para realmente «escuchar» los argumentos contra el aborto.

1. «El sexo es ante todo placer»

Esta profunda confusión acerca de la naturaleza de la sexualidad humana es una de las fuerzas claves del moderno movimiento abortista. Cuando las mujeres aceptan la «verdad» de que el sexo sólo tiene el sentido que ellas quieren, que no es un acto inherentemente sagrado y tremendamente poderoso, están condenadas al desastre. Es como si alguien dijera que un arma cargada puede usarse como si fuera un juguete siempre y cuando se usen cartuchos de fogeo: este error acerca de un acto tan importante y a un nivel tan fundamental es una receta para la catás-

trofe. En concreto, la creencia de que el potencial generador de vida del sexo es controlable y opcional provoca un shock en los sentimientos de la mujer y hace que se sienta atrapada cuando una nueva vida es creada de modo imprevisto y que sea extremadamente vulnerable a las mentiras que deshumanizarán la nueva vida que lleva en su seno.

Un estudio de 2004 mostró que la inmensa mayoría de las mujeres que habían recurrido al aborto lo hicieron bien porque tener un bebé les hubiera cambiado sus vidas dramáticamente, bien porque pensaban que no podían permitirse tener un niño. En nuestra sociedad, esas condiciones no son consideradas motivos para no tener relaciones sexuales; son condiciones para no tener un niño. Cuando uno piensa sobre la evidente desconexión entre los conceptos de actividad sexual y creación de una nueva vida, es fácil comprender cómo esta mentalidad alimenta la mentalidad pro-aborto. Mientras la gente piense que es perfectamente aceptable mantener relaciones sexuales incluso cuando creen que un bebé arruinaría sus vidas, la tentación de deshumanizar y despreciar la nueva vida acabará imponiéndose. Para fomentar una cultura pro vida debemos ayudar a las mujeres para que se den cuenta de que la trampa no es la nueva vida, sino la mentira de que el sexo puede separarse de su capacidad para engendrar nueva vida.

2. «La contracepción previene el aborto.»

De acuerdo con la organización abortista Guttmacher Institute, sólo el 8% de las mujeres que abortan nunca han usado métodos contraceptivos, y más de la mitad estaban usando algún tipo de anticonceptivo cuando se quedaron embarazadas de los niños que quieren abortar. Es precisamente la amplia aceptación de la contracepción la que permite a las sociedades no afrontar la importancia del sexo; y cuando las mujeres tienen relaciones sexuales con

esa mentalidad, no se encuentran de ningún modo preparadas para afrontar una gran responsabilidad, que afecta a todos los aspectos de la vida, como es el embarazo, el parto y un hijo. Tanto las estadísticas como el sentido común nos muestran que la contracepción no sólo no evita el aborto, sino que es una de sus causas.

3. «No es un niño.»

Resulta vital entender que nuestros amigos y familiares favorables al aborto no están a favor de matar niños; nadie estaría a favor de algo tan terrible. Nuestra cultura ha asegurado a los partidarios del aborto que el latido que se interrumpe durante un aborto pertenece sólo a un feto, un organismo subhumano. La terminología es clave en la mentalidad abortista: palabras deshumanizadoras como *feto* o *grupo de células* o *masa de tejidos* permite a la gente autoconvencerse de que el aborto no es eliminar una vida humana. Hay que animar a los partidarios del aborto a que consideren que incluso el cigoto más joven posee las características biológicas que definen a un ser vivo, contiene un código genético único que no ha existido con anterioridad ni existirá nunca más en el futuro y que toma la mitad de su material genético de cada uno de sus padres. En la concepción se crea una extraordinaria semiréplica de la madre y del padre. Hay que animarles también a ver fotos de bebés en el seno materno, e incluso de los resultados del aborto en varios estadios del embarazo, para así ayudarles a personalizar esos «fetos» que son asesinados en los abortos.

4. «Las mujeres deberían poder elegir.»

La idea de que las «mujeres deberían poder elegir» asume que las únicas mujeres acerca de las que deberíamos preocuparnos son las que ya han nacido. Una buena respuesta a esta cuestión es: «¿Qué mujeres? ¿Las que están en el útero o las que están embarazadas?». Una vez más, nos encontramos con el problema de la terminología: no permitamos que los niños no nacidos sean invisibles en las discusiones sobre el aborto. Cuando los derechos o las elecciones de la gente se ponen en relación con el aborto, asegúrate de preguntar si esos mismos

principios se aplican también a quienes aún no han nacido.

5. «La posición pro-aborto es una posición pro-mujer.»

Un estudio realizado en Nueva Zelanda en mujeres que han abortado publicado en el *Journal of Child Psychiatry and Psychology* mostró que las «[mujeres] que han tenido un aborto tienen una tasa más elevada de problemas de salud mental subsecuentes, incluyendo depresión (46% de incremento), ansiedad, comportamientos suicidas y desórdenes en el uso de sustancias adictivas». Además de la depresión y la ansiedad que son como una plaga para las mujeres que han abortado, incluso décadas después del aborto, los defensores del aborto no pueden negar que el aborto es una intervención violenta sobre el cuerpo de la mujer. Así que, nuevamente, se plantea la cuestión, «¿Qué mujeres? ¿Las nacidas o las no nacidas?» De hecho, en muchas partes del mundo el aborto es utilizado primordialmente para matar a las niñas no deseadas antes de nacer.

[...]

6. «Deberíamos conseguir que todo niño fuera un niño deseado.»

Los defensores del aborto señalan a menudo la difícil situación de muchos niños que viven en medio de la pobreza, los abusos o son desatendidos y argumentan que el aborto es importante para limitar el número de niños que nacen en esas difíciles circunstancias. Pero se trata de otro argumento en el que los niños en el seno materno son tratados como si no existieran. Es importante señalar que cuando una nueva vida es concebida, ha aparecido ya un nuevo niño. El modo de hacer de cada niño un niño deseado no es matando a los que no queremos, sino enfatizando la importancia de que las parejas no tengan actividad sexual si están en una situación tan desesperada que no pueden dar la bienvenida a una nueva vida. Además, es importante que no nos elevemos a la posición de decidir qué vidas son dignas de ser vividas y cuáles no. La historia está llena de historias de personas nacidas en circunstancias horribles pero que acabaron viviendo vidas maravillosas y fructíferas.

7. «Hay personas que no están preparadas para ser padres»

El mito del sexo sin consecuencias lleva a muchas parejas a tener relaciones sexuales. Acto seguido son susceptibles de la tentación de ver el aborto como una solución a cualquier embarazo no deseado. Por supuesto, esta mentalidad, una vez más, trata la nueva vida como si fuera meramente teórica. Cuando una pareja concibe a un niño, se convierten en padres, tanto si quieren como si no; eso no lo cambia el aborto.

8. «Los pro-vida sólo se preocupan de los no nacidos.»

En el debate sobre el aborto, los argumentos del movimiento pro-vida se concentran a menudo en el valor de los no nacidos, sencillamente porque el desacuerdo primordial es acerca de si los niños engendrados tienen derechos. Pero el movimiento pro-vida también es activo en la ayuda a las mujeres con dificultades durante su embarazo. Los católicos están entre quienes se oponen más al aborto, y con sus hospitales, orfanatos, casas de maternidad y otros programas de ayuda la Iglesia católica es la mayor proveedora no gubernamental de servicios sociales en el mundo. Las acusaciones de que los pro-vida se preocupan menos de las madres que de los niños no nacidos puede ser fácilmente refutada revisando el número de centros de acogida para mujeres embarazadas impulsadas por organizaciones pro-vida.

La profunda confusión acerca de la sexualidad humana que domina nuestra cultura fue la causa no sólo de mis puntos de vista favorables al aborto, sino del movimiento abortista en su conjunto.

Mi propia conversión es ilustrativa de lo que debe suceder en nuestra cultura en conjunto para que la corriente cambie de dirección a favor de la vida: si nuestra sociedad llega algún día a respetar al no nacido, debemos respetar primero y comprender plenamente la naturaleza del acto que crea esas vidas no nacidas. Mientras la conexión entre la actividad sexual y su potencial generador de vida sea ocultada, la tentación de devaluar la vida humana saldrá triunfante.

Manresa y Wartburg Parsifal y Zarathustra

Otras veces hemos traído a esta sección la pluma de Luis Creus Vidal (1904-1990), uno de los «viejos» de Schola Cordis Iesu, condición que él reconocía con jovial ironía ante los que allá por los años sesenta y setenta éramos los «jóvenes». Creus fue uno de los colaboradores más prolíficos de esta revista, con extensos artículos de un estilo inconfundible.

Íntimo del padre Orlandis, devoto del Sagrado Corazón y de santa Teresita, celador ejemplar del Apostolado de la Oración, Creus era también una

persona de una amplísima cultura literaria y musical que complementaba su formación técnica. Fue también un viajero infatigable. Algunas de estas características se ponen de manifiesto en el artículo de reproducimos, dedicado a san Ignacio de Loyola, soldado de Cristo, que pone en contraste con figuras de la historia y de la ficción, soldados al servicio de ideales destructores o diabólicamente totalitarios. Este artículo apareció en Cristiandad en su número 118 de 15 de febrero de 1949.

Mi voluntad es conquistar toda la tierra de infieles...

En el refugio espiritual que es nuestra SCHOLA CORDIS IESU, viene desfilando este curso, expuesto a nuestra devota consideración, que se detiene en reverente análisis, el admirable proceso psicológico que convirtió al caballero temporal Iñigo de Loyola en el santo que se venera en los altares como Caballero Mejor de Mejor Rey. Abrió el ciclo nuestro P. Murall, y CRISTIANDAD se hizo eco de sus palabras, siquiera brevemente, en su número 111. El lector habrá luego advertido, a través de las páginas de nuestra publicación, la influencia de esta serie de conferencias, que han informado enteramente el número anterior 117 y el actual. Y como nuestro adorado ideal de Cristo Rey halla su expresión más apasionante y caballeresca en las dos grandes meditaciones —correspondientes a distintas etapas en la estrategia de los «Ejercicios»— del REY TEMPORAL y de las DOS BANDERAS: en nuestra triste época, que es la negación de todas las mejores y más altas pasiones que hicieron grandes a nuestros mayores, y que ignora en absoluto ya, perdido hasta el vestigio de toda idea caballeresca.

¡Qué consuelo, qué baño, por así decir, para el alma santamente apasionada y llena de la añoranza de algo que es enteramente opuesto a nuestra época esencialmente pancista, el deleite del analizar aquellos breves puntos! «El primero es poner delante de mí un rey humano elegido de mano de Dios nuestro

Señor...» «El segundo, mirar como este Rey habla a todos los suyos, diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo...; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.» «El tercero, considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano, y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo, y tenido por perverso caballero...» He aquí el fin de las conferencias de SCHOLA: el aprender de este ideal ignaciano, tan profundamente real y tan profundamente humano. El saber que en la figura, que en la persona de Cristo, y de Cristo en su carácter de Rey y de Campeón de «todos los suyos», hallaremos infinitamente más que en todas las metafísicas. Es su sacra y adorable persona la que, en definitiva, debe arrastrarnos; porque solamente ha sido mirándola a ella, que dice hartos más que todas las fórmulas, por sabias y perfectas que sean, que la Iglesia ha florecido en confesores y en mártires. El mismo Dios ha descendido, sabiendo que únicamente encarnado en la adorable Persona, lograría lo que de ningún otro modo se podría lograr. Que dice más una mirada de Jesús que sus mismas propias y divinas Leyes.

Under whose colours he has fought so long...!

Cuando en LAS DOS BANDERAS, san Ignacio, siempre esforzado y siempre guerrero, nos pinta ambos Campamentos, revive el gran Ideal cruzado en la persona del Divino Caudillo, «en Un gran campo de aquella región de Jerusalén, en lugar humilde, hermoso y gracioso», contrapuesto al terrible y poderoso Príncipe de este Mundo, jefe y dominador, humanamente invencible, asentado «en aquel gran campo de Babilonia, como en una gran cátedra de fuego y humo en figura horrible y espantosa».

¿Nos sería lícito aportar aquí una como disgresión que nos ha venido sugerida al escuchar estas conferencias, relacionando la vivida pintura histórica de aquel tiempo (primer tercio del siglo XVI, trascendental) que con tanto detalle y complacencia nos ha sido trazada, con la figura de Ignacio de Loyola, Adelantado del divino Capitán?

Sea éste uno como homenaje a este santo, tan grande como a menudo poco comprendido, y cuyo corazón inmenso no era sino trasunto del otro Corazón, más grande, al que se había entregado. A este Santo, que ha sabido infiltrar en sus huestes la divina locura, y a quien, con sus hijos, cuando rinden toda una vida en holocausto caballeresco a su Señor, cuadraría mejor la frase hermosísima shakespeariana, involuntario avance de los que han rendido sus vidas y sus fatigas a los pies de Cristo Rey:

«... and bis pure soul unto his Captain,
Christ, under whose colours he has fought so
long!»

«... y su alma puso en manos de su Capi-
tán, Cristo, bajo cuyos colores tanto había pe-
leado!»

(Richard II)

Banderas y campamentos

¡Los Colores de Cristo! ¿Y no es justo tributar aquí homenaje a quien los mantuvo en la más atrevida avanzada, Ignacio de Loyola? He aquí como ambos príncipes y capitanes, Cristo y Lucifer, mandan, en aquel tiempo misterioso del siglo XVI delante de sí a sus más escogidos campeones. ¿No es todo un símbolo que, casi sincrónicamente cuando el aun penitente exmilitar Iñigo de Loyola se hallaba en aquella, ya que no *hermosa*, sí a lo *menos humilde y graciosa* cueva de Manresa, redactando su primera llamada a las banderas de Cristo Rey, allá en la Wartburg, en las selvas de Turingia, el monje após-

tata Martín Lutero encendía una verdadera cátedra de violencia y de *humo* (cuyo postrer acto hasta ahora, en la cadena de la historia, lo ha constituido la tragedia sangrienta y ardiente de Berlín), adoptando, a su vez también figura *horrible y espantosa* que después hemos visto perpetuarse a través de los vesánicos pensadores y políticos alemanes, como respondiendo al tremendo conjuro del terrible hereje?

Conocida es de todos la santa Cueva de Manresa. Que, como cosa típicamente de Dios, no puede ser ni más simple, ni, humanamente hablando, nos atreveríamos a decir, más vulgar. Una *Baama* de tantas las que se hallan a lo largo de estos modestos arroyos que hemos bautizado con el nombre de Cardoner o Llobregat. Mas no es tan conocida la Wartburg allí donde Lutero, protegido por el Elector de Sajonia se refugió, calificando al viejo castillo con la sacrílega y pedante denominación de «su Patmos». Y muy interesante será para el curioso lector conocer que, si Dios otorgó a su Teniente un lugar simple y gracioso en el corazón de Cataluña, Satanás, en realidad –también obra típicamente suya– usurpó y ennegreció unas venerables paredes para entregarlas a su precito abanderado. Siempre ladrón, el Genio del Mal había de cometer un robo y una profanación hasta para esto.

El burgo de santa Isabel y de los Minnesingers

Porque la Wartburg no es, ciertamente, baluarte sombrío –como se ha pintado– alzado sobre las selvas alemanas, natural escenario de un Walpurgisnachtstraum, engendro de la fantasía teutona propicia a la brujería y al vestiglo, quizá como expresión de su enfermedad mental, cuatro siglos ha desviada. En siglos mejores no había sido madriguera de hechiceras, ni tampoco del Proctophantasmist de Goethe, sino feudal castillo intimamente ligado a la mejor tradición germánica. Allí la exquisita Santa, Isabel de Hungría, fidelísima y enamorada esposa del Markgrave de Turingia, rezó y edificó a los pueblos con su virtud. Y una de sus salas se perpetúa casi anualmente, al ser reproducida en el decorado de nuestro Gran Teatro. Es aquella en la que se celebró el gran torneo de los cantores del amor, Minnesinger, que llena todo el segundo acto de Tannhauser. Y, para completar mejor, si cabe, la tradición wagneriana, precisa añadir que fue allí mismo, en lo más florido de la Edad Media, que Wolfram de Eschenbach concibió la versión primera, poética, de Perceval el poema por excelencia de la Cristiandad militante.

Hubo de ser en la negra noche que abría la naciente herejía, que el espíritu maligno se apoderase

de aquella mansión, tanto más si hay que prestar fe al propio monje Martín cuando nos asegura haber, bajo aquellas bóvedas entenebrecidas, recibido la visita de Satán. Hubo de ser entonces que, bajo la mística diabólica, se trasladara el usurpado castillo al campo nefando de Babilonia, entre humo y fuego; y parece un destino histórico haberlo así rubricado al hacer que ahora, tras el postrer desastre de la nación alemana, el alud soviético, negación de Dios, se haya extendido justamente hasta las selvas de Wartburgo, rubricando la terrible consecuencia a que, escalón tras escalón, había de descender la violenta apostasía.

El borracho Frosch en la taberna

«¿Cómo puede durar todavía el santísimo imperio romano?»

Es la cínica pregunta, llena de anarquismo, que hace el borracho Frosch a sus comensales Siebel y Altmayer en la bodega de Auerbach, de Leipzig. La denigrante reunión no parece seducir a Fausto, pero el simbolismo revolucionario brilla en la repugnante escena. ¿Lutero, constructor? La estela religiosa e intelectual que ha dejado, ¿capaz de alguna realidad positiva? Dígalo aquella horrible Walpurgisnacht que tuvo por escenario el «Fuhrerbunker» de la cancillería berlinesa al acabar, con abril de 1945, uno de los mayores edificios que osaran levantar la soberbia y la técnica humanas: la obra de Lutero, de Federico de Prusia, de Kant, de Hegel, de Bismarck y de Hitler después. Ni aun capaz de asentar sobre sólidas bases una construcción humana. Fray Martín fue, en cierto modo, grande: mas como demoledor del Romano Germánico Imperio, no como constructor de su sucedáneo. Como destructor es el secuaz digno de Satán: como constructor, no llega, ni siquieja, al borracho Frosch que pintara Goethe.

En Manresa, humilde, surgió la llamada que había de aumentar las avanzadas del Capitán divino, eterno Edificador. Allí se salvaron las mejores esencias que nos legara la Edad Media, y en la emocionante visión del Rey Temporal sonó el perpetuo pregón que, único, debe salvar a una sociedad destrozada. Si el buen cantor Wolfram de Escrenbach resucitase, hallaría que no fue en vano que bajo el Montsalvat –nuestro Montserrat– ya adivinase dónde podría encontrarse el Parceval que en la Lanza, reliquia del Costado –del Corazón– de Cristo, hallase el único remedio con que sanar a los innumerables Anfortas que hoy languidecen.

Así hablaba Zarathustra...

«A Ricardo Wagner, corazón atormentado y quizá perseguido por el arrepentimiento de los odios, le fue concedida la gracia de morir rezando.» Esto, que se ha dicho del egregio Mago de Bayreuth, sucesor del buen Wolfram medieval, guarda, aun, en nuestros tiempos contemporáneos renovado simbolismo. «Parsifal, el poema sublime, es, sin duda ninguna, la rectificación y penitencia públicas –que en lo privado no hemos de entrar– del mayor genio musical de nuestros días. Su anterior Tetralogía, transida de paganismo, de naturalismo, expresión del «superhombre» –que ya vemos en qué ha parado–, personificada en Sigfrido, el héroe rubio, había entusiasmado a aquel triste y tenebroso pensador, atormentado y sombrío como las selvas donde naciera, a quien hablara Zarathustra; y tal entusiasmo reunía el homenaje de la Alemania protestante, del «Mittel Europa» violento y herético que legara Lutero, y que toda una filosofía, en el siglo XIX, había constituido en engendro feroz. Por lo mismo, Nietzsche no podía perdonar a su viejo maestro el noble retorno al cristianismo. Parsifal es realmente, el antípoda de Sigfrido. Este lo fia todo a su orgullo, a su raza: y su fin es el símbolo del aniquilamiento a que conduce el pasar «más allá del bien y del mal», y la invasión de las brumas del Rhin, catástrofe cósmica, no es sino preludeo de la que advino, hace cuatro años, a través de las fronteras polonesas. Parsifal, en cambio, es, por encima de todo, el sobrenatural auxilio que solicita, humilde, la sociedad doliente de los caballeros derrotados, pero nobles aun. Y la eterna contradicción en que se ha debatido la herejía germánica, se advierte en el citado Nietzsche, nuevo Frosch, anarquista al fin, enemigo incluso del Imperio de Bismarck –como quizá lo hubiera sido el mismo Lutero– al advertir en el mismo, siquiera en lejana sombra, un instinto de los pueblos hacia el principio de autoridad que durante tantos siglos constituyó la base de Europa.

Así habla Zarathustra: «¡Verdaderamente, amigos, ando entre los hombres como entre los fragmentos y los miembros dispersos!»

«... Y cuando mi ojo escapa del presente al pasado, halla siempre lo mismo: fragmentos, miembros, azares espantosos, mas nunca hombres».

Y, realmente, ésta es, como bien se ha dicho, la más auténtica réplica nietzscheana, digna de fray Martín Lutero, desde el campo de Babilonia, lleno de fuego y de humo, contra la visión de un divino Parsifal. Que para nosotros diseña, en su «bauma», los riscos del Montsalvat heroico, el militar Iñigo de Loyola.

De la Wartburg al Montsalvat manresano

Perdónenos el lector todas estas digresiones, todas estas locuras, que nos han sugerido una voz y unas conferencias. Excúsenos esta mezcla singular de la Wartburg y de los poemas wagnerianos, de las locuras nietzscheanas, con las ideas, harto más sólidas, expresadas en aquellas sesiones a que nos hemos referido.

Perdónesenos en gracia a que hayamos señalado que estos grandes misterios del Corazón de Cristo, en definitiva, primeramente relevados ya de alguna manera. Al enorme corazón de san Ignacio de Loyola pueden ser vistos, Un poco, incluso, a través de muchas de estas locuras que entretienen excesivamente los solaces de la juventud, estudiosa y soñadora, de nuestros días.

No es que temamos demasiado, en la práctica, que el Zarathustra de Nietzsche pueda hacer, directamente, grande mal en nuestras latitudes. Una pluma, la más autorizada entre todas las de CRISTIANIDAD, y que, además, se ha movido a menudo en arranques de franqueza, hablando de Splenger (V. número 44, 15 enero 1946) y de su obra, la calificaba certeramente como «tan vulgarizada en su título como poco leída por fortuna, y tan voceada como farragosa y de difícil comprensión, aun para las personas más cultas». Realmente, estos grandes volúmenes «in folio» debidos a la pesadez teutona resultan francamente poco peligrosos, por no abordables, para la juventud nuestra. Mas si hace daño su prestigio, y, por tanto, arrecia el peligro de que sean leídos, a lo menos, sus comentadores trasnochados. Y se olvide luego que, bajo la citada germana pesadez —es el caso del desdichado filósofo citado—, arrecia y se renueva el grito del «Ecrasez!» volteriano, ya que, en definitiva, el primero en pronunciarlo fue el adalid de todos ellos Martín Lutero, y el lugar de madurarlo en la usurpada Wartburg de los preclaros cantores y de la excelsa Isabel de Hungría.

Los acontecimientos políticos han conducido a demostrar tristemente, lo que da de sí el «superhombre», y a las violencias de estampa típicamente luterana parecen hoy suceder, como otros polos, ambos igualmente precitos, los del naturalismo calvinista que asfixia y resta energías a lo que queda de Occidente y el del misterio de iniquidad que se levanta, no ya sólo muy grande en Moscú, sino más pequeño

y mucho más misterioso en las riberas del Tel-Aviv, hacia el Oriente. Sea como sea, sin embargo, y ante tales peligros, se advierte que, dentro del error nietzscheano, alienta, siquiera en título, una necesidad. Hará falta, evidentemente, una fortaleza sobrehumana para resistir los peligros que avecinan, como le hace falta un poder sobrehumano al cardenal mártir Mindszenty para sostener el honor de su simbólica púrpura, color de sangre, dentro de las alucinantes torturas a que se ve sometido.

Y este «superhombre», cada día más necesario, por paradoja, precisamente en el momento en que todo falla y sólo la debilidad triunfa, es el que, a través de estas deshilachadas líneas, habremos advertido podrá hallar el joven cristiano, no en la literatura alternativamente frívola o monstruosa de nuestra época, no en los campos que avecinan, en una u otra forma a aquel grande y humanamente poderoso de Babilonia, sino en la sencillez del campo de Jerusalén, cuya avanzada es la pequeña «bauma» —que a cueva casi no llega— de Manresa. El capitán que cayó herido en Pamplona para pasar así al servicio de Mejor Rey, es quien nos ha legado la única escuela que puede dar frutos auténticamente sobrehumanos.

Manresa y Wartburg. Dos campos. Dos caudillos

Y un siglo, el xvi, y otros cuatro, detrás, cargados de historia, aptos a la vez para enseñar a nuestra vida pública a nuestra vida privada. Que los símbolos del Rey Terrenal y de las Dos Banderas poseen este doblado valor. No temamos, no, extender en demasía el vuelo de nuestra imaginación, ni situar la figura del adalid san Ignacio por encima de la historia, incluso de las leyendas y hasta de la música contemporánea. ¿Por qué no? ¿Es que la vida no es una? Si se admite en el deleite wagneriano un símbolo venerable, ¿por qué no mancomunarlo en un ideal francamente totalitario, el ideal entero de la vida, como de un modo entero y absoluto lo presenta el gran Santo al proponernos la figura del Rey que nos enrola en sus estandartes? Y, tanto más, cuanto que el lenguaje de los Santos Padres, al mancomunar las dulzuras de la devoción del Sagrado Corazón con el altísimo e indispensable ideal actual de Cristo Rey, no hace sino abrir nuevos cauces a todas las ilusiones cristianas.





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

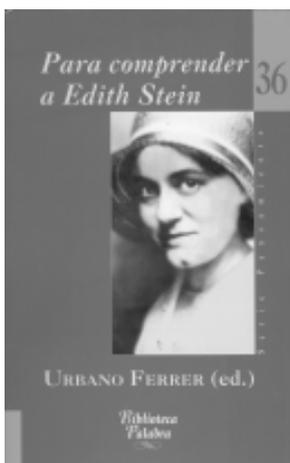
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

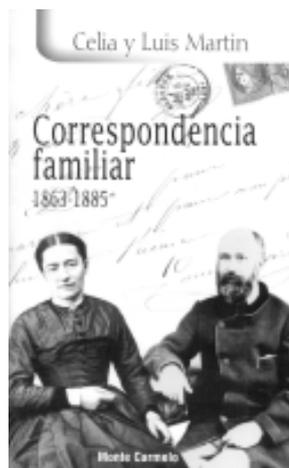
Este mes recomendamos:



Para comprender a Edith Stein

Autor: Urbano Ferrer
Editorial: Palabra
416 páginas
Precio: 20,00 €
En la figura de Edith Stein convergen un itinerario biográfico apasionante, presidido por su vocación humanista, un pensamiento atento al momento histórico y que acusa la influencia de la fenomenología de Husserl y la ontología clásica, y una intensa vida espiritual, que se nutre muy especialmente de los místicos castellanos. En las contribuciones que componen este volumen

se abordan aspectos relevantes, como su doble raíz hebrea y cristiana, o su visión de la mujer.



Correspondencia familiar 1863-1885

Autor: Celia y Luis Martin
Editorial: Monte Carmelo
503 páginas
Precio: 24,00 €

La correspondencia de Celia y de Luis es un espejo de su caridad y de su adhesión indefectible al Señor. El lector puede descubrir la enorme actualidad de las pruebas que tuvieron que afrontar los esposos Martín: un matrimonio tardío, la angustia ante el porvenir de mamá que se llevó a Celia a la tumba, la enfermedad de Alzheimer de Luis. Pero ellas muestran también a plena luz el amor apasionado de una pareja enamorada y la pasión de un padre y de una madre por sus hijos.



10 ateos cambian de autobús

Autor: José Ramón Ayllón
Editorial: Palabra
136 páginas
Precio: 9,50 €

«Probablemente Dios no existe», reza la publicidad en algunos autobuses. Sin embargo, los creyentes creen que Dios no calla y que, cuando quiere, se hace sentir. Eso pensaban ateos y agnósticos como Chesterton y Dostoievski, Sábato y Francis Collins, Tatiana Goricheva y C. S. Lewis, André Frossard y Edith Stein, Messori y Narciso Yepes. Hasta que pasaron

de esa opinión a la seguridad de la existencia de Dios. Ellos mismos nos cuentan su cambio de vida.



Mirarán al que traspasaron

Autor: Pedro Beteta
Editorial: Rialp
192 páginas
Precio: 10,50 €

Durante siglos el pueblo cristiano ha contemplado a Jesucristo en la cruz, buscando crecer en amor y arrepentimiento. El mismo Cristo animó a Tomás a meter los dedos en sus llagas, y creer. El autor ofrece en este libro una sencilla senda para cobijarse en esas heridas. Después, cada persona encontrará su modo propio de crecer en amor a Dios. El último capítulo está

dedicado a la misa, el momento culminante de esta contemplación.

CONTRAPORTADA

«Humanae vitae»: una encíclica profética

Tras mucha deliberación el Papa, en esa encíclica, reafirma la enseñanza tradicional de la Iglesia acerca de la ilicitud de los métodos artificiales para regular la natalidad. En el punto culminante del documento se recordaba que moralmente debe excluirse toda acción que o en previsión del acto conyugal o en su realización o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación.

Pablo VI se fundaba en un dato antropológico preciso sobre la existencia de una relación inseparable entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreativo. Todo acto conyugal debía quedar abierto a la vida según las leyes de la naturaleza y Juan Pablo II, luego, ha ilustrado este tema en abundancia en numerosas oportunidades.

El papa Pablo VI previó proféticamente qué males se seguirían de una aprobación de los métodos artificiales de anticoncepción y de una difusión universal de esos procedimientos. Habló del debilitamiento de la familia y de cómo se introduciría en el seno familiar la facilidad de la infidelidad conyugal y una degradación general de las costumbres y eso es lo que ha pasado efectivamente. También hacía alusión a cómo la fragilidad humana necesita que el orden moral le sea recordado, y lo sostenga además en la lucha contra las pasiones desordenadas, especialmente en el caso de los jóvenes.

Y hay otra cosa que desde el punto de vista cultural y político fue fundamental: el Papa preveía el desastre que podía significar que el poder público, sobre todo cuando no se somete a las exigencias morales, debiera hacer uso de estos métodos anticonceptivos para minar las fuentes de la vida. ¡Es lo que ha ocurrido en muchos países donde hoy se habla de un invierno demográfico!

Esta encíclica ha sido realmente profética. ¿Por qué ha pasado todo lo que pasó después? Creo que en buena medida porque la voz del Papa no fue escuchada y porque desgraciadamente también dentro de la Iglesia ese llamado no tuvo el eco sonoro que debió haber tenido. Especialmente en el caso de muchos sacerdotes que no han aplicado la doctrina de la encíclica y, por tanto, han deformado la conciencia de los fieles.

La Iglesia no tiene miedo de parecer antipopular. Aquí se trata de recordar exigencias fundamentales de orden natural y el respeto de aquello que Dios ha creado y Dios sabe cómo debe caminar el hombre para alcanzar su auténtico fin, para realizarse plenamente de acuerdo a ese orden de la creación y para alcanzar la verdadera felicidad.

Mons. HÉCTOR AGUER, arzobispo de La Plata